ALFAGUARA

Silvia López

Suite presidencial

Narrativa Hispánica

Silvia López

Suite presidencial

ALFAGUARA

A Jacques-Alain Miller

Uno

1

Siempre lo supe, lo importante es desear. Sin deseo la vida se va como si nada, las horas, las semanas y las cosas de todos los días comienzan a parecer aburridas, sin sentido, a la vez que en alguna parte tuya se agita el presentimiento de que en un momento impreciso, no muy lejano, podría realizarse el deseo que no se atreve a aparecer y sin embargo te envuelve, te habita, anula parcialmente los sentidos y deja todo entre paréntesis a la espera de su realización. Yo habría podido descansar en ese estado para siempre, pero se desarmó por completo el día que cumplí treinta y siete.

Es un hecho, a los treinta se trata sobre todo del amor. Cada cumpleaños te empuja a buscar lo que no encontraste. Un día la libertad que apreciabas se convierte en una mancha difícil, tu cuerpo no es el mismo, el pantalón te ajusta, el pelo pierde brillo, la soledad comienza a ser un enemigo al acecho; el viernes, que había sido el mejor día de la semana, no te da respiro hasta que llega el lunes y volvés a trabajar. Mi deseo había sido casarme antes de cumplir cuarenta. Lo pedí frente a una torta de dos pisos con velas hundidas en el mazapán; eran esas velas que, en vez de arder como las tradicionales hasta consumirse, hacen una especie de fogonazo mientras la gente canta. Que los cumplas feliz. Pero un deseo no alcanza, según la tradición tienen que ser tres. Hay gente confundida en cuanto al deseo, vacilan, miran las velas de la torta como pensando, a mí no me costó nada decidir, sabía de memoria lo que quería. Mi segundo deseo era estar en otra parte, borrar la angustia de la vida familiar; vivir lejos de mi padre, que se encontraba en los bordes del alzhéimer, lejos de los delirios pasionales de mi hermana, María Dolores, y de la foto de mi madre muerta que parecía observarme desde arriba del aparador.

El tercer deseo no se emparentaba en nada con los anteriores, era puramente material, sin embargo lo pedí con mayor fuerza, cerrando

los ojos y cruzando los dedos. Quería renunciar a mi puesto en el hospital y conseguir otro trabajo, lejos. Lejos era mi mayor condición. Que los cumplas feliz. Sonaba como si estuvieran dándome una orden. Soplé las velas, abrí grandes los ojos. Y ahí estaba el balcón sin mi madre, con el jazmín seco en una maceta de lata. Que los cumplas feliz. Y ahí dormitaba mi padre en el sillón, con su cerebro hundiéndose en el olvido. La felicidad tenía que ser algo más amable que la encargada del edificio de la calle Rivadavia, mi hermana y otras personas alrededor de una mesa tomando espumante y cantando feliz, feliz en tu día, amiguita, que Dios te bendiga. Pero la vida te sorprende, cuando pensás que aprendiste el papel, alguien del reparto comienza a improvisar y cambia la función. A partir de aquel día, como si en vez de apagar las velas hubiese frotado la lámpara de Aladino, mis deseos comenzaron a cumplirse.

Lucio, el traductor de inglés que vivía en el décimo piso de mi edificio, me invitó a salir. Raro, pensé, Lucio era un pibe tímido que nunca hablaba con nadie. La cita fue a las seis de la tarde en un bar de la calle Bermúdez. Raro, también. Mi hermana me prestó ropa, me arregló el pelo y me puso varias gotas de un perfume fuerte y dulce que, según ella, no fallaba a la hora de seducir. Salí de casa antes de tiempo y llegué temprano al bar, media hora antes, soy británica en cuanto a la puntualidad. Pedí un café cortado y revisé el teléfono, un colega me había enviado el siguiente mensaje: Nena, buscan médicos en Tierra del Fuego, ¿te interesa?, la clínica se llama Riviere, está ubicada en Paso Bernina y la dirige un tal Lancy.

Pasame el teléfono, contesté.

Pensándolo bien, para una vida que se acerca a los cuarenta, no es mucho pedir, no prueba inconsistencia ni falta de seriedad cambiar de trabajo y empezar de nuevo en un pueblo chico. Solo que Bernina no era exactamente un pueblo chico, era un lugar aislado y de difícil acceso, el último pueblo del mundo. Cierro los ojos y lo veo como la primera vez, aprisionado entre la cordillera y el mar, protegido de la luz solar por un conjunto de nubes estables, en una zona montañosa donde parece no haber más que silencio, ancianos deambulando, casas

con chimeneas, un velero balanceándose que es un desecho, apenas algo más que un resto de naufragio.

El inicio de lo que allí ocurrió fue tan repentino y brutal que ni siquiera lo pude entender. Sigo preguntándome si la historia me pertenece o fui solamente testigo de los hechos. Pero hay que ir de a poco. Los deseos tienen un orden, primero lo primero: seis meses después de cumplir años, me casé con Lucio y me trasladé del tercero al décimo piso del edificio como si fuera un ascenso, una manera elevada de modificar mi estatuto de mujer sola y a la espera. Después de pasar por el Registro Civil, que resultó ser tan engorroso como cualquier trámite, me dejé llevar por el entusiasmo y llamé por teléfono a Lancy, el director de la Riviere. Tuvimos un primer contacto de pocas palabras, solo pude presentarme. La segunda vez que hablamos tuve que responder una serie de preguntas sobre mi profesión, mi especialización como médica, etcétera. Tres días más tarde, después de un rápido proceso de selección, Lancy me citó a una entrevista. Tenía que viajar de inmediato a Bernina. Allí estaré, le dije. De paso evitaba la luna de miel, que no sabía bien qué era, pero la expresión me empalagaba.

2

A mi reciente marido la posibilidad de trabajar en el sur no le molestó, en ningún momento puso objeciones. Cuando le dije que tenía que viajar a Bernina, miró el círculo en el mapa y sonrió con ternura. Andá tranquila, te espero en casa, me dijo. Actuaba como un hombre enamorado.

—¿A vos te parece que es la reacción de un enamorado? —dijo mi hermana, María Dolores—. Yo creo que está reaccionando como un tipo indiferente que no registra si venís o te vas.

María Dolores, la bella delirante y seductora, sabía todo sobre los hombres y los tenía a sus pies. A los quince había iniciado una preparación sexual que incluía entrenamiento físico, ropa nueva, peluquería, manos y pies esmaltados, salidas nocturnas en compañía de varones y mujeres que, a escondidas de mis padres, invitaba a nuestro dormitorio compartido. Cuando llegó a la treintena era una especialista. En cambio yo, solitaria, ignorante en el amor, pensé que no era relevante que Lucio actuara como alguien indiferente o enamorado, después de todo ya nos habíamos casado. Un deseo se había cumplido. Ahora lo importante era entrevistarme con el director de la clínica, encontrar un lugar nuevo y ganar dinero desplegando mi fortaleza principal: el trabajo.

Poco después de casarme, viajé a Bernina. Recuerdo el vuelo, mi asiento junto a la ventanilla, la cortesía de las azafatas, el encendido de los motores, el despegue. Era un día otoñal. Faltaban horas para llegar cuando el avión comenzó a temblar y se encendió una luz amarilla, había que ajustarse el cinturón de seguridad. Turbulencias. Me sobresaltó la sacudida, me dio pánico el cielo negro que parecía una criatura viviente. Me pregunté en qué momento del choque con la nube oscura iba a desmayarme, rogué que fuera antes de que el avión

explotara. No sucedió, gracias a Dios. Apelo a Dios cuando la cosa se pone difícil. Más tarde comenzó el descenso, una ráfaga de humo gris atravesó las nubes y aterrizamos, por fin.

Durante el vuelo, la tormenta fue brutal y, sin embargo, al llegar el día se iluminó de repente y la gran masa de nubes que había sacudido el avión hasta hacerlo temblar desapareció como si hubieran corrido un telón y el verdadero protagonista fuera el cielo despejado. El lugar me estaba dando la bienvenida, con una especie de euforia triunfal me acerqué al bar del aeropuerto y pedí un café con leche. Fue un festejo por haber aterrizado, haber sido arrojada nuevamente a la vida, sin golpe mortal, sin explosión ni servicios contra incendios. No obstante, enseguida surgió un dato al que le había restado importancia, el camino entre el aeropuerto y mi destino: ciento veinte kilómetros de ruta peligrosa. Miré la altura de las montañas, la zona boscosa de un verde casi negro, la bruma que desprendía el frío, los bloques de nieve en el perfil de la cordillera y volví a tomar conciencia del peligro. De nuevo al cielo, pensé.

Frío. Lo primero que registro al salir del aeropuerto es el frío. Seis taxis en hilera esperan detrás de la puerta giratoria. No se puede elegir, te toca el que te toca, la cosa funciona según el orden de llegada. Subo al que me corresponde, soy respetuosa de las normas, llevo la vida encausada en un carril de conductas aceptables. Me dirijo al chofer, un hombre desalineado que no me inspira confianza, le digo que voy a Paso Bernina y le pregunto cuánto cuesta el viaje. Es caro, no me importa, el deseo es a cualquier precio, pensé, por razones menores había gastado todo mi sueldo del hospital en María Dolores, en su ropa, sus médicos, su locura.

Subí al taxi. Acomodé el bolso a un costado del asiento y me abroché el cinturón de seguridad. ¿Seguridad? El auto se puso en marcha, el chofer no decía ni una palabra, era hostil, antipático. Fuimos por una ruta de tierra que terminaba en una curva cerrada, y después comenzamos a subir. Miré hacia abajo y nada, nada más que el mar. Montañas a la izquierda, precipicios a la derecha. Precipicios lisos y perfectos como un tapizado de piedra. Esa armonía natural,

frenética y precisa, me hacía pensar que la ruta construida por la mano del hombre era como lo que verdaderamente es, un pobre recurso. ¿Qué esperabas?, ¿una autopista de doble mano? De a ratos, el conductor disminuía la velocidad y asomaba la cabeza por la ventanilla para asegurarse el paso en las curvas. El andar del auto parecía más peligroso que el avión en la tormenta. Rogué que no cayera al vacío. Por favor, Dios mío, no quiero desbarrancar. El volumen interno del segundo ruego del día explotaba en mi cabeza. Es una señal, pensé, mejor doy la vuelta y vuelvo a casa. Pero a veces no hay chance, no se puede dar la vuelta así nomás en un camino finito como una cinta para el pelo, es preferible cerrar los ojos y entregarse al camino sin arrepentimiento.

El viento soplaba con una potencia inusitada, se metía en el interior del taxi no sé por dónde, por alguna hendija. Tiritaba, igual que yo, una muñequita vestida de color fucsia que colgaba de un hilo en el espejo retrovisor. Miré hacia la derecha, el cuadro era completamente azul, el único movimiento era el sistemático rosario de las olas. Adormecen, anestesian, me marean las olas y el mar. Dormí no sé cuánto tiempo y cuando miré de nuevo el reloj, faltaba menos para llegar a Bernina. Si consigo el empleo, pensé, me voy a olvidar del viaje en avión, la altura de las montañas, el vértigo que me provocan los caminos en zigzag y el frío de este día interminable

3

Mi primera visión del pueblo fue desde lo alto. Mínimo, brumoso, tan solitario que daba lástima. No había ninguna razón evidente para su existencia, podría haber sido una ensoñación, una película, la tapa de algún cuento. Para ingresar, había que cruzar una barrera. Dos guardias vestidos de gris se acercaron al taxi, pidieron nuestros documentos y los revisaron letra por letra, parecían espías buscando la clave secreta. Absurdo, no se me ocurría que alguien pudiera planificar un ataque terrorista en un lugar así. Comenzaron a hacer preguntas. Qué fastidio, empezando por mi nombre, responder casi siempre me exigía un esfuerzo considerable, sobre todo cuando no le encontraba sentido a la pregunta. ¿Motivo del viaje? ¿Fecha de salida? ¿A quién viene a ver? Tuve que mostrarles la invitación que me había enviado Lancy. Nunca me gustaron los interrogatorios, contesto con desgano, no soy amable, lo siento. Sin embargo, en aquella ocasión traté de serlo, como si la entrevista de trabajo hubiese comenzado frente a los guardias. Tenía que ser eficaz desde el primer saludo. Ni un paso en falso, pensé. Aunque por poco me rebelo cuando acercaron la primera hoja del documento a mi cara para constatar ¿qué?, ¿yo era yo? Ridículo, ¿quién iba a hacerse pasar por mí?

Por último, levantaron la barrera. Intriga o ansiedad, cuando el taxi se puso en marcha, hice preguntas que el chofer antipático se negó contestar. ¿Qué significa este control? ¿Vive alguien importante en Bernina? En silencio, el hombre sacó el freno de mano, el auto se deslizó en barranca por su propia inercia y alcanzamos una velocidad de vértigo. Me dejé llevar. Vamos para adelante, pensé. En mi vida todo había sido hecho y derecho, reglas, escrúpulos, conducta y control de mí misma. Pero llegaba la hora de cambiar, cualquier desgarro del orden establecido me podía hacer bien.

El taxi se detuvo en la puerta del Imperial, el único hotel que había en el pueblo. Revolví el fondo del bolso buscando la billetera y, cuando estaba sacando el dinero para pagar el viaje, ocurrió algo extraño. Un anciano con bastón y boina intentó subir al taxi por la otra puerta, pero el chofer arrancó bruscamente:

—¡Volvé a tu casa! No me metas en problemas —le gritó.

—¿Qué pasa?, ¿por qué no lo deja subir? —pregunté.

Puso primera y avanzó. Me dejó en la esquina. Pagué, bajé del coche y cerré la puerta con un golpe que hizo temblar a la muñequita fucsia. Yo había imaginado el pueblo como un lugar tranquilo y distante del conflicto urbano. Pero qué lástima, ningún lugar se salva de la violencia callejera, pensé mientras arrastraba el bolso hacia el hotel.

El taxista giró en sentido contrario y se alejó en dirección a la montaña.

El Imperial era cálido, confortable, tenía olor a cera, muebles antiguos, un resplandor casi palpable que venía del mar; un vestíbulo prolijo y silencioso, por poco me arrepentí de perturbarlo. Dos ancianos vestidos con ropa holgada atendían la recepción. El mayor, con pulso tembloroso, anotó mi nombre y dirección en un libro de tapa dura que apenas podía sostener. El otro, como si saliera de una zona letárgica en la que había dormitado durante mucho tiempo, cargó mi bolso con dificultad y me acompañó a la habitación. Subimos a un ascensor estrecho y espejado. Yo estaba deseando descansar, recostarme inmóvil un buen rato y dejar que mi deseo se cumpliera por sí solo al día siguiente en la entrevista con Lancy.

Al llegar a la habitación, me desplomé en un sillón de color naranja que había frente a la ventana y miré el paisaje, parecía obra de marcianos. No pertenezco a la clase de gente que dice ser amiga de la naturaleza. Mi madre había sido profesora de botánica y zoología, siempre hablaba de esos temas, pero yo no la escuchaba. Más que las algas, hongos y líquenes, más que el aparato digestivo de las lombrices, me interesaban el cine y la televisión. Me aburría si pasaba demasiado tiempo delante de un paisaje. La naturaleza era algo por lo que había enloquecido mi hermana, había enfermado el cerebro de mi

padre y se achicharraba como una pasa de uva. Pensaba en eso cuando el anciano que me había acompañado a la habitación se acercó a decirme que él agradecía el hecho de estar vivo y mirar el paisaje todos los días.

Quise sacármelo de encima. Tiene suerte, murmuré con indiferencia. Por favor, un poco de cordura, no entiendo para qué tiene que agradecer este hombre el hecho de estar vivo, si la misma fuerza que le dio todo se lo va a quitar en cualquier momento. Arrastrando los pies, abrió una hoja de la ventana y dijo: Venga, mire, desde acá se ven los glaciares. El viento entró sin contemplaciones. Yo no sabía cómo hacer para decirle que cerrara la ventana porque el paisaje no me interesaba, no me ponía a temblar cuando estaba frente al mar, fracasaba ante el intento de desarrollar cualquier emoción estética. Cómo explicarle que todo eso que él apreciaba no significaba nada para mí. Para mí, lo único admirable de la naturaleza era su puntualidad, su rigor. Y aunque nunca había entendido bien por qué, la Tierra giraba sin parar, la tarde y la noche pasarían rapidísimo y al día siguiente tenía que encontrarme con Lancy. Era el único orden natural que me importaba. Faltaba poco para poner en funcionamiento mi deseo. Pero ahora, por favor, cerremos esa ventana, no voy a asomarme a ver glaciares, no me gusta el hielo por más azul que sea.

Entró a la habitación una viejita con cara de abuela que prepara bizcochuelos, dejó un puñado de caramelos sobre la mesa de luz y le dijo al anciano que yo había viajado muchas horas y tenía que descansar. Quedé a solas, dormité en el sillón anaranjado hasta que un pájaro cantó y me despertó. Saqué del bolso un abrigo de lana que, a juzgar por el clima, parecía insuficiente, y salí a conocer el lugar.

Caminar era mi placer, me desentumecía, recobraba fuerza, elasticidad. Caminé con miedo de morir de frío si me detenía en alguna parte, creí que iba a congelarme. Recorrí de punta a punta la escollera, pasé por una cueva rocosa y por un acantilado con halcones revoloteando. Todo el tiempo preguntándome si Lucio iba a poder vivir en un lugar así o Bernina se convertiría en el famoso punto de inflexión que, al poco tiempo de haber contraído matrimonio, podía conducirnos a la puerta del divorcio y dejarla entreabierta para que pasáramos y nos acomodáramos de nuevo en la vida de solteros. ¿Y

yo? ¿Iba a adaptarme a vivir en Bernina? Sí, yo con tal de salir de Flores podía adaptarme a vivir en un ropero.

Despejada de los planteos que me habían invadido, me senté en un banco de la rambla y vi pasar un grupo de octogenarios. Se movían lentamente y en hilera, como en una peregrinación. Yo estaba agotada por el viaje, medio mareada, no sabía si se trataba de seres concretos, sugestión o realidad física. Pero de repente me di cuenta, hasta el momento no había visto un solo joven en Bernina. ¿Y si no había? Fue una intuición, una idea vaga que inmediatamente dejé ir. Puse toda mi atención en los viejos, en su ritmo lento, sus dificultades para poner un pie delante del otro; caminaban arrastrando sus abrigos largos. En el conjunto, reconocí al anciano que había intentado subir al taxi, iba con la mirada distraída, como si no estuviese del todo seguro de adónde se dirigía. Al rato, la luz pareció adensarse, algo poderoso se imponía entre la rambla y la tarde. Anochecía de manera abrupta, una oscuridad enorme descendía sobre el pueblo y sobre mí. Los viejos se alejaron. La neblina de la noche lo detuvo todo, no había nada en aquel anochecer que pudiera volverse nítido. Había llegado la hora de regresar al hotel. Subí a la habitación, me senté de nuevo en el sillón anaranjado y tuve un presentimiento que traté de ignorar. Miré el paisaje, el pueblo, sus luces escasas, titilantes. Y después dormí.

4

A la mañana siguiente, desayuné en el Inmaculado, un bar frente al puerto. Al entrar, en una brevísima visión panorámica descubrí que eran todos, todos, viejos. Algunos miraban televisión; otros se habían sentado frente a la ventana como muñecos acomodados en una vidriera de antigüedades. Tuve la misma sensación de irrealidad que había tenido el día anterior, cuando los vi caminando por la rambla. Tres mujeres vestidas de negro llamaron al mozo y pidieron el desayuno. Son viudas, pensé. No me equivoco en esa clase de observaciones. Ninguna quería parecer ansiosa, pero desde su mesa redonda seguían cada movimiento del mozo y miraban con insistencia hacia la cocina. Me senté a una mesa cercana y traté de escuchar la conversación. La viuda más joven hablaba de la ausencia de su marido, lo culpaba de haber muerto, habría sido importantísimo contar con él para salir a caminar. De pronto, giró la cabeza y su mirada resbaló sobre mi abrigo insuficiente:

—¿No estarás un poco desabrigada para subir a la Riviere? —me preguntó.

Quedé perpleja, observándola. Contesté con aire natural:

—Justo estaba pensando en eso.

Me devolvió una expresión comprensiva:

—Suerte en la entrevista, querida. ¿Tu nombre?

—Encarnación, pero me dicen Nena. ¿Y el tuyo?

—Elena, pero me dicen Elenita.

Si querés sobrevivir en Bernina, hacete amiga de las viudas, pensé. Llamé al mozo, un hombre reumático y torpe, parecía circular a ciegas por el bar; mientras se acercaba a mi mesa, tropezó con una silla y derramó el vaso con agua que llevaba sobre la bandeja. Él también era anciano. Sentí que había hecho una pausa general en mi historia y aparecía de repente en una vida de ficción. No tuve en ese momento ninguna esplendorosa nitidez de pensamiento, ninguna revelación,

pero tampoco hacía falta tenerla porque estaba todo a mi alcance. Faltaban conocer algunos detalles y me los dio Elena, cuando más tarde se acercó a mi mesa y, mientras compartíamos un té con leche, me contó que los ancianos que llegaban a Bernina pedían en la Riviere una especie de amparo, algo así como una escala previa al último viaje. Gracias al cielo, el señor Lancy, dueño del pueblo y sus alrededores, atendía el reclamo.

No sabría cómo expresar la sensación que tuve cuando recibí una mirada despierta de Elena, infinitamente clara, preguntando si yo estaba de acuerdo. A su entender, el procedimiento no era del todo santo, pero tampoco le parecía un pecado que la gente pudiera decidir el día de su muerte. Los que no estaban dispuestos a perdurar, soportando a cualquier precio el deterioro, firmaban un consentimiento, subían a la Riviere y recibían un suero que los sacaba del mundo sin otro inconveniente que el natural temor a lo desconocido. Así las cosas. Mientras tanto, podían vivir y disfrutar de Bernina. Alguien encontraba una esposa, un amigo. Algunos trabajaban en lo que habían aprendido en su juventud. Si hacía buen tiempo, los que podían movilizarse salían a pasear por la rambla, iban al cine, pescaban en la escollera. Lo único prohibido era comunicarse con los de afuera.

Todo se aclaró de pronto, había resuelto la totalidad de los enigmas en una sola mañana. Miré el puerto a través del ventanal, titilaba como un objeto flamante, la luz pálida sumergía el paisaje en una esfera de aspecto sobrenatural. No podía existir un lugar mejor para crear esa especie de limbo donde estaba permitido morir.

Al salir, me despedí de las viudas y puse en cuestión varias cosas acerca de lo prohibido, la ilegalidad, el juramento hipocrático, pero recordé la enfermedad de mi padre y en el mismo instante las dejé pasar. ¿Sería una violación de la ley, del decoro, incluso de los derechos más elementales, mi posible trabajo en la Riviere?

5

Para alguien como yo, exiliada de la felicidad, solitaria, prudente, sin tendencia a la vida social, el trabajo en la clínica parecía hecho a medida. El director se dio cuenta en la primera entrevista. Nunca olvidé nuestro primer encuentro. Si cierro los ojos y me parece estar de nuevo en su oficina. Lancy me espera detrás del escritorio, impecable traje azul, corbata celeste, gemelos de plata, la mano apoyada en el mentón. Hace preguntas y no me cuesta responder ninguna. Me comporto como si hubiese estudiado de memoria un manual de instrucciones. Sé con exactitud lo que está buscando. En cada respuesta utilizo mis mejores recursos y argumentos. Los nervios no me traicionan, trasmito esa especie de suficiencia que da la certidumbre de saber el verdadero propósito del entrevistador. Lo escucho, adivino en cada uno de sus gestos lo que no puede decir, lo innombrable. Pasan los minutos, su objetivo es convencerme, limar cualquier arista de reproche o denuncia. De pronto, se me ocurre un atajo, lo miro a los ojos, le digo que la prolongación artificial de la vida es algo inadmisible.

Nunca más pude desprenderme de aquella afirmación. Me sentí capaz de practicar la eutanasia sin proyectar nada sombrío ni transformarme en alguien temible. Después de escuchar mis frases con atención, Lancy me invitó a recorrer la clínica, la sala oval y sus esculturas, la suntuosa escalera de mármol, el ascensor transparente, las suites deslumbrantes y sus respectivos balcones. En el trayecto, habló de un suero eficaz, probado en Suiza. No hice preguntas. Ni siquiera acerca de lo que me parecía más inquietante: el encierro, los guardias, la idea de vivir en un pueblo vigilado. Sin proponérmelo, comencé a hablar del curso de la vida como si lo conociera de memoria, como si mis treinta y siete fueran solo el aspecto oficial y visible de una vida milenaria. El puesto tenía que ser mío. No era un capricho, era una determinación. Y si más tarde, sentada frente a la

chimenea, mirando el fuego y los leños consumirse, me daba el lujo de decir que aquel acto había sido un error enorme, iba a estar preparada para perdonármelo.

Lancy parecía haberse perdonado, en aquella visita guiada, dijo que a su clínica llegaban ancianos cansados de vivir situaciones degradantes, gente que se negaba a terminar sus días en un cuartucho con el aire impregnado de morfina. Cuando terminó de recitar frases conmovedoras, se aflojó el nudo de la corbata y empezó a hablar en voz muy baja, como si quisiera ocupar menos lugar:

—Supongo que usted conoce esta clase de problemas a través de la enfermedad de su padre.

—Por supuesto —contesté.

—En cuanto al suicidio asistido, para eso no hay edad.

—Por supuesto —repetí.

Formar parte de la Riviere implicaba firmar un acuerdo de confidencialidad. El escribano iba a explicarme los detalles.

Regresamos a la formalidad de su escritorio y acordamos un nuevo encuentro para la mañana siguiente. Mientras caminábamos hacia la puerta de la oficina, miré la franja finita de luz que la cortaba en dos, Lancy empujaría el panel derecho y yo el izquierdo. Aparecimos nuevamente en la sala oval. Sobre el suelo de mármol, sentí algo que mi razonamiento no podía abarcar, creí encontrarme ante una fórmula matemática, una de esas ecuaciones sin resolución que permanecen suspendidas durante cientos de años hasta que alguien las despeja. No consigo olvidar la sensación de extrañamiento que tuve al finalizar la entrevista, cuando empecé a entender el alcance de mis obligaciones. Era como si todos los seres agotados de vivir y todos los condenados del mundo se pusieran en fila ante mí.

6

Regresé al hotel. Tenía que apoyarme en algo, pronto. Bajé la colina, los árboles se movían como si fuera a llover. Entré a la habitación y me acosté sin desvestirme. Un viento temperamental comenzó a sacudir la ventana. Pensando en mi trabajo nuevo, en el traslado, tuve miedo de traicionar a mi familia. Una imagen, la de mi padre y María Dolores entrelazados, avanzaba contra mí, enfureciéndose a medida que se aproximaba. Mi hermana, con su cara perfecta y la piel tersa de criatura embalsamada, parecía decirme que la estaba abandonando. No tiene derecho, siempre la cuidé, la protegí, tengo que hacer mi vida, pensé. Recurrí al caramelo pegoteado que había sobre la mesa de luz y me cubrí con la sábana como si una montaña de reproches me apuntara. Llamé por teléfono a Lucio. Por un momento, creí que todo iba para atrás, la vida matrimonial apenas había empezado y ya se estaba achicharrando como un papelito en el fuego. Cuando me vi sola en la cama del Imperial, caí en la cuenta de que casarme antes de los cuarenta había sido un error. Tuve una versión degradada de lo que había intentado al pasar por el Civil. Recordé el trajecito de color beige que había usado para la ocasión, las ollas y sartenes brillantes que nos habían regalado mis compañeros del hospital, las sábanas nuevas y blancas, el juego de cubiertos. Ahora, el paisaje doméstico que habíamos montado en el piso diez del edificio me parecía una ridiculez. La gente solitaria como yo nunca llega a necesitar veinticuatro tenedores, veinticuatro cuchillos y veinticuatro cucharitas de postre. Me excede invitar dos personas a comer, me parece mucho, me da sueño y no veo la hora de que se vayan. ¿Para qué sirven los regalos de casamiento?, al final tienen razón los que piden dinero en una cuenta, pensé, un accionar que siempre me había parecido de mal gusto. Recordé que Lucio había criticado a los tres únicos amigos que nos habían visitado: Rompieron una copa, despelucharon el dobladillo de la servilleta. Entendí que ninguno de los dos iba a usar jamás el

juego entero de cubiertos. Qué lástima, en el noviazgo lo habíamos pasado bien, hacíamos el amor, no muy seguido, pero lo hacíamos. Además, Lucio me había parecido inteligente, poco versátil, pero inteligente. Qué pena, después de casarnos, se puso apático, robótico, sus comentarios dejaron de interesarme. En mi matrimonio todo había nacido y muerto al mismo tiempo. Lucio era de nuevo el vecino del décimo, un pibe raro que nunca hablaba con nadie, un desconocido cualquiera. Atendió el teléfono. Como el culpable que pretende atenuar su condena, al escuchar el primer hola, querida, comencé a dar explicaciones:

—Me eligieron, Lucio. Estoy contenta, el problema es que este lugar es muy frío y ventoso, está lejos de todo, no sé si te vas a adaptar.

—No te preocupes. Vamos a vivir juntos donde sea. Te felicito por este logro, ¿se lo contaste a María Dolores?

Hablamos un rato, pero yo no veía la hora de cortar y terminé fraguando una urgencia para apurar la despedida:

—Hablemos mañana, está entrando un llamado del director.

—Te mando un beso, Nena. Qué bueno que fuiste elegida.

¿Elegida? Apagué el teléfono y pensé inmediatamente en mi hermana. A lo largo y a lo ancho de mi historia familiar, María Dolores siempre había sido la elegida. Cuando éramos chicas, íbamos al colegio en colectivo y normalmente había alguien alrededor nuestro diciéndole a mamá: Qué linda es tu hija, qué rubia preciosa. Sí, es preciosa, contestaba mi madre, cuando sea grande va a ser igualita a Brigitte Bardot. ¿De qué color tiene los ojos?, solían preguntarle. Los ojos de mi hija no tienen definición, son como luces, medio verde agua, medio verde esmeralda. Yo, mientras tanto, miraba por la ventanilla sintiéndome nadie. Pero después comenzó a pasar el tiempo y cambiaron las cosas. Como hija, me convertí en el orgullo de mis padres, me recibí de médica con las mejores notas. Como mujer, me acostumbré a existir mínimamente.

Dormí toda la noche. Amaneció soleado. A las diez, llegó la ambulancia que me había enviado el director. La conducía un viejo elegante, usaba sombrero y corbatón. La anciana que repartía

caramelos me había explicado que la ambulancia era el único transporte público que había en el pueblo: Acá no hay colectivos, nadie pide taxi ni remís, cuando hay que ir a alguna parte, llamamos a la ambulancia.

Intenté conversar con el chofer, cualquiera podía ser fuente de información, pero aquel hombre apenas pudo decir de manera entrecortada: Buenos días, señorita. Después, su voz enronqueció hasta desaparecer. Pensé en papá, sentí algo parecido al deber de hija y a la responsabilidad, lo sentí de un modo vago, apaciguado. Mientras la ambulancia avanzaba por la colina, traté de medir la distancia que me separaba de Flores, era enorme y preciosa, la esfera perfecta del deseo, era menos para perjudicar a los que había abandonado que para alejarme de la angustia de vivir con ellos.

Dos guardias abrieron el portón automático, levanté los ojos y vi, inmensa, la Riviere iluminada por el sol. Fue como llegar a una mansión, me sentía en una de esas películas donde el viudo espera a la institutriz que, habiendo aprobado todos los requerimientos, se hará cargo de los pequeños. La ambulancia se detuvo en la rampa, el director vino a mi encuentro y fuimos conversando a su oficina.

El clima. El inicio de cualquier conversación era el clima. Qué viento, pero qué lindo cielo tenemos hoy después de la tormenta que hubo anoche. ¿Quiere tomar café?, preguntó Lancy. Nos sentamos frente a frente, me entregó el contrato y guardamos silencio, como por respeto al paso de algo trascendental. Se abrió como un túnel, uno de esos huecos donde realmente ocurren cosas. Miré alrededor, anaqueles, cuadros, candelabros, biblioteca, todo impecable. Como siempre odié los trámites, hubiese querido relegar aquel a un discreto segundo plano y saltar directamente de alegría. No fue posible. No pude ni siquiera sonreír. El director se mostraba demasiado serio. ¿Qué había visto en mí?, ¿una mujer reservada, enemiga de la notoriedad?, ¿alguien que tenía un padre con alzhéimer y la experiencia de haberlo atendido? Lo que no sospechaba el director era que yo necesitaba un shock de lejanía, dinero, aire nuevo. Ni siquiera mi familia sospechaba que la falta de recursos y la mediocridad de nuestras vidas en todos los niveles me habían hartado, me deprimían. Lucio tampoco lo sospechaba, no era buen observador, su estrecho

mundo se reducía a cuatro diccionarios, una pila de carpetas y dos computadoras de última generación. En una fracción de segundo, mientras la secretaria servía el café, tuve sorpresivamente una segunda crisis matrimonial, una de esas que estallan ante una simple pregunta: ¿No había agotado Lucio sus escasos impulsos sexuales, sus intereses, sus ganas de algo, después de sucumbir a la tentación de casarse? El tiempo dirá, pensé, aunque era el clásico enemigo de toda persistencia amorosa, el tiempo iba a decidir.

Traté de no pensar, no era el momento adecuado para evaluar mi estado civil. Lancy esperaba la lectura del contrato. Tenía los papeles en mis manos y estaba a punto de lograrlo. Aunque en alguna región mía, calculadora y racional, comencé a preparar los argumentos de defensa. La vejez, esa parte indigna de la vida que la ciencia había extendido hasta lo insoportable, pedía un acto de piedad. A mí la piedad me tenía sin cuidado, realmente, pero había considerado siempre que la prolongación de la vida no tenía que ser obligatoria. No me parecía indispensable que la buena vida se asociara al mayor número posible de años. Además, ¿quién iba a ocuparse de los que cumplían cien años en estado de invalidez?, ¿los hijos, los nietos, el gobierno de turno? Sobraban los motivos para aceptar el trabajo. *Decidite y saltá, hermana, es ahora o nunca, ¿te quedás en esa bóveda al aire libre o volvés conmigo a Flores?* La había dejado a cargo de papá, era inaceptable, pero María Dolores hablando en mi interior iba a encontrar la manera apropiada y tortuosa de seguirme a todas partes.

Traté de hacerla a un lado y comencé a leer el contrato, lentamente, como me habían enseñado en el colegio, bien sentada, con la espalda derecha, elevando el mentón al final de cada párrafo, señalando con una pausa el punto seguido, el dedo índice listo a dar vuelta la hoja. El tercer deseo se había cumplido. Solo vacilé ante el sueldo, era tan alto que me hizo tambalear. Al ver la cifra, escuché el silbido del viento como si fuera una alarma, una última advertencia. Siempre lo supe, lo importante es desear. Pero ni siquiera eso me resguardaba de sentir lo que en el fondo sentía, algo dentro de mí no iba a tener salvación.

7

No tuve que convencer a Lucio, cuando regresé al departamento de la avenida Rivadavia, me dijo entusiasmado: Nena, un traductor puede trabajar en cualquier parte, vayamos juntos a Bernina, te acompaño a donde sea. Claro, él también se había cansado de vivir en Flores, no paraba de criticar los ruidos de la calle, la lentitud de la portera, la humedad del techo, el ascensor que a cada rato se detenía en el entrepiso. Con tiempo de sobra, se puso a preparar el equipaje. Era raro descubrir que no tenía ningún apego, a nada, a nadie, ni siquiera a su familia. Su vida entraba entera en la computadora. En una valija comenzó a guardar papeles, ropa de abrigo, un botiquín con primeros auxilios y cajas con todo tipo de medicamentos, demasiados medicamentos.

—Es un hipocondríaco, muñeca. ¿Sos doctora y no te das cuenta? —había dicho mi hermana.

—¿Te parece?

—Te lo firmo, pibes así conocí más de uno cuando estuve internada.

Una mañana lo descubrí comprando remedios para la tos, para la fiebre, para la alergia, se me ocurrió pensar que se había casado conmigo para recibir atención médica. Yo quería una vida distinta, había soñado con un marido activo, emprendedor, amante de las salidas nocturnas y de las escapadas de fin de semana, pero a Lucio todo eso no le interesaba. Cada vez que yo intentaba organizar un programa, se recostaba en un sillón, entrecerraba los ojos y al rato, como si despertara a la salida del quirófano, comenzaba a sentirse nauseoso, febril, me pedía que le alcanzara el termómetro y controlara su presión arterial. Quizá, pensé al principio, del otro lado de lo que él llama fiebre podría haber otra cosa, a lo mejor está insinuando que nos quedemos en casa y que vayamos a la cama, hagamos el amor, miremos una serie, y a última hora de la noche pidamos una pizza con jamón y aceitunas. Pero no, no había insinuación ni segundas

intenciones.

A lo largo de semanas idénticas, terminé aceptando la idea de que con Lucio no se podía hacer ningún plan entretenido. Para colmo, la inexperiencia no me permitía medir la frustración que había empezado a sentir en los encuentros sexuales, cada vez más pobres e infrecuentes. Cada noche era peor que la anterior. A veces, antes de dormir, él percibía mi desilusión y trataba de conformarme trayendo un té verde a la cama. Comencé a observarlo con la dignidad del condenado a muerte que, aferrado a su delito, rechaza cualquier gesto de conmiseración. Pero el debut matrimonial que me había hecho sentir más sola que cuando era soltera dejó de importarme el día que ingresé formalmente a la Riviere y comencé a vivir una experiencia superior, magnánima.

La idea de salir de Flores, rescatarme a mí misma y cumplir mi deseo, a mi hermana, María Dolores, le parecía un disparate. Cuando supo que me iba, se puso irónica y filosa como nunca:

—Te vas a morir de frío allá en el sur, hermana. Si tenés ganas de mudarte a un barrio cerrado andá a vivir a Pilar, que queda más cerca.

—Voy por trabajo, alguien tiene que pagar los gastos.

—¿De verdad me vas a dejar sola? ¿Te olvidaste del alzhéimer de papá?

Fue lo último que dijo antes de que su voz comenzara a resonar más que nunca en mi cabeza.

Partiríamos Lucio y yo, con el matrimonio recién comenzado. Para evitar reproches y nuevos ataques de locura, le dije a mi hermana que la aventura sureña se transformaría en una historia bien narrada en la siguiente Nochebuena. Temerosa de su desequilibrio, quise encontrar la manera de conformarla y oculté el verdadero propósito de mi traslado. Organizada la mudanza, Lucio firmó nuevos contratos para sacar provecho de sus traducciones y nos fuimos los dos a Bernina con un pasaje de ida.

El vuelo fue tranquilo, no hubo tormenta ni turbulencias ni demoras, Lucio se la pasó durmiendo todo el viaje. Al llegar, se negó a tomar un café con leche para festejar que habíamos aterrizado. Quiso salir rápido del aeropuerto, dijo que había demasiada gente tosiendo y estornudando, caminó en dirección a la puerta giratoria como si la menor dilación le resultara intolerable. Lloviznaba. ¡Qué día!, le dijo al taxista cuando íbamos por la montaña. Montañas hasta donde alcanzaba la vista, el aire de una tarde lluviosa, acantilados hasta el infinito. Podría ser la feliz conjunción de cielo y mar, el joven matrimonio que llega al sur con ilusiones. Pero una vez más, mi pensamiento obstruye el mecanismo, destroza la armonía y comienzo a preguntarme: ¿qué estoy haciendo acá?, no sé si quiero vivir en un pueblo, ni siquiera sé si quiero vivir con Lucio. De pronto, al verlo, descubrí casi sin querer que tenía descosido el forro del saco y los zapatos sin cordones, lo miré como se mira a una persona desconocida, levanté los hombros en señal de impotencia. No puede ser, pensé, no pude haberme equivocado así, tengo que esperar, tener paciencia, conocerlo mejor. Tiempo al tiempo. Todavía no le había dicho de qué se trataba mi nuevo trabajo. Lo intenté. No encontraba la manera de explicarle que nadie podía salir de ese lugar sin solicitar un permiso especial con el escribano. Para entrar en tema, relaté el incidente que había tenido con el taxista de la muñequita fucsia, de qué manera violenta el chofer había impedido que un pobre viejo subiera al coche cuando llegamos a Bernina. Pero Lucio no supo interpretarlo, tuve la impresión de que me ignoraba. Mientras le hablaba, se puso a mirar por la ventanilla y enseguida dijo que teníamos que comprar un auto para no recurrir a los taxistas imprudentes que ni siquiera les prestaban atención a los que venían por la mano contraria. ¡Qué irresponsables!, masculló por lo bajo.

La guardia nos detuvo al llegar a Paso Bernina, bajaron la barrera, nos pidieron los documentos y comenzaron las preguntas.

—Estos tipos se pasan con el interrogatorio —le dije a Lucio.

Otra cosa engañosamente simple que a él no le molestó.

—No sé por qué te preocupás, Nena, es más complicado entrar un sábado a la noche en Nordelta —contestó.

Qué diferentes somos, a mí me perturban las revisaciones de todo tipo, detesto responder preguntas, me irrita cualquier despliegue de autoridad. Lucio no cuestiona nada. Por mi parte, ya había entendido que la barrera y los hombres prepotentes vestidos con trajes grises eran señales que significaban el ingreso a un territorio distinto, a una zona privada, con leyes propias. ¿Qué clase de leyes?, me fui enterando de a poco.

8

En el Imperial nos recibieron con café, té, chocolates en rama, copitas de jerez y fuego en la chimenea.

—¿Les gustaría conocer el hotel?, ¿les hago una recorrida? En el subsuelo tenemos un casino con ruleta y dados, abre las veinticuatro horas para que se entretengan jugando los que no pueden dormir. Buena idea, ¿verdad? Arriba hay una terraza con vistas preciosas, pero la usamos en verano nada más, ¿quieren subir?, los acompaño al ascensor, la escalera es empinada, no me aguantan los tobillos —dijo el anciano que atendía la recepción.

—Gracias, en otro momento —contestamos al unísono.

Cada detalle había sido cuidadosamente preparado por Lancy.

—¿No te parece un poco exagerado este recibimiento? —le pregunté a Lucio.

—Un poco —contestó.

Me sentía rara, con la sensación de haber ingresado a una cárcel con privilegios especiales. Y aunque no era lo mío, comencé a envidiar la suerte de cualquier mujer libre que va con amigas a un shopping o pasea por la calle bajo el sol. Mientras tomábamos café, conversamos con el anciano sobre la virulencia del otoño, los glaciares y las tormentas de nieve. Después fuimos a la habitación. Al bajar del ascensor, miré hacia el costado y noté que había alguien de pie al final del pasillo. Un guardia.

—Nos están vigilando, Lucio.

—Tranquila, Nena. Son medidas de seguridad.

El sillón anaranjado seguía inmóvil frente a la ventana, se estaba volviendo familiar; la viejita con cara de abuela había dejado una manta a cuadros en el apoyabrazos. Capturado por el paisaje, Lucio abandonó el equipaje y caminó rápido hacia la ventana:

—¿Viste esto? Es impresionante.

—Sí, impresionante.

¿Qué voy a hacer?, sus intereses no se parecen en nada a los míos, sus comentarios me irritan, me quitan el entusiasmo. Por favor, querido, un poco de compañerismo, un mínimo de afinidad, decime algo que no se refiera al paisaje, decime qué pensás de todo esto, ¿sobreviviremos en Bernina?, ¿o será el agujero negro que nos va a tragar? ¿No entendiste lo que estoy por hacer? Deberías ayudarme a combatir la sensación de que floto en una equivocación inmensa al alejarme de todo, quise decirle algo de eso, pero en vez de hablar, le propuse salir:

—Abrigate, vayamos a caminar, quiero que conozcas el pueblo.

Pensé que iba a sentarse en el sillón y decirme que no se sentía bien, como solía hacer cada vez que yo proponía una salida, pero inmediatamente contestó:

—Dale, salgamos.

Su buena predisposición me reanimó.

—Podríamos ir a la escollera —le dije.

—¿Con este viento?, prefiero conocer la calle principal.

Lucio no quería caminar por la costa, dijo que el viento soplaba demasiado fuerte, podíamos engriparnos. Lo dejé pasar, había escuchado decir que para sostener el matrimonio era necesario cultivar la paciencia, la tolerancia:

—Como quieras —le dije.

No era buen pronóstico esa clase de respuesta en los inicios de una relación. Aceptar, conformarse, ser amable, renunciar. ¿Esto va a ser así? ¿Es esto vivir casada?, me pregunté. Salimos. Recuerdo con exactitud aquel primer paseo de reconocimiento.

Los comercios cerraron, Lucio se detiene ante la vidriera de la zapatería, dice que mañana cuando abran va a venir a comprar ese par de botas con bordes de piel que parecen abrigadas, es fundamental tener los pies bien calientes, el gasto vale la pena. Cruza después la calle y se dirige a la vidriera de la farmacia. Hay pocas cosas menos interesantes que la vidriera de una farmacia de pueblo. Sin embargo, él camina apurado, ansioso por observar quién sabe qué. No se ve mucho más que el clásico afiche antiguo de Geniol y otro de jarabe para la tos; un estante con pomadas para la artrosis y una exposición de artículos ortopédicos. Vista de cerca, la vidriera no es simplemente

fea, es malvada. Pero él está ahí, estático, observándola. ¿Se distrae mirando piernas ortopédicas? Comienzo a preocuparme, no entiendo su comportamiento.

Dos cuadras más adelante, la calle termina y antes de llegar al final y chocar contra la cordillera de los Andes, descubrimos una pizarra que anuncia sopa de verduras frente a un restaurante llamado Alma mía. Quiere entrar. Parece ser el único lugar del pueblo que cierra tarde. Nos sentamos cerca de la ventana. Él no percibe el acoso de los guardias. Yo sí, los descubro a cada rato, se mueven con sigilo detrás de los cipreses. Somos la pareja de recién llegados y nos vigilan, según Lancy durará un tiempo. Respiro hondo y decido, ahora sí, contarle toda la verdad, de qué se va a tratar el trabajo en la Riviere, quiero decírselo de una vez, con claridad. Lucio, date cuenta por favor, acá los guardias controlan, de este pueblo nadie puede salir, la gente firma un papel y no se va más. Apenas me escucha, le resta importancia. ¿Es un idiota o está más allá de todo? Le pregunto qué piensa de la ilegalidad de la eutanasia, tengo esperanzas de poder iniciar una conversación, después de todo es mi marido. Dicen que un marido acompaña y que no te deja sola, para eso se casa la gente, ¿o no? Pero él no opina, habla solamente de las heladas y de las precauciones que deberíamos tomar para no caer en cama con gripe:

—Vamos a empezar hoy mismo, después de la sopa.

Revisa el interior de su morral, busca algo. No lo aguanto, quiero escapar, atravesar las montañas con los brazos desplegados, volar. Le digo:

—¿Con qué vamos a empezar?

—Con esto, Nena —dice mientras me muestra un envase metálico—. Tenemos que consumir al menos dos grajeas por día de vitamina C, una a la mañana y otra a la noche. ¿Venderán en la farmacia de la otra cuadra? Habría que encargarlas cuanto antes, traje nada más que cinco cajas, ¿qué hacemos si no las venden?

—En cualquier farmacia vamos a encontrar vitamina C.

—Sí, tenés razón. Pero igual tenemos que seguir con el jugo de pomelo y limón a la mañana. ¿Habrá algún mercadito por acá?

—Vi uno cerca del hotel.

Me resigno, suspiro, cuento hasta diez, miro hacia fuera la ronda de

los guardias, la noche. Me abro paso en la intimidad matrimonial y percibo los signos de una enfermedad difícil de tolerar. María Dolores tenía razón, se dio cuenta antes que yo, este pibe es un enfermo, una caricatura. Trato de controlarme. ¿Qué habrá sentido cuando bajamos del avión y aspiró la primera bocanada de aire frío?, el clima en esta zona es algo serio, afuera hay varios grados bajo cero.

El restaurante Alma mía tiene el encanto de una chimenea que arde durante todo el año. Lo atiende Liza, una de las pocas jóvenes que viven en el pueblo. Antes de traer la sopa, la chica se acerca a nuestra mesa con una bandeja de embutidos y dos copas altas de un aperitivo rosado que no logro identificar. Somos los recién llegados y quiere darnos la bienvenida. Lucio la mira con espanto, como si, en vez de jamón crudo, salame de Milán y dos rodajas de bondiola ahumada, hubiese traído la cabeza ensangrentada de Goliat. Estira un brazo y detiene la bandeja con la palma de la mano.

Liza se sorprende:

—Por favor, no lo tomes a mal. Les puedo ofrecer otra cosita, ¿unos trozos de parmesano?, ¿unas aceitunas?

—Lo que pasa es que nosotros no comemos embutidos —contesta Lucio en un tono poco amable.

¿Nosotros?, pensé sin reaccionar, ¿desde cuándo? Cae estrepitosamente una venda de mis ojos. ¿Con quién estoy? No dije nada, no venía al caso decir que me gustaba comer embutidos.

—¿Prefieren el parmesano y las aceitunas? —pregunta Liza.

—Gracias, con la sopa de verduras vamos a estar bien —contesta.

Nos encuentra la noche en el Imperial, la cama es estrecha, abrigada, agobiante. No puedo dormir tan cerca de alguien.

9

Alquilamos cerca del mar una casa amplia y sin encanto, dominados por una ilusión que se fue desvaneciendo con la llegada del invierno, el frío y las tormentas. Rodeada de virus, bacterias, ancianos y suicidas, el invierno mismo se convirtió en una enfermedad. Mala suerte, pensé. Mi pan con manteca había caído del lado untado. Bernina resultó ser la fábrica del viento, un viento que pasaba todo el tiempo levantando hojas y haciendo volar bolsas vacías. Las tormentas, la bruma, los viejos deambulando y mi sensación de estar presa aumentaban. Siempre me había gustado el verano y ahora vivía bloqueada por un nudo montañoso. Mala suerte. Me estrené un vestido y le hice un siete con un clavo. Mala suerte que mi deseo se concretara justo ahí, cerca del hielo, donde el mundo vivo languidecía.

La Riviere no guardaba relación con el resto. En lo más alto de la colina, Lancy había edificado una mansión confortable, moderna y con tecnología de avanzada. A primera vista, parecía una cálida nave espacial. El interior cumplía con las expectativas, o sería mejor decir con la convocatoria, de su aspecto exterior. Ingresar era una tentación, te atrapaba el creciente resplandor de la sala oval y sus pisos de mármol, las columnas, alfombras y ventanales, los balcones climatizados y el lujo de las suites. Fue algo que al principio contemplé azorada, parecía liberador, aun desde la observación de alguien joven, que los últimos días de la vida pudieran transcurrir en un lugar así, sin sufrimiento, en habitaciones confortables, con drogas de última generación y las mejores vistas del mar.

Pasé a tener dos vidas, una dentro y otra fuera de la Riviere. En el trabajo iba todo bien, pero al salir, las horas se volvían interminables. Al principio me refugié en la nevada, algo nunca visto en el barrio de Flores. La nieve cambiaba todo y comencé a esperarla con ansiedad.

Nieve fresca en la rama de un árbol, estalactitas en la ventana, copos cayendo oblicuos, un muñeco malhecho de nieve, todo de blanco los pinos cipreses. Decoración de exteriores. A veces, veía pasar a los ancianos por la rambla de madera y tenía la impresión de haber nacido con ellos, llegué a sentirme como si fuera una vieja muy vieja, o como si no tuviera edad. La vida pasaba en silencio, aunque no era el caso de las viudas, los ancianos por lo general hablaban poco y asumían sus tareas como si fueran ceremoniales importantísimos. Contaban siempre las mismas anécdotas, cualquier relato desembocaba inevitablemente en la comparación entre el pasado y el presente. Cada vez que me sentaba a conversar con ellos, surgía la misma incongruencia escandalosa: se quejaban de no poder salir de Bernina, pero ninguno quería regresar a su vida anterior.

Lo primordial era la firma del consentimiento. Algunos hacían crisis de nervios cuando les decían que nunca iban a poder irse del pueblo, en su desesperación eran capaces de llamar a la ambulancia y precipitar el ingreso a la Riviere. Allá arriba, las enfermeras los esperaban con esa mezcla de conmiseración y asco que inspira en la gente joven la gente vieja, se habían preparado para asistirlos y satisfacer sus antojos: una fuente de papas fritas crocantes, un helado de crema, un poco de conversación. Servía de mucho que Lancy les recordara a los viejos que, aunque estuviera nevando, la vida en Bernina estaba lejos de parecerse a una prisión siberiana o a la cárcel del fin del mundo. Es difícil sentirse encerrado en la inmensidad del paisaje sureño. Pero no todos los huéspedes se conformaban con la contemplación, algunos sentían que la vida se les reía en la cara cuando se daban cuenta de que estaban presos y las enfermeras les proponían jugar a las cartas, mirar una película o tomar el desayuno en el balcón climatizado.

Por mi parte, con los quejosos dejé de hablar. Me hice amiga de Elena y de un grupo razonable de ancianos lúcidos con los que trataba a diario. Con ellos me sentía acompañada. Con mi marido estaba cada día más sola, no compartíamos nada. A Lucio no lo activaba el amor ni el compañerismo, solo el temor a la catástrofe.

No me llevó demasiado esfuerzo entender que me había casado con un especialista en artículos de limpieza y en comida verdosa y

saludable. Yo no sabía qué era sentir amor por alguien, no me había casado por amor, sino para corregir esa especie de aberración que significaba estar sola a los treinta y siete, como si la demora en el tiempo hubiese comprometido mi supervivencia. Qué disparate. Si era cierto que el amor llegaba con el tiempo, en mi matrimonio faltaban razones para que el beneficio de los años estuviese actuando.

Nena, solía decirme, mirá dónde estamos, mirá esos hielos, ese mar. Él siempre supo que me faltaba sensibilidad para entender el mar. Sabía que el oleaje me irritaba y me alteraba escuchar el sonido de las olas golpeando contra las rocas. ¿Qué importa vivir cerca del mar?, como si fuera fácil darse un chapuzón en esta heladera, pensaba. Una vez, en alguna de mis caminatas por la costa, me atrajo la idea de saltar desde el acantilado. Morir, lo que se dice morir, no era un deseo que yo hubiese pedido en mi cumpleaños número treinta y ocho, pero de vez en cuando se me ocurría dejar de existir en Bernina.

10

El primer año que pasé en el pueblo fue el período más amargo de mi vida, trabajaba todo el día en la clínica y, cuando llegaba la noche, me acostaba al lado de Lucio con un desgano inconcebible. Nuestras relaciones sexuales eran cada vez más esporádicas y aburridas. Las sábanas, los flecos de las frazadas, las irregularidades del edredón me parecían entramados secretamente recorridos por sogas que me aprisionaban apenas cerraba los ojos. Si no pasaba la noche de guardia, volvía a casa y me acostaba temprano a fabricar ilusiones. Un día soñé que vivía en México, tomaba agua de coco y me abanicaba con hojas de palmera. Fue el primero de una serie de sueños caribeños, con mares serenos, arrecifes de coral, vendedores de sombreros y ofertas de masajes relajantes. En mis distintas versiones, fui salvavidas en la playa, profesora de zumba; una noche me convertí en una de esas novias que se casan al aire libre en la playa con alguien rubio y bronceado. Pero antes del amanecer me despertaba sobresaltada como si un intruso hubiese entrado en la habitación, que yo creía desierta, para acorralarme contra la cama con una pregunta: ¿No te da culpa matar gente?

Culpa nunca sentí. Más bien intentaba adaptarme y sacar provecho de la experiencia. Suponía que los viejos conocían casi todos los secretos de la vida, y uno de los principales era saber morir. La gente que llegaba al pueblo sabía morir. Y si sabías morir, sabías vivir y te podías arriesgar a hacer algo distinto. Yo no quería hacer siempre lo mismo, pero Bernina me hacía sentir que era todo repetido. El viento, el mar, Lucio. Lucio era siempre el mismo, pulcro, agotador. De noche evitaba quitarse la ropa, tenía pudor por la desnudez de sus huesos sin músculos y sus costillas abiertas y blancas; apenas se metía en la cama, se cubría hasta la cabeza con las sábanas. Al principio, yo trataba de mantener cierta consideración por el compromiso matrimonial, pero no podía silenciar la idea de que era un despropósito convivir con la

misma persona todos los días de mi vida, sobre todo si esa persona tenía los huesos sin músculos. Varias veces me pregunté cómo había sido capaz de firmar aquel contrato de matrimonio. Puestos en comparación, lo que había firmado con Lancy me parecía inocente, bien intencionado, y además me dejaba abultadas ganancias. A pesar de los beneficios, a veces le decía a mi marido:

—No sé si este lugar es lo mejor, no soporto el viento frío.

—Este lugar es perfecto —contestaba entusiasmado como si estuviésemos de vacaciones en Cerdeña.

—Pero acá no hay nada para hacer, no se puede salir a ninguna parte.

—¿Para qué querés salir, Nena?

—No sé, para cambiar un poco. Todo el tiempo estoy hablando con gente mayor, los pocos jóvenes que llegan son suicidas. Me tira para abajo, ¿entendés?

—A mí me tira para abajo la ciudad llena de gente y de esmog. Además, ¿dónde creés que vas a ganar lo que ganás acá?

Sonaba coherente. Pero estaba claro y comprobado que a él no le importaba nada de lo que yo sentía. Que el genio de Aladino me perdone, pero tres deseos no alcanzan, pensé. A lo largo de mi vida de buena hija, había escuchado a María Dolores hablar de sus amantes, los escondites, los encuentros pasionales y su aureola de clandestinidad. Mi hermana se atrevía a todo, podía hablar de cosas que yo nunca había hecho y algún día tenía que probar. ¿Quién dijo que los deseos tienen que ser tres? Tres son las estrellas Marías, los Reyes Magos y los enigmas de Turandot. Así que decidí seguir deseando. Y ahora ninguna precisión, ningún signo ni ley del lenguaje podrán guiarme con coherencia en el intento de describir lo que sucedió en Bernina a partir de mi cuarto deseo.

11

Todo comenzó en septiembre. A veces las cosas más importantes empiezan sin que te des cuenta, te agarran por la espalda, es el día más trascendental de tu vida y ni te enterás, nadie te avisa, no llega ninguna señal. Mamá decía que esa clase de sorpresa era la mejor artimaña del diablo. Faltaba poco para la primavera. El invierno en Bernina había sido cruel, nevó sin parar. Cada vez que me asomaba por la ventana, veía el mismo cielo oscuro desprendiendo copos blancos. Algún día salió el sol, pero duraba escasos minutos, apenas alcanzaba para hacer brillar el paisaje sepultado por la nevada. Para suplir la falta de luz y evitar la osteomalacia, mi marido quiso agregar a la dieta una dosis alta de vitamina D. Nuestro complejo vitamínico era cada día más exigente, y nuestro vínculo, cada minuto más lejano.

El año pasó rápido y los rigores del invierno ofrecían una tregua breve. Ya no hacía cinco grados bajo cero, solamente dos o tres. Me acostaba temprano, tapada hasta el cuello, esperando que llegara algún sueño caribeño. No conviene fiarse de los mitos. La idea de que marido y mujer duermen entrelazados desembocó en la realidad de que cada uno se escabullía a su rincón y luchaba por el acolchado de plumas. Lucio, acá hace un frío tremendo, le decía yo, no me cansaba de repetirlo antes de dormir. Eso pasa porque vivimos cerca del mar, me contestaba. Cerca del mar sonaba a bolero y a noche con estrellas, pero en Bernina las estrellas se veían de vez en cuando, el cielo era gris y cada vez que lo miraba me sentía bajo techo. La misma oscuridad colgando de la misma noche. Pero siempre llega una noche distinta. Yo había estado dando vueltas en la cama, dormí poco, desperté en la madrugada con el ánimo renovado. Levantate y salí a caminar, me dije, esta casa te hunde, las cosas pasan afuera. Encendí la luz, desenchufé el teléfono y lo guardé en el bolsillo del pijama.

Lucio dormía. Se acostaba tarde, prefería trabajar de noche cuando no había ruidos. Éramos distintos, a mí me despertaba el silencio,

nunca el ruido. Nuestros vecinos se habían levantado al alba, igual que yo. Cuando llegaba la primavera abandonaban la bufanda que les había tapado la boca durante el invierno y se hacían oír desde temprano. Aquel día pedían una ambulancia para salir a dar una vuelta. Aturdían los viejos de al lado, el mar se escuchaba como un batifondo de olas y los pájaros cantaban eufóricos. Con tantos sonidos incontrolables, Lucio se iba a despertar en cualquier momento. Nunca le confesé que yo no lo quería lo suficiente para hacer silencio y renunciar al baño de inmersión por el que me deslizaba a la mañana temprano antes de salir a caminar. Se había quejado varias veces de esa costumbre mía, le aturdía el agua cayendo a chorros en la madrugada. Lo siento, Lucio, no me sale quererte.

Había llenado la bañadera hasta el límite cuando lo escuché gritar: Poné a lavar el pijama, Nena. Lo odié. Dejé el teléfono a mano y me hundí a dormitar en la bañadera. Sonaba bajito la radio con noticias locales anunciando una marea roja. Por fin algo nuevo, dije. Estiré el brazo, abrí apenas la ventana. Me gustaba ver cómo se perdía el vapor por la rendija y los espejos volvían a la realidad. *Qué aburrida tenés que estar para dedicarte a empañar y desempañar cuando todavía no son las seis de la mañana.* María Dolores no iba a dejarme tranquila, por supuesto. Se despejó el cristal, vi las luces encendidas del jardín, el pasto altísimo. Nunca cuidé el jardín y sin embargo todo crecía cuando llegaba septiembre. Es un hecho, la naturaleza se empeña en mostrar sus maravillas. Recordé que, el mes anterior, Lucio había visto imágenes de las cataratas del Iguazú y se entusiasmó con la idea de que fuéramos a pasar un fin de semana:

—Podrías pedir permiso y ausentarte cuatro o cinco días de la Riviere —me había dicho.

—Cuántas veces tengo que explicarte que los paisajes no me interesan, me parece ridículo subir a un avión y viajar a Misiones para ver cataratas personalmente y salpicarme en vivo.

Yo no necesitaba conocer las siete maravillas del mundo. Nunca fui esa clase de persona. No somos todos iguales, en ese sentido, María Dolores y yo no parecemos hermanas. A ella le encantan las plantas, los árboles, las rosas y sobre todo los pájaros. Busca en sus canarios enjaulados la conexión que nunca va a conseguir con las personas.

Vive pendiente de ellos, para que se sientan como en el aire, enciende un ventilador que en septiembre comienza a girar con una lentitud de pesadilla y no para hasta mayo. Ese momento lo escuché desde la bañadera; las aspas daban vueltas, se mezclaban con el ruido de la avenida Rivadavia y con la voz de mi hermana en el teléfono:

—Te extraño, muñeca, no pegué un ojo en toda la noche, quiero ir a verte. Cuando pase un poco el frío me voy para allá.

—Venite —le dije haciendo malabares para que el teléfono no cayera al agua.

—Podría ir en diciembre, ¿te parece?

—Avisame con tiempo, porque tengo que pedir un permiso especial para que puedas entrar.

—¿Por?

—Acá hay una especie de visa para entrar y salir.

—Te lo dije, era mejor vivir en Pilar.

—¿Qué opina Guedel?, ¿te da permiso para venir?

—Dice que voy a estar bien. Usó una palabra nueva para explicar mi estado actual.

—¿Qué palabra?

—Estable, parece que ahora soy estable.

—Bien.

—No tan bien, la estabilidad me pone nerviosa.

Fue un milagro que María Dolores aceptara tratarse con el doctor Guedel. Antes de conocerlo había rechazado todo tipo de consultas, con psicólogos, psiquiatras y psicoanalistas. Si alguien me va a dirigir la vida, decía, prefiero que sea un director de cine. Mi hermana espontánea y ocurrente. Siempre evité confesarle que me había ido de casa para alejarme de ella, de nuestro dormitorio compartido con perfume a jabón penetrante; nunca le dije que no podía escuchar más los resortes del colchón sonando junto con los gemidos de algún hombre.

Sumergida en el agua, sin soltar el teléfono, comencé a pensar en nuestro próximo encuentro. No sabía cómo recibirla, cómo adaptarme de nuevo a su manera de estar, tan inquieta y saltarina. En el fondo, tuve miedo de que hiciera algo contra Lucio, siempre que podía lo criticaba, cualquier ocasión le venía bien para mostrar sus defectos.

Una vez soñó que le cortaba la arteria femoral con un cuchillo de cocina.

12

El agua de la bañadera se había enfriado, pero María Dolores seguía hablando, criticaba a Lucio:

—Nena, hay que considerar de una vez por todas que el orden es una enfermedad.

—¿Sí?

—Obvio, te digo más, me parece que esas obsesiones de tu marido esconden algo groso, cuando pase una temporadita en tu casa, lo voy a descubrir.

Le entusiasmaba la idea de venir, no solo tenía el descabellado plan de desenmascarar a mi marido, también quería recorrer Bernina, subir primero a un barco que pasaba cerca de los glaciares y después a otro que pasaba junto a las ballenas. ¿Y las aves? Contame, ¿hay calandrias ahí?, ¿viste halcones?, ¿hay flores?, leí en un libro de mamá que allá crecen enormes las rosas, me decía. Se había dedicado a estudiar detenidamente la zona a través de los libros y cuadernos de mi madre. Sí, acá crecen unas rosas preciosas, le contesté.

Faltaban pocos meses para su llegada, diciembre estaba ahí nomás. Últimamente, la sentía más cerca que nunca, metida en mis pensamientos, no necesitaba recibirla en cuerpo presente. Intenté disuadirla de la idea de venir. Le dije que en diciembre todavía hacía frío. Pero ella insistía, seguía hablando y no quería cortar. Ninguna de las dos se animaba a cortar. Tuve miedo de que su impulso de viajar a Bernina fuera el comienzo de un nuevo delirio. A veces, bastaba una nadería para el despliegue de sus ideas locas:

—¿Qué onda la gente de ese pueblo? —preguntó en medio de la conversación.

—Tranquilos, son todos viejos.

—Debería probar, nunca me acosté con un jubilado.

Me despedí con cualquier excusa, no podía seguir escuchándola. Tenía que salir de la bañadera antes de congelarme.

Lucio abrió la puerta del baño:

—Te escuché, no sé para qué le decís esas cosas a tu hermana, ¿no querés que venga a pasar unos días con nosotros? Siempre te estás quejando de la soledad y ahora que María Dolores quiere venir, resulta que vos no tenés ganas de recibirla, ¿quién te entiende?

Regresó a la cama. Le saqué el tapón a la bañadera y fui tiritando hasta el ropero. Lo abrí, era un desierto. No importa, dije. En Bernina no valía la pena pensar en la ropa, me pusiera lo que me pusiera, todo iba a quedar cubierto por el impermeable que me volvía invisible, puro interior. Comencé a tantear la pila de pulóveres gastados. No calculé que el color rojo combinaba bien con el color negro, o que el azul iba bien con verde, me puse lo más abrigado que encontré. Quería salir a caminar y pensaba hacerlo, como dicen, contra viento y marea. En el pueblo ese dicho se aplicaba literalmente.

Salí de casa y no tenía otro motivo para hacerlo antes de las seis de la mañana que no fuera escapar de mi hermana, de Lucio, las sábanas y el pijama que había que lavar sin descuidar la dosis justa de suavizante perfumado. *Decime, muñeca, ¿qué es el matrimonio para vos?, ¿que un tipo te ayude a pagar las cuentas?, ¿dormir cucharita? No entendés lo pobre mina que sos al lado de Lucio. Te obliga a cambiar las sábanas a cada rato y vos seguís pensando que es un buen pibe. Estás mal de la cabeza, hermana, estás peor que yo.*

Cerré la puerta con un golpe delicado para que Lucio no escuchara. No fue amabilidad, tampoco un gesto cariñoso, nada de eso, lo hice porque todavía era de noche y no quería dar explicaciones cuando me preguntara: ¿Por qué saliste tan temprano? Yo no iba a poder responder esa pregunta inmensa, hubiese sido demasiado hiriente decirle que había salido a desear.

Fui al acantilado pensando que iba a encontrarme con la marea roja que habían anunciado en la radio, pero no se veía nada raro en el mar, todavía no había amanecido. Caminé por la costa y más tarde me senté a esperar la salida del sol. En eso estaba cuando vi el flash en la escollera. Era una imagen difusa, si una bandada de halcones no hubiese pasado volando estrepitosamente por ahí, no lo habría

descubierto nunca. ¿Quién puede venir a esta hora a sacar fotos en la escollera? La gente tiene manía con las fotos, siempre me parecieron algo siniestro, entre otras cosas no menos traumáticas, me había mudado del tercer piso al décimo para no encontrarme con el retrato de mamá arriba del aparador. Es joven, dije mientras caminaba atraída por el flash y por el ondular del abrigo negro que lo hacía como flotar en el aire. Me dieron ganas de saber quién era, fue un impulso, un eco de mi aburrimiento. ¿Pero tenía que exponerme y caminar con seguridad de sonámbula hacia un desconocido? *No te vayas, Nena, quedate en la escollera y hacete agarrar.* Otra vez mi hermana, si no estaba en el teléfono aparecía en mi cabeza. Claro, para ella era fácil, sabía todo lo que había que hacer con los hombres, cómo acercarse, cómo seducirlos; sabía vestirse y peinarse con el pelo suelto o comprimido en un rodete. Pero éramos distintas, tal vez por eso frené de golpe y me detuve como si hubiese chocado con un muro invisible. Di media vuelta en la mitad de la escollera. Tenía que ir a trabajar.

13

Pasé lo que quedaba del día en la Riviere asistiendo a Miguel Giacobini, un anciano lúcido que fumaba mentolados y decía haber nacido antes de Cristo. ¿Antes de Cristo?, no exageres, no te ves tan viejo, le dije un día. Soy muy antiguo, Nena, escribí mi testamento en un papiro, contestó. Había asumido los últimos días con humor. Cenizas al mar, fue su pedido. Yo no sabía que envejecer podía ser tan complicado, visto de cerca era una especie de acrobacia.

Miguel había sido aviador profesional, viajero insaciable; tuvo una vida como de postales. Aunque últimamente confundía Salta con Malta, Hamburgo con Estrasburgo, conservaba intacto el poder de describir lugares, acontecimientos y personas. Cada vez que yo pasaba por su habitación, quería hablar de Roma, de los puentes y de las luces en el río: Nena, alguna vez tenés que salir a caminar por Roma cuando se hace de noche y se encienden las luces, y si llueve es mejor porque el empedrado parece vivo. Él también parecía vivo. Había firmado el consentimiento sin preguntar nada, sin objeciones. Yo solía explicarles a los huéspedes algunos detalles antes de actuar: cuánto demoraba el suero, qué iban a sentir, primero un leve escalofrío hasta quedarse dormidos, después un sueño o una música. Casi todos querían saber. Pero él no quiso escucharme, dijo que no necesitaba saber nada porque estaba acostumbrado a alejarse de la tierra y verla desaparecer entre las nubes. Poético, le dije. Contestó con aire omnipotente, como si mi comentario lo hubiese ofendido: No soy poeta, soy aviador. Además de aviador, había sido católico practicante, iba a misa los domingos y rezaba antes de dormir. Cuando me ofreció su brazo para dar comienzo al procedimiento, agarró fuerte mi mano y comenzó a decir que, si el Sumo Pontífice, sus cardenales y sus obispos supieran cuál era la verdadera actividad de la Riviere, apagarían las luces de Roma y pondrían a rodar las cabezas del director, la mía y la del resto del equipo por las cinco arcadas del puente Sant'Angelo. Fue lapidario,

lo miré como dudando, estuve a punto de irme, quería salir corriendo y regresar a la escollera para saber quién estaba en medio de la madrugada sacando fotos.

Guillermo, único hijo de Miguel, había pagado para venir a la despedida. Quiso ocupar la mejor habitación junto a su padre: la suite presidencial. Las suites de la Riviere eran todas deslumbrantes, pero en la presidencial se notaba más que en otras el empeño estético y las exigencias del director. Superficies mullidas y silenciosas, cortinas de muselina que se confundían con el aire, terciopelo en los tapizados, reposeras en el balcón climatizado, dispositivos y aparatología del mundo médico ocultos detrás de un dosel. Cuando la nieve nublaba el paisaje y afuera se ponía todo blanco, los ventanales cambiaban el tono para evitar el resplandor, si había tormenta y estaba oscuro, se encendía automáticamente la luz sutil de un velador. No había espejos. La Riviere sabe ocultar. En la suite presidencial no se notaba el paso del tiempo. Todo había sido diseñado por un arquitecto italiano amigo de Lancy, incluso la cripta, donde apilan a los muertos entre mosaicos y estatuas. La belleza es capaz de disolver la realidad más contundente de un plumazo.

Guillermo pasó la tarde reclinado en el sillón de la antecámara, con un libro abierto y los ojos fijos en las páginas. De vez en cuando levantaba la mirada y repasaba la habitación, la cama revuelta, un diario en el suelo, un olor penetrante a cigarrillos mentolados, copos de ceniza en la mesa de luz. Se acercó a pedirme que apurara el procedimiento y apagara de una vez el cigarrillo de su padre.

—No es momento de cambiar de hábito —le dije.

—Tenés razón, mi viejo fumó desde los quince.

Llevar una vida desde los quince, pensé mientras salía al balcón, todo lo que hacemos para llevar una vida: fumar, dejar de fumar; comer lo que te gusta, masticar asados los domingos y terminar tus días haciendo dieta de purecito y caldo de verduras. ¿Por qué será que nadie sabe ser viejo?, sobra el tiempo para prepararse, pero nadie dicta un curso, nadie te explica nada.

Esa tarde me perdía en reflexiones. Miraba el mar, me preguntaba por qué me había ido de la escollera, por qué no había podido acercarme al que disparaba el flash. Y como no encontraba ninguna

respuesta, seguían prosperando mis reflexiones. Llevar una vida, volví a pensar. Al final, todo era un larguísimo entretenimiento.

Atardecía. Es ahora, le dije a Miguel con una voz acariciante, mientras entraba a la suite para regular el suero. Íntimamente, siempre lamenté que no podamos irnos de este mundo como un árbol de pie, o elevándonos al cielo como Remedios, la bella. Miguel partió con el último tramo de un goteo pausado, parecía alegre, desapegado de las consecuencias. Tenía un brillo natural en los ojos, un semblante de aprobación. El color de la tarde había convertido la suite presidencial en una caja humeante con olor a mentol. Era sublime, extraordinario, poder elegir una hora y un día exacto para dar comienzo a la eternidad. Después quedé como en blanco, sin pensamiento. Guillermo se levantó del sillón y apretó la tecla que abría el ventanal, sentía la necesidad urgente de desprenderse de su padre, era inútil llorar por alguien que había tenido una vida marcada por la longevidad. Daba por terminado el trabajo que había iniciado años atrás. Contó lo que cuentan todos, la búsqueda y contratación de enfermeras, la elección de un geriátrico y Miguel apagándose dentro de su ropa holgada, con la barba de varios días y el cigarrillo consumiéndose entre los dedos. Cuando alguien le habló de la Riviere, una oleada de incertidumbre se instaló en su cabeza y quedó aturdido largo rato, como si la humanidad hubiera subido al máximo el volumen de las palabras. Intentó investigar de qué se trataba. No fue fácil, la Riviere tejía su propia intriga, su misterio. No obstante, supo que la firma de un consentimiento implicaba la reclusión definitiva.

Cubrí su cuerpo, Guillermo suspiró aliviado. Lo comprendí, la posibilidad de seguir teniendo padre a los sesenta y cinco años me resultaba inconcebible. Nos despedimos. Se alejó por el pasillo, llevaba apretado en un puño el papel firmado por Lancy que lo autorizaba a salir de Bernina. Parecía apurado, no se detuvo ante ningún cuadro, no apreció las vistas, no creyó deslizarse por la cordillera mientras bajaba en el ascensor transparente. No reclamaría el cuerpo de su padre, tampoco las cenizas. En mi preocupación, había ese habitual latido de advertencia, conectado como una alarma, cuando un familiar

presenciaba mi trabajo.

Quedé a solas con Miguel en la intimidad de la suite presidencial que todavía olía a mentol. Oprimí la tecla que cerraba el ventanal y escuché el sonido de los vidrios juntándose. Entró la limpiadora a realizar su trabajo, todo desaparecería en unos minutos. Todo, absolutamente todo.

14

Regresé a casa. Me pesaba la intensidad del día, el llamado de María Dolores anunciando que vendría, la despedida de Miguel. Y sobre todo me pesaba no haber podido acercarme al que sacaba fotos en la escollera.

La noche fue monstruosamente helada, Lucio durmió enrollado como un panqueque en el acolchado de plumas. El somnífero que tomé a las dos de la mañana no hizo otro efecto que revelarme con claridad las imágenes del día anterior. No pegué un ojo en la cama revuelta, mi almohada se había achatado como una hoja de papel. De pronto, la necesidad de regresar a la escollera se hizo física, contundente igual que una pulsión. ¿Para qué iba a quedarme en el dormitorio? Si Lucio no me daba nada, ni siquiera el acolchado.

Miré el reloj, eran las cinco y media. *¿Qué te vas a poner, Nena?, arreglate un poco, haceme el favor.* Siempre fui permeable a las palabras de mi hermana, pero nunca supe cómo vestirme para salir. A ella todo le luce, con ese pelo rubio y esa carita de princesa. Tiene un cuello larguísimo y aristocrático, hasta la bufanda le queda bien. Yo debería esforzarme, peinarme un poco, vestirme mejor. Me bañé y me sequé el pelo a las apuradas. Abrí el ropero. Mirá lo que consigue María Dolores, pensé, ahora resulta que dudás frente a una pila de pulóveres gastados y no sabés cuál ponerte. ¿Desde cuándo te importa la ropa?

Al final, me vestí igual que el día anterior. Llegué a la costa arrastrando el impermeable que me daba un aspecto huidizo, vago, como si mi verdadera forma fuese escapar de las tormentas. Nunca sospeché que podía vivir en un clima así, había llegado con ilusiones a Bernina, el verdadero cambio de vida tenía que ser lejos de cualquier ciudad, en una casa confortable con chimenea, cerca de una costa o de un bosque donde salir a caminar. Pero en Bernina el viento podía con todo, hasta la ilusión se llevaba.

Cerca del mar había una luminosidad errante y cargada de

humedad, el clásico amanecer verdoso que antecede a las tormentas. En el último invierno yo había aprendido lo que cualquiera que nace en esa zona aprende durante los primeros tres meses de vida, a saber, que nada lo salvará de las tormentas porque ese lugar amanece y duerme bajo su dominio. Pero dejemos eso, lo importante fue que, cuando iba llegando a la punta de la escollera, volví a ver el flash iluminando lo oscuro. Esta vez me acerqué decidida.

Ahí está, dije. Lo describo en términos triviales, tenía el pelo de dos colores, medio marrón y medio rubio, ropa fina, borceguíes caros, reloj de marca en la muñeca. Rasgos de clase alta, pensé. De mi barrio no es, eso seguro. Nació en Recoleta o en San Isidro, en algún lugar de zona norte, y fue a un colegio privado. Me vio llegar. Y después de seguirme con la mirada y recorrerme zona por zona, preguntó si nos conocíamos, si vivía en el pueblo, quién era.

La escena parecía rebobinarse como en las películas, tuve la sensación de que todo regresaba al día anterior. Mantuvimos un primer diálogo:

—No te acerques a las rocas, con una ola de estas podés ir a parar a lo profundo y ahí no hay nada interesante, está todo oscuro y revuelto.

—¿Cómo sabés? ¿Vos estuviste? —le pregunté.

Me contó que había viajado a bordo del submarino Golden Shark. Conoció el mar en lo más hondo y sacó fotos extraordinarias. ¿Las querés ver?, me preguntó. Quedé muda. Así que sacaste fotos desde un submarino, no digo que me entusiasme, pero me hace ilusión hacer un viaje así algún día, pensé. A partir de ese instante, tuve que controlarme para no hacer preguntas y para no decir lo que pensaba de la gente rara como yo que venía a la escollera antes del amanecer. *Qué feliz coincidencia, hermana, los dos mirando el mar. Decime si el mar no da para todo. Nadar, flotar, enamorarte, navegar, naufragar, pescar, surfear, esquiar, hasta podés ahogarte si te da la gana*. Todo iba bien hasta que escuché la pregunta que tarde o temprano iba a llegar: ¿Cómo te llamás? No pude hablar, tuve un bloqueo, un nerviosismo tremendo. Me pone de mal humor decir mi nombre. Encarnación suena a carnal, descarnado, carne viva. Era el nombre de mi madre, el de mi abuela y el de mi bisabuela. Realmente, hubiera preferido ser huérfana. Él, en cambio, se presentó como si nada, se llamaba Matías

Lorente.

Me gusta. ¿Le gustaré? ¿Habrá visto mi pelo indomable?, lo peino para un costado y se va para el otro. ¿Se nota que mis piernas son flacas?, otra herencia desafortunada de mi abuela Encarnación. Mis caderas no dicen nada, tengo pechos grandes y redondos, eso sí, es lo único bueno que tengo, el resto no vale la pena. Además, estoy casada, duermo con alguien todas las noches. Tenía que habérselo dicho, pero quedé en silencio, sin reacción, sacudiendo la cabeza como si le estuviera ordenando al pelo que cambiara de hombro. Timidez o cobardía, hice un papel lastimoso al no poder pronunciar mi nombre. Mamá decía: Nuestro nombre es un verbo de Dios, hijita. Un día lo busqué en el diccionario. Encarnación: Acto misterioso de haber tomado carne humana el verbo divino. ¿Carne humana, verbo divino? Mi nombre era impronunciable.

Matías Lorente insistía:

—No seas mala, decime cómo te llamás.

¿Mala dijiste?, no tenés idea de lo mala que puedo ser, pensé. Pero eso había sido el pasado, en Bernina no podía ni siquiera tener maldad, no había con quien aplicarla. Solo con Lucio podía ser mala. No limpiaba la cocina, dejaba la toalla tirada en el baño, pegaba chicles debajo de la mesa; a veces, sin que se diera cuenta, disolvía píldoras para dormir en su taza de té. Exceptuando mi trabajo en la clínica, tampoco era que en Bernina había muchas cosas malas para hacer.

Lo supe en primera instancia, Matías Lorente era joven y descarado. ¿Qué mujer se le resistiría con ese encanto y esa seducción? Casi me desmayo cuando vi que tenía los ojos de color verde. Verde adriático. Quedé estaqueada, colgando de su mirada y dándole vueltas al asunto de mi nombre sin encontrar la salida. Necesitaba al menos un apodo razonable, y me vino a la cabeza la compra del auto nuevo y el catálogo de colores que el vendedor había puesto sobre el escritorio mientras preguntaba: ¿Celeste cielo, celeste plata o celeste Antibes?

Celeste era un nombre armonioso, sonaba bien. Lástima que yo solo sabía mentir cuando me inventaba historias en la cama helada mientras Lucio dormía. ¿Cuánto silencio puede haber en un matrimonio? ¿Lucio podría enterarse de lo que estaba pasando en la

escollera? Improbable, mi marido vivía en interiores, no se enteraba de nada. La verdad, pensar en Lucio arruinaba bastante el momento, era patético saber que dormía tranquilo mientras su mujer se enamoraba de otro. *Con culpa, muñeca, no vas a llegar muy lejos.* La culpa no era lo mío, sin embargo, me pregunté si no tenía que regresar a casa lo más rápido posible. Mi homeópata, el doctor Krofman, me había dicho que si en algún momento sentía culpa por lo que hacía en la Riviere, tenía que tomar una dosis de Sepia 200, cinco gránulos disueltos en cinco cucharadas soperas de agua. Por suerte, nunca llegué a necesitarla, el sentimiento de culpabilidad no progresaba en mí. Si alguna vez asomaba, María Dolores lo frenaba con una de esas estocadas típicas de su manera de ser.

Pasaban los segundos. Decidí decirle a Matías que me llamaba Celeste Antibes. No lo creyó, me miró raro. Todo parecía malograrse interminablemente hasta que dije mi nombre verdadero. Me llamo Encarnación, pero me dicen Nena. Se puso a reír y su risa se propagó por la escollera. Y así como estaba, muerto de risa, se acercó a abrazarme. Miré el mar enfurecido, las olas salpicaban, el viento había entrado a la escollera como un animal salvaje. Nos dimos cuenta en el mismo instante, no podíamos quedarnos en ese lugar mucho tiempo más.

—Se viene la tormenta —dijo.

—Se viene.

Fue sentir una corriente cálida cuando me abrazó, su cuerpo trasmitía una fuerza contagiosa. Yo no sabía qué hacer. *Aprovechá el momento si no sabés qué hacer, y de paso fijate de qué tamaño lo tiene.* De repente, como si me desdoblara y viera de lejos la imagen, descubrí que Matías y yo formábamos una juntura perfecta, nuestra figura cortaba el aire de la escollera como una cuchilla de acero, lo dividía en dos.

15

La mañana fue llegando con cuentagotas. El viento barrió las nubes, la tormenta desapareció y el horizonte electrizado cobró una forma extraña. Todo indicaba que el tiempo se iba a componer. Al final, no había visto casi nada de la marea roja. Solo unos pocos peces boquiabiertos y algunas escamas flotando cerca de la orilla. Matías les sacó fotos y fue ahí cuando comenzamos a despedirnos. Daríamos vueltas por el mismo pueblo, junto a un grupo de viejos que arrastraban su vitalidad perdida. Antes de partir, nos hicimos preguntas. ¿Tu marido? Se llama Lucio, es traductor, le dije. ¿Tu mujer? Se llama Cecilia, está de viaje, pasa mucho tiempo en la casa de sus padres. ¿Y tus padres?, le pregunté. Para qué se lo habré preguntado. Agachó la cabeza, su mamá había muerto en Bernina. Y sin que yo le preguntara nada, comenzó a hablar de la eutanasia. Decía que era algo imposible de procesar, no tenía palabras para definirla, se sentía tan arrepentido que jamás lo volvería a permitir, si pudiera volver atrás… etcétera, etcétera. Uy, lo siento, no estoy para iniciar este debate, tengo mi decisión tomada al respecto, pero de nuevo, en vez de hablar, miré la hora y apuré la despedida:

—Me tengo que ir, voy a llegar tarde al trabajo.

—¿Trabajás?

Me dio taquicardia esa pregunta. Tictac, tictac. El corazón se me iba del pecho. Listo, pensé, ahora se arruina todo, se viene la noche. El asunto de su madre muerta me descompensó. ¿Quién le había dado el suero? Repasé con velocidad, de memoria, la lista de ingresos, no recordaba a nadie de apellido Lorente.

—Soy médica —contesté —, trabajo en la Riviere.

No pareció sorprenderse.

—Yo soy fotógrafo, trabajo para la revista *National Geographic*.

Cuestiones alrededor de un próximo encuentro nos ocuparon un rato más. En el pueblo no había dónde esconderse, se nos ocurrieron

distintas opciones. En la cueva de las rocas nunca hay nadie, le dije, pero no sé, es medio peligroso, no se sabe en qué momento puede subir la marea. Se le encendió la cara cuando escuchó la palabra peligroso, hizo un gesto como de entusiasmo.

—Perfecto, nos vemos en la cueva de las rocas —dijo.

—¿A qué hora?

—A la hora de la siesta.

Levantó la mochila que había dejado en el suelo junto a la cámara de fotos, dijo que iba a pasar por el casino a jugar unas fichas. Y se fue, se perdió entre las lucecitas de la costa en dirección al Imperial. Le daba por tirar piedritas al mar. Me gustó la forma de su espalda y su manera de andar apurado. Desconfío de los que andan despacio haciéndose los budas, balanceando los brazos como plomo, meditando en cada metro que pisan.

De camino, me crucé con los viejos que venían a pescar. Acomodaban sus bancos plegables y lanzaban las cañas al mar. ¡Cuidado!, hay marea roja, si comen esa pesca van a tener que subir con urgencia a la Riviere, les grité al pasar. Me miraron desde un estado de distancia, agradable, sin inmutarse.

De a poco, la luz del día fue aumentando, sirvió para intensificar la sensación de estar envuelta en algo, como si en vez de luz matinal, un líquido transparente de placer se me hubiese derramado encima.

16

Saber que Lucio nunca sale a la calle no evitaba el sentimiento incómodo de engañarlo, lo imaginé espiándome desde una cámara oculta colgada del farol que alumbraba la escollera. Con una alegría incontenible, regresé a casa después del encuentro con Matías Lorente. Era demasiado temprano para subir a la Riviere. ¿Temprano?, ¿cómo se mide el tiempo cuando te parece que ayer y hoy son el mismo día? ¿Y el espacio?, ¿cómo se mide cuando la distancia es enorme y apenas te alejaste dos cuadras de tu casa? Abrí la puerta, traté de no hacer ruido. En mi cocina desértica y de apariencia lunar, todo huele a limpio. Lucio había estado enjuagando las tazas que el día anterior dejó sumergidas en detergente y lavandina, una química más poderosa que cualquiera de los sueros que utilizo en la Riviere. Mi marido se comporta como un adicto, cuando está terminando una botella de lavandina, enseguida va al mercadito a comprar otra, lo hace bajo la simplificación de tres pequeños íconos que, según mi punto de vista, representan a la perfección el corte o la adulteración de la droga en cuestión: lavandina líquida, lavandina en gel y lavandina para ropa blanca.

Me recuesto contra el respaldo de la silla de la cocina con la cabeza echada hacia atrás como quien busca corregir una posición:

—Hola.

—Qué tal, Nena. ¿No trabajás hoy? —preguntó.

—Más tarde, subo a eso de las nueve, pero vuelvo al mediodía.

—¿Qué vamos a comer?

—No sé, ¿un churrasquito?

—Comimos carne el domingo. La carne me está cayendo pesada. ¿Será cierto lo que están diciendo?

—¿Qué están diciendo?

—Que no hay que mezclar carne con papas.

—Puede ser, le voy a preguntar a mi homeópata.

—¿Querés un té verde?, te fuiste sin desayunar.

Qué vamos a comer... Comimos carne el domingo… No hay que mezclar carne con papas… Hay algo en él, algo imposible de soportar, no sé cómo explicarlo. No entiendo cómo podemos vivir juntos, compartir la cama, tener intimidad y sentirnos completamente lejos. *Se puede, tu matrimonio lo demuestra.* En vez de tomar el té verde, tendría que haber gritado: Morite, Lucio. ¿A quién le importa si se puede o no se puede mezclar carne con papas? Sus obsesiones me sacan lo peor, cuando pienso en mi matrimonio, me dan ganas de tirarme al mar desde el acantilado, zambullirme y que luzca como un salto; llegar al fondo por la ruta más corta y con astucia en el descenso; que no parezca un accidente, es un derrumbe con motivos, porque sí, para no oler a lavandina. ¿Es culpa de la lavandina querer morir o matarlo? No, antes de conocerlo, yo había sufrido los mismos deseos de aniquilación frente al alzhéimer de mi padre. Morite, papá. Mi mente es capaz de concebir horrores, lo sé. Sobre mi propio pensamiento tengo el mismo control que un globo obligado a ir donde lo lleve el viento. Miro el techo, viajo mentalmente al próximo verano, pienso en Matías Lorente. Voy a tratar de incorporarlo a mis sueños caribeños, me dije.

—Estás rara, Nena. ¿Te pasa algo?

—No, nada, estoy bien —contesté.

Me acomodé en la silla. Antes de tirarme al mar desde el acantilado, hubiese querido manchar las alacenas y embarrar la casa entera, romper tazas, especieros, frascos de vidrio, y sentarme a mirar astillas desparramadas en el piso encerado. *Hacelo, muñeca, sin acción no hay diversión.* Igual que algunos sueños que, además de invadir la noche me perseguían durante el día, las palabras de María Dolores quedaron retumbando durante varias horas. Sin acción no hay diversión. Esa mañana tenía que atender asuntos de trabajo, traté de no pensar más en Matías Lorente, pero era tarde, demasiado tarde, había empezado a formar parte de mi respiración, de mi sistema endócrino y de mis pulsaciones.

A las nueve subí a la Riviere. El director había estado llamándome,

dejó cuatro mensajes. Un recién llegado había fallecido en la sala de emergencias. Pobre tipo, lo peor que puede pasarle a alguien que llega a Bernina con la ilusión de morir en paz es ir a parar a esa salita de urgencias que huele a trapos y a carne. Uno de los mensajes de Lancy decía que las enfermeras habían actuado con celeridad. Llegué a la clínica sin ganas, con la voluntad de trabajo reducida al mínimo. Pasé por la secretaría:

—¿Lancy está en su oficina? —le pregunté a la secretaria.

—La está esperando abajo, doctora.

—¿Abajo de dónde?

—En la cripta.

No me hacía gracia, no era miedo ni fobia a la muerte; simplemente, no quería estropear la pátina de emociones que me había dejado el encuentro con Matías. Además, no me parecía bien que me endilgaran tareas por fuera de mi función. Y menos en ese lugar, que era un fragmento de ruina, un túnel de luz fría con montículos de sombra y cadáveres. Un reino de novela gótica.

Puse la clave que conocíamos unos pocos: Gioconda02, y el ascensor se metió en el corazón de la montaña, se puso todo oscuro. La cripta que Lancy había construido con su arquitecto italiano era rica en paredes cubiertas por frescos, bajorrelieves y mosaicos de diseño. La Riviere fomenta el vínculo escalofriante que a veces existe entre el arte y lo siniestro. Lancy y su arquitecto no descuidan nada, se sienten a gusto en espacios decorados, aunque sean laberintos malolientes, pensé. Fue como entrar a un amanecer artificial, hecho de patética luz blanca. Ocres naturales en los muros, rojo tierra en los bajorrelieves, lapislázuli en las figuras. Más allá, en un brazo del túnel, la luz languidecía en rincones no identificables, masas de negrura cayendo sobre urnas apiladas y ataúdes con abrazaderas oxidadas.

El director me había estado esperando impaciente junto al difunto. Me acerqué, el fallecido era un anciano, tendido en una camilla metálica, cubierto con un lienzo de gasa. Una escenografía capaz de espantar a cualquiera.

—¿Qué hacemos? —preguntó Lancy, sin antes decirme ni siquiera buen día.

—¿Qué pasó?

—Se arrepintió, quiso escapar. A uno de los guardias se le fue la mano, lo persiguió, el hombre intentó defenderse y cayó herido con un golpe en la cabeza.

Lo descubrió una enfermera mientras subía la colina, enseguida se dio cuenta de que había algo raro al costado del camino. ¿Y esto?, se preguntó. Comenzó a caminar siguiendo una línea de gotas de sangre pequeñas, ligeras. Atropellaron a un animal, pensó. Pero de pronto se inclinó y ahí estaba, demacrado y tieso, el anciano al costado del camino.

Los guardias no eran gente de bien, el crimen y la persecución de personas los habitaba como corolario de un resentimiento. Hacía algún tiempo, en el restaurante, Liza me dijo que había salido con uno de ellos y tuvo que separarse porque el tipo era un sádico, desprovisto de afecto, con mirada de acero.

—¿Otra vez se les fue la mano a los guardias? No tienen límite —dije.

—Son lo que son, los elige el senador.

Avalado por políticos de alto rango, Lancy contrataba gente sin escrúpulos para el cuidado de sus intereses.

—¿Había autorizado la cremación? —pregunté.

—No, falleció a las pocas horas de llegar, sin firmar.

—¿Ni siquiera el consentimiento?

—Nada, no tenemos ni un papel, solo el dinero y el cuerpo.

Había que ocuparse de los restos. ¡Qué palabra! Restos. Lo mismo que un plato de comida sin terminar que va a parar a la basura. Así las cosas. La Riviere, prolija con lo que quedaba de alguien, después de la firma y aceptación del trámite, proponía dos destinos posibles: caja de madera o cenizas al mar. Restos. Yo nunca fui impresionable ni tuve excesos de vulnerabilidad, pero me daba rechazo lo que pasaba bajo tierra.

El director no toleraba las desprolijidades y me requería cada vez que necesitaba apoyo. En esa ocasión, no pude estar a la altura; pensaba nada más que en mis impulsos y sensaciones nuevas. Convertirme en la amante de Matías Lorente era como si me hubiesen ascendido, como si hubiera obtenido una categoría superior, un puesto de jerarquía. No estaba de ánimo para enfrentar dificultades, sótanos y

guardias descontrolados. Ese día el mar era calmo; el pasto, verde inglés; las nevadas se alejaban del paisaje; florecían las primeras rosas en la colina, la primavera se asomaba. No obstante, observé la camilla, descorrí el lienzo que me separaba de la crueldad de la materia, miré la cara del anciano, los surcos en la frente, los labios color violeta, el orificio en la sien. Y le dije a Lancy, sin vueltas de ninguna especie:

—Este señor nunca estuvo en Bernina.

La negación, cuando se trata de ocultar el crimen o la infidelidad, es el camino más directo.

17

Salí del trabajo a las siete de la tarde y regresé a la casa alquilada con muebles sin gracia donde nada tenía estilo, nada, ni siquiera yo. No era fácil encontrarme con Lucio después de lo que había ocurrido en la escollera. Del episodio en la cripta me olvidé enseguida, el encuentro con Matías Lorente me había turbado de un modo desconcertante. Traté de hacer buena letra. Abrí la puerta de calle y colgué el impermeable en el perchero junto con los tapados, paraguas y otros rastros del invierno. Lucio no tenía que sospechar que, si yo colgaba prolijamente el impermeable, era para no ser descubierta al quitármelo, porque en ese impermeable algo iba a asomar, un hilo, un perfume de más, una mancha de sudor impropia y delatora. Había que cuidar tantos detalles dentro del matrimonio.

—Hola.

—Hola, Nena, ¿todo bien?

—Todo bien.

—¿Alguna novedad?

—Elena se amigó con Chiquita Paz.

Mi marido sabía que mis amigas, Felisa, Chiquita y Elena, eran viudas en permanente conflicto. Lo que no sabía era que, debido a mi ansiedad, cuando me sentía observada, funcionaba como los futbolistas ante el peligro de gol: tiraba la pelota afuera. Acorralada, era capaz de responder cualquier cosa.

Lucio no se da cuenta, no conoce la totalidad de mis reacciones, ni siquiera una mínima parte, pensé, me saluda con un beso cerca de la boca y percibo, de un modo palpable, que de vez en cuando me desea. Lo rechazo, inclino la cara, esquivo. Lo siento, hay pocos escenarios más digno de lástima que el de un beso no correspondido. ¿Por qué se acerca así? Matías podría ser la causa, por su culpa fabrico hormonas y Lucio se siente atraído. Mi negativa es absoluta. Que te quede claro, no me interesás. Me mira, estoy bajo sospecha. No sabe qué hacer, y tiene

arrebatos domésticos. Se dispone a preparar un aperitivo saludable: gajos de pomelo, nueces, queso dietético sobre una tostada de pan integral. O sea: la nada. Yo quiero festejar que mi vida va a cambiar y que cuando llegue el verano voy a encerrarme con Matías a hacer el amor, tomar champaña, comer picadas con embutidos, papas fritas de paquete y todas esas cosas que me gustan y están prohibidas desde que me casé.

—Qué suerte que se amigaron —dice como si le importara el vínculo entre dos ancianas.

—No creo que dure, Chiquita no es la clase de amiga que Elena elegiría en condiciones normales.

—¿Elena es tu mejor amiga?

—Claro, ¿cómo te diste cuenta?

Trato de contestar con la voz monótona y apagada para no hacer evidente mi felicidad. Pruebo un gajo de pomelo, pienso en Matías y algo suave me recorre. Hago a un lado todo lo que tengo alrededor, me despojo de cualquier rastro cotidiano. Olvido los asuntos de trabajo, los muertos, el sótano, los guardias. Se pasan los guardias, no tienen escrúpulos. Dejo todo a un costado para pensar en el encuentro. Mañana a la hora de la siesta, me había dicho. Doy vuelta mi reloj imaginario y, después de cenar, la hora comienza a correr. No domino los nervios, el conocido sentido histérico del tiempo está entrando en funciones.

—¿Vemos algo en la tele? —le pregunto sin estar segura de poder concentrarme en algo que no sea Matías.

Algunas series requieren atención, pero hay otras que son generosas y ofrecen una gran ventaja, me adormecen lentamente.

—Hoy no puedo, Nena, tengo que terminar un trabajo —contesta.

Se prepara para traducir desde la cama hasta cerrar los ojos, escuchar que la carpeta cae al suelo y la computadora se apaga. En ese instante oprime la perilla del velador. Clic. Todo a oscuras. Se queda dormido inmediatamente. Disolví medio somnífero en su taza de té verde y ahora duerme con la coraza impenetrable a las flechas que el mundo exterior pudiera lanzar a nuestra vida. Entra por una ventana la claridad de la luna. Las noches despejadas son muy claras en Bernina, se hace imposible dormir con tanta luz. Miro el cielo y trato

de sentir lo que sienten otros frente a la luna, pero no me pasa nada, no experimento ninguna emoción. Apaguen esa luna, gritaría, me molesta el resplandor. Repaso el primer encuentro con Matías, no termino de entenderlo y comienzo la preparación del segundo. La cita es mañana y me obligo a dormir, no quiero ir con ojeras y cara de cansada, tengo que estar radiante. No debería oler a cripta ni a sueros letales, ni tener la sensación de haber estado bajo tierra. Mañana voy a llevar los anteojos de sol. Perfume no necesito, en primavera el aroma de los pinos se impone por encima de todo. Pienso en el pantalón nuevo, uno que compré antes de venir; el único que sobrevivió a las manchas de lavandina, me queda un poco grande. El suéter verde no pega con ese pantalón. ¿Qué me voy a poner? A María Dolores le parece importantísimo responder esa cuestión, vive atenta a la ropa y a los accesorios; se pinta las uñas antes de salir y pasa largo rato extendiendo las manos delante de sus ojos para corregir las fallas en la ejecución, un resto de esmalte pudo haber ido a las cutículas. Siempre está bien arreglada. Todo le queda perfecto, su belleza es estridente; se ve preciosa en períodos de normalidad, cuando sabe vestirse con elegancia y se ilumina apenas la boca con un brillo natural.

Reviso mentalmente el ropero, me gustaría encontrar algo razonable. Me levanto y enciendo la luz, con la luna no alcanza. Clic. Reviso todo lo que cuelga de las perchas y lo que está apilado por color, bien doblado, prolijo. Tanteo la pila de remeras y los pulóveres gastados. Me frustra la situación de este ropero, es lamentable, no encuentro nada, no tengo qué ponerme, dan ganas de llorar. Regreso a la cama. Clic. Vuelve a entrar la luna. Qué vedetismo, la luna. ¿Qué hora es? Mi hermana dice que la noche no termina nunca cuando tenés una cita al día siguiente.

18

Me desperté temprano y Lucio se levantó a la par mío. ¿Justo hoy? Hay cosas que ocurren en el momento menos apropiado. A veces creo que me percibe mientras duerme, lo que es oscuro de día, para él se aclara de noche. No tuvo otra idea mejor que preguntarme si quería tomar mate. ¿Mate? Hace un año que dejaste el mate, te provoca acidez estomacal, le dije. Pero su decisión parecía indeclinable. Y bueno, tomemos mate.

Vamos a la cocina. Es una ley que los matrimonios progresen mal, pero algunos nacen muertos como el mío. Me pide que apague la luz que dejé encendida en el dormitorio. Fue la cosa más cruel que me podía haber dicho, justo cuando yo estaba necesitando iluminar el ropero para saber cómo me quedaba el suéter que no había entrado en debacle.

Mientras tanto, pone a calentar el agua. Morite, Lucio. Miro de reojo el armario deprimente con tazas y tacitas ordenadas en hilera. Una llamarada azul abraza el mechero recién lustrado. Ahora le toca el turno al mate. El pobre jarrito, metal por fuera y madera por dentro, va a parar al interior de una olla con agua hirviendo.

—Listo —dice al terminar su misión.

Lo que faltaba, habla como si yo estuviera ansiosa por tomar mate.

—¿Y ese suéter?, ¿es nuevo? —pregunta.

—No, pero hace mucho que no lo uso.

—Te queda bien.

¡Qué lento es el tiempo! No llega nunca el mediodía. No me animo a mirar el reloj. A las doce, el sol estará llegando al ojo del lavarropas. De repente, sufro un sobresalto y me pregunto cuál será la hora de la siesta. Para algunos es de dos a cuatro. Para otros es de una a dos. Hay quienes duermen una siestita de tres a tres y media. Trato de

serenarme, temblar solo por dentro. Hay que ser hábil para ocultarle cosas a la persona que vive observándote. Me siento ensayando una obra sin guion, sin instrucciones. Tomar mate sin mirar el reloj ni una sola vez. Mi marido está observando mi cara. Sospecha o lo sabe, creo que se dio cuenta, comienza el interrogatorio:

—Decime qué pasa, Nena. Algo te pasa.

—Nada, Lucio, me preocupan algunos temas de trabajo.

Le cuento que estuve en el sótano de la Riviere, un túnel decorado donde apilan a los que mueren como si fueran escombros. Le digo que había un hombre recién muerto por culpa de los guardias, que son unos asesinos en potencia. ¿Qué le hicieron?, pregunta. Lo corrieron y el tipo se infartó, contesto. Me sigue observando. Las manos me tiemblan un poco. Dice que no es grave lo que sucedió con los guardias porque después de todo el hombre había venido a morir y encontró la manera. Su respuesta me parece inteligente. Es la cosa más sensata que le escuché decir últimamente, me hace acordar al Lucio que conocí. Antes de casarnos le gustaba conversar y tenía buen humor. Ahora lo veo convertido en un bicho que pica y me inyecta cada día un fluido venenoso. No importa, Matías podría ser el antídoto. En fin, termina la ronda del mate. ¿Qué hora es?, necesito saber la hora. Falta poco para que Lucio comience a quejarse. Error, ya comenzó:

—Me agarró el ardor, ¿podés creer? No hay caso, el mate me cae mal, siento como un aceite que empieza a hervir en el estómago y me sube por el pecho.

—Aceite de oliva, orgánico, extra virgen…

—No te hagas la graciosa, me siento mal, en serio.

Voló la mañana. Pase lo que pase, en primavera el sol seguirá iluminando el ojo del lavarropas justo a las doce. El sol es así, no cambia, la naturaleza es puntual. Lucio sigue dando vueltas alrededor mío como si quisiera retenerme, no lo va a conseguir, lo importante es la cita. Se distrae mirando por la ventana. Hay que cortar el pasto, me dice. Cortémoslo si querés, cortemos todo, el pasto, el matrimonio, todo, quise gritar. Qué ganas de salir volando, mudarme de lugar o de

cuerpo. Pero antes necesito saber cuál es realmente la hora de la siesta. ¿A qué hora duermen siesta en Bernina? Imposible guiarse por el hábito de unos viejos que se olvidan de todo y no saben en qué día viven. ¿Cómo les voy a preguntar a qué hora duermen la siesta?

19

No alcanza con desear solamente, también hay que actuar en consecuencia. Aquel mediodía mi decisión había sido escapar de Lancy, del fallecido envuelto en gasa y de mi marido doméstico, como alguna vez había escapado de María Dolores frente a aquella pared tapizada con papel floreado donde ella veía una serpiente. Cuando me lo dijo, salí corriendo a la calle con cualquier excusa, para no saber si la serpiente cubría toda la pared o si debajo existía realmente un empapelado con flores. Es horrible la locura, de vez en cuando María Dolores ve gente muerta o trozos de gente muerta. Recuerdo que una noche vio el brazo izquierdo de mamá apoyado en la mesa de luz. La cabeza y el resto del cuerpo no aparecían, solamente el brazo, la mano y el anillo de casamiento:

—No sabés lo que pasó anoche, mamá volvió hecha pedazos —me dijo.

—Seguro que fue un sueño.

—Te juro que no, mamá estaba ahí, en la mesita.

—¿Se lo contaste a Guedel?

—Ni loca, me va a internar. A vos te lo estoy contando, Guedel no tiene nada que ver con mamá; un médico serio no se mete en lo que no le corresponde.

En ese entonces, mi padre sufría los primeros síntomas de la enfermedad; había salido al balcón, le daba igual si llovía, si hacía frío o calor, lo único que quería era volver a regar las plantas que ya había regado. Me acerqué para contarle lo que había visto mi hermana.

—No la escuches, María Dolores no está bien de la cabeza —me dijo —. Tu madre no es de andar dejando el brazo en cualquier parte. No es de esas que revolean el cuerpo por ahí, tu madre es una señora.

—Mamá está muerta, papá.

—¡Dios mío! ¡Qué desgracia tan grande! No puede ser, esta mañana estaba lo más bien, me ayudó a podar las rosas.

A veces yo pretendía que mi familia entrara en razones, trataba de explicarles cómo eran las cosas en la realidad. Les pedía que no discutieran con los doctores. A papá le decía que dejara de regar los maceteros y de tirar agua a la calle. A mi hermana le rogué que no se acostara con cualquiera en nuestro dormitorio. Enseguida me arrepentía de exigirles un comportamiento normal; después de hablarles yo quedaba como flotando, distante, con la certidumbre de que ellos eran locos y yo no. Por eso lamenté que el doctor Guedel desconfiara de mí. Fue cuando le confesé que había dos María Dolores, una real y otra que hablaba en mi cabeza. Me miró con cara de preocupación, comenzó a hacer un montón de preguntas y concluyó que se trataba de un trastorno compartido, algo que en psiquiatría llamaban *folie à deux*. Dijo que tenía que estar atenta y que, si María Dolores intentaba imponerme alguna de sus ideas, lo llamara inmediatamente por teléfono. Me incomodó, me sentí agraviada, insultada. Hasta siempre, doctor, contesté mientras caminaba hacia la puerta de su consultorio. Jamás lo volvería a ver. ¿Me tomaba por loca? ¿Repartía etiquetas psiquiátricas como si fueran galletitas? ¿Ignoraba que a mamá y a mí nos había tocado ser las personas razonables de la familia? Pobre mamá. Ella tenía esperanzas de que María Dolores se curase al crecer, pero los ciclos de normalidad fueron cada vez menos frecuentes. Cuidado con ella, me decía. Pobre mamá y pobre de mí. ¿Y ahora qué? ¿Por qué se le había ocurrido a mi hermana vacacionar en Bernina? Fue inútil querer disuadirla, alguien con su forma de ser nunca abandona el plan que trazó.

El ojo del lavarropas indicó que eran las doce del mediodía. Ni idea de cuál será la hora de la siesta, debería comer algo y salir por intuición horaria, me dije.

—¿Querés comer algo? —preguntó Lucio con una naturalidad exasperante, como si fuera normal y corriente adivinarme el pensamiento.

Señal de que anda controlándome, sabe cuántos mililitros de champú especial para puntas resecas consumí esta mañana. ¿Por qué usaste ese champú carísimo que te regaló tú amiga viuda?, me había

preguntado.

—Marchen dos milanesas —dijo en medio del silencio.

En nuestra casa las milanesas son de soja, las acompañamos con ramas de lechuga orgánica, tres veces lavada, dice el precinto que envuelve el celofán con un hermetismo asfixiante, como si en el interior del paquete en vez de lechuga hubieran conservado el Santo Grial.

—¿Te sirvo una copa de vino, Nena?

En el almuerzo tomamos limonada con hojas de menta. Pero a Lucio hoy se le ocurre tomar vino, poderoso antioxidante. No quiero tomar alcohol, no viene al caso, tengo que estar lúcida para la cita, pensé. Aunque tampoco podía negarme a una simple copa de vino y despertar sospechas.

—Dale, solo media copa —contesté.

Tampoco está tan mal salir con media copa encima. María Dolores dice que, en las relaciones prohibidas, los amantes quieren poner en acto las fantasías que acumularon en las horas previas al encuentro y un trago puede ayudar a concretarlas. Lo mismo que la mejor ropa interior, el mejor champú y los aros de perla verdadera que heredé de mi abuela Encarnación. Pero todo eso se había derrumbado temprano a la mañana, cuando me di cuenta de que no quedaba ni un gramo de crema depilatoria. Me percaté de repente, antes de bañarme. No voy a ir a la cama con Matías, pensé con el discernimiento y la renuncia de los condenados a no tener relaciones sexuales: ancianos, moribundos, soldados en guerra, curas, monjas, presos peligrosos, no sé si habrá alguien más.

—¿Algo de postre, Nena?

Rápido, debería agujerear la órbita insulsa en la que dormitamos después de almorzar, tendría que escapar ahora, es el momento, después del postre.

—¿Qué hay de postre? —pregunté, pensando siempre en un flan con crema o en un tiramisú.

Lucio trajo de nuevo la nada, un té de manzanilla y dos almendras. Sentados uno frente al otro, miramos las tazas como si una misma fuerza nos hubiera transportado a lugares distantes. Necesité hacer algo, romper la inercia. Lavé los platos, los sequé, los guardé. Me sentí

capaz de hacer cualquier cosa. A la una y media de la tarde, la cocina se veía reluciente. Mi marido la observaba conforme cuando dije:

—Salgo, nos vemos más tarde.

Y me fui sin decirle a dónde, sin saber mentir, sin saber ni siquiera si era la hora de la siesta.

20

A las dos estuve en la cueva de las rocas. Según María Dolores, era la hora promedio de siesta. *Listo, hermana, dejá de dar vueltas.* Escuché su voz imperiosa empujándome a salir.

Llegué a la cueva y Matías no estaba. No lo vi en ninguna parte. El suelo patinaba, había que andar con cuidado para no caer, pero mis ganas de verlo podían más que la incomodidad de moverme con paso de baile por una superficie resbalosa.

Lo encontré en lo más oscuro de la cueva, tendido en una roca, quieto y a lo largo, con las manos entrecruzadas sobre el pecho como si lo hubiera extendido el empleado de una funeraria. Me sorprendí. ¿Duerme o se hace el dormido? Me acerqué despacio. Su respiración era débil, su aliento estaba mezclado con algo que podía haber sido dentífrico con sabor a frutilla. Me gustó. El corazón me explotaba. Supongo que esto es estar viva y animarse a todo, a partir de ahora me interesa la aventura, pensé. Pero corrían los minutos y seguíamos inmóviles en la roca.

Nada era normal, nada. Matías abrió los ojos y sonrió como si hubiésemos dormido juntos toda la vida, como si en vez de estar sobre una piedra, nos hubiésemos recostado a descansar en un colchón de gomaespuma. Yo también sonreí. Me sentía feliz hasta que algo incómodo estropeó el momento. Comenzó a sonar mi teléfono, con su música clásica irritante, lo atendí pensando que era Lancy convocándome a la Riviere.

Pero era mi padre, sin querer había marcado mi número:

—¿Quién está ahí? —preguntaba desorientado.

Como música de fondo escuché el ventilador de techo desparramando malestar y polvo en partes iguales.

—Soy yo, papá, Nena, tu hija.

—Bendito sea Dios. Tengo una nena —exclamó.

Corté inmediatamente, avergonzada de la realidad que se había

metido en el medio. Matías escuchó el diálogo. No quería tener que expresarme sobre mi familia y hablar del pasado, de mi vida y todas esas cosas, pero algo tenía que decirle.

Guardé el teléfono y me agarré la cabeza con gesto de abatimiento:

—Mi papá tiene alzhéimer y perdió contacto con el presente.

En una primera cita, podría ser eso que algunos llaman abrir el corazón.

—Lo siento —dijo.

—Debe de ser tremendo vivir sin memoria.

—No creas, la memoria no merece tanto respeto —contestó.

Y ahí nomás, sin motivo aparente, comenzó a decir que ser memorioso era un problema más que una virtud, recordar podía arrastrarte a la melancolía, la memoria era un verdadero calabozo, prefería vivir olvidando. ¡Su voz sonaba tan fresca! Escuchar a Matías Lorente era como zambullirse debajo del agua al final de una tarde calurosa y polvorienta de verano. Me hacía sentir sin ataduras. Comenzó a subir la marea, nos levantamos de la roca con un movimiento lento, sutil.

—¿Querés que hagamos el amor ahora o esperamos hasta mañana? —me preguntó.

Ahí me agarró, pensé. Nos besamos. Había comenzado a subir la marea. Me fascinaba su manera de besar, tenía un fondo de egoísmo, de posesión. Podríamos ir a la cucheta del velero abandonado, ¿o prefrís ir a mi estudio?, dijo. *Subite al tren, muñeca.* Algún plazo secreto debió de cumplirse cuando demoré la respuesta, porque Matías sacó de la mochila una birome, un papelito y, a las apuradas, escribió una dirección. Tenía un pequeño estudio de fotografía en la calle Dames 21, planta baja, B de bueno. Me puse a reír cuando leí B de bueno. Guardé el papel no sé para qué, para disimular, para que no se diera cuenta de que había memorizado su domicilio como si fuera mi fecha de nacimiento. Me sentí al borde. Ulises saliendo de Troya. Matías era un desafío, rompía el mito de mi vida femenina empobrecida, la certeza de que nadie más que Lucio podía quererme.

—Mejor mañana —contesté al recordar que se había terminado mi crema depilatoria.

—Dale, mañana en mi estudio.

—¿A qué hora?
—A la hora de la siesta.

Dos

21

Empezamos a salir o, mejor dicho, a encerrarnos en su estudio de fotografía. Romántica infidelidad, insensatez con desenlace imprevisto. Matías me hacía mirar todo de otra manera, no solo el matrimonio, también a los viejos y al pueblo en general. Sentí como si Bernina se hubiese ensanchado hasta ocupar toda la Patagonia. Por fin yo había entrado en acción, en la mitad de la obra me había levantado del asiento para dirigirme al escenario. La cosa vino a complicarse al final de la primavera, cuando Cecilia, la esposa legítima atacada por los celos, sospechó que Matías salía con otra y decidió interrumpir la estadía en la casa de sus padres para adelantar el regreso a Bernina. Según mi hermana, no podía pasar nada peor cuando lo estabas pasando bien con un pibe casado.

La vi bajar de una embarcación. Pelo largo, ropa impecable, botas de marca. Fue un disgusto, verdaderamente. Matías la esperaba en el puerto. Matías y dos guardias grises que salieron como de la nada a controlar sus documentos. Era un día soleado, sin los relumbrones oscuros que a diario cubrían el cielo. El aire pasaba cálido, habían florecido las orquídeas con su aburrido color malva; los viejos salían a caminar bajo el sol. Hasta Yolanda se había animado a salir, la vi pasar sin su andador en dirección a la rambla, llevaba un pantalón de lana juvenil, le quedaba todavía algún rastro de eso que con Lancy llamábamos *vitalidad*, signo que solíamos evaluar en función de saber cuándo y quiénes subirían próximamente a la Riviere.

Esa mañana yo me había encontrado a desayunar con mi amiga Felisa Klein en el Inmaculado. Desde hacía una semana había estado pendiente de su relato atrapante sobre Varsovia y los girasoles. De pronto, miré hacia afuera y los vi. Cecilia y Matías juntos. Qué real. Cualquier color que hubiera tenido mi cara se esfumó dejando una máscara de desilusión. Mi semblante cambió de repente, Felisa se dio cuenta, apoyó la taza de café con leche sobre la mesa, se acercó y me

dijo:

—Nena, estás blanca como el papel.

—¿Te parece?

—Sí, me parece. Escuchame, venden un rubor en la perfumería de la esquina que te morís. No es el importado que yo usaba antes de venir, ese acá no se consigue. Y no puedo ir a comprarlo porque me tienen encerrada en estas cuatro montañas. Qué locura. No entiendo por qué no nos dejan salir a comprar. ¿Qué se piensan?, ¿que la vejez es contagiosa?

—Decime la marca y el color exacto del rubor —le dije.

—¿Para qué?

—Cuando vaya al aeropuerto te lo compro.

—Es un peligro esa ruta, Nena. No te preocupes por el tono de mi cara, he tenido problemas mayores. ¿Te dije que Lancy está por abrir una peluquería?

—No, no sabía nada.

—Se va a llamar Melenita de oro. ¿Te gusta el nombre?

—Es un tango, ¿no?

—Hace años que no piso una peluquería. Liza me hace el color cuando sale del Alma mía.

La observé, tenía los ojos empañados por alguna emoción íntima. El encierro en Bernina era algo para no pensar, yo lo asumía como si ocurriera fuera de los sentidos, como si apenas captara el concepto. Había cosas que, por contrato, no había que pensar. Por ejemplo, qué significaba vivir encerrada para alguien que a los catorce años había logrado escapar del gueto de Varsovia.

Mientras Felisa hablaba de las virtudes de la peluquería, Cecilia y Matías caminaban de la mano en dirección al bar. Me bajó la presión. Hubiese querido ser frívola, entrar en competencia con otras mujeres, tener pasión por la ropa, considerar el cuerpo como un adminículo superfluo que sirviera solamente para vestirse bien y convertir la palidez en un accidente del semblante remediable con un toque de rubor. A propósito de lo que costaba el rubor importado, Felisa comenzó a hablar de los gastos. La pensión que cobraba era un chiste, el pueblo se pasaba de caro. Y yo me ponía cada vez más nerviosa. Por favor, que no entren, rogué en silencio, mientras la parejita avanzaba

hacia el Inmaculado. El Inmaculado es una institución en Bernina, casi todo pasa por ahí, es el centro de la actividad social, el ágora del pueblo. Tuve miedo de que se les ocurriera desayunar en una mesa cercana a la mía. No hubiera sabido qué hacer, cómo seguir, ¿tomar café con leche o pedir un whisky doble? Hice un esfuerzo para convencerme de que, a pesar de Cecilia, lo que ocurría entre Matías y yo seguiría siendo lo que era. Paciencia, siempre supiste que era casado. Pero qué extraño me parecía verlo con ella, era como si estuviese ocurriendo en otra esfera de la percepción. Por suerte siguieron de largo, estarían buscando intimidad. Peor. Me sentí peor. No puedo decir que me desmoroné, pero sí que entre todas las mujeres de este mundo, con o sin rubor, fui la menos atractiva de la lista. Pobre de mí. Ves, pensé, Felisa y Elenita tienen razón, hay que andar siempre bien vestida, bien peinada, maquillada.

A esas alturas, Matías y yo habíamos aprendido a ocultarnos, sabíamos mentir, disimular, disfrazarnos. Era la regla de oro pasar desapercibidos, caminar separados uno del otro y encontrarnos luego en su estudio, en la cueva de las rocas, en el cine o en la escalera del Imperial. Esa escalera es tan empinada que ahí no puede subir ni bajar ningún viejo, por más vital que sea.

Con la llegada de Cecilia había que extremar las precauciones, nadie podía enterarse, nadie tenía que descubrirnos. En los ancianos no podíamos confiar, a ellos les encanta hablar de los otros, todo lo que pasa es de su interés. La vida en el pueblo tiene cien ojos. Si Lancy les permitiera salir de Bernina, todo el mundo se enteraría de lo que hacemos en la Riviere, porque aunque se encuentren confusos o con deterioro cognitivo, los viejos no pierden el sentido de la curiosidad, conservan intacto el disfrute del chimento. Mis amigas viudas, por ejemplo, son coleccionistas de novedades: si los choferes de las ambulancias manejan con imprudencia, si alguien adelgazó, si Liza se aclaró el pelo para atender en el Alma mía. No pasaría desapercibido el romance del fotógrafo con la médica de la Riviere.

22

Era un hecho, Cecilia iba a desacomodar las piezas. Con ella dando vueltas por ahí, ¿dónde nos íbamos a encontrar? Mejor evitar las ocurrencias de Matías, siempre en los bordes, rozando el peligro como un adolescente descarriado. Lo más extraño en él eran sus oscilaciones, sus cambios de humor repentinos. El punto débil de su vida había sido la muerte de su madre. Yo no sabía qué hacer cuando se ponía mal, no me animaba a preguntarle nada, porque él nunca me hacía preguntas, era como si mi vida no le interesara; sin embargo, con el correr de los meses comenzó a descifrar mis secretos más íntimos con la misma agudeza con que era capaz de fotografiar el lomo de una ballena a dos kilómetros de distancia, o las alas abiertas de un pájaro sobrevolando la cordillera. Era un ser cambiante, iba del juego amoroso a la risa y de la risa a la angustia silenciosa que lo perseguía desde la muerte de su madre. Para sobrellevar el duelo, había transformado el dolor en una especie de ruleta rusa; se ponía en peligro cada vez que el presente le daba la ocasión. Y conmigo se lo entregó en bandeja.

Cuando comenzamos a salir, me acusaba de tratarlo como si fuera una criatura. Yo había adoptado la actitud ambigua de mujer apasionada con tendencia maternal, le llevaba golosinas, le desenredaba el pelo después del baño, canturreaba una canción para que durmiera siesta, jugaba con su perro. Ahí ganaba puntos. En el fondo, era lo que él exigía a través de actitudes no menos ambiguas que las mías, cuando después de divertirse con talentosas fantasías eróticas, se mostraba abatido y sin consuelo por el fallecimiento de la Lorente. Exótico vaivén.

Los viejos, que siempre estaban espiando por las ventanas, una madrugada de invierno lo descubrieron caminando sin rumbo, con una caja de pañuelos en la mano. ¿Qué te pasó ayer a la noche, Matías? ¿No podías dormir?, le preguntaron al día siguiente, cuando lo vieron sentado en la proa del velero abandonado. Matías se acercó dispuesto

a caminar con ellos por el puerto y les contó lo que había ocurrido en su estudio de fotografía la noche anterior. Antes de relatar la historia, con detalles escalofriantes que dejaban a cualquiera temblando, les preguntó si ellos creían en los espíritus. Sí, claro, contestó uno de los viejos, por supuesto, también creemos en la magia y en la brujería, debe ser por la bruma que hay por acá. Matías no lo dejó terminar de hablar, comenzó a decir que la noche anterior había nevado, la nieve cubría todo. Después de revelar una docena de fotos, había salido del cuarto oscuro a preparar café. En el trayecto, apoyó su cara en el vidrio de la ventana y en vez de escuchar el silencio de la noche, escuchó los pasos de su madre deslizándose por el jardín. No se movía nada en la blancura fría, sin embargo, supo con certeza que su madre se acercaba, vio su huella en la nieve, señal de que había abandonado su cuerpo y regresaba bajo una forma impalpable, increíblemente sutil. A sus espaldas crujió el radiador, se distrajo durante un instante y, al mirar de nuevo hacia la ventana, su mamá no estaba, el paisaje de la nieve había vuelto a ser el mismo. Confundido, buscó un libro cualquiera en la biblioteca y dentro encontró un papel dorado, escrito con una letra archiconocida, la misma letra que había en las etiquetas de sus cuadernos y en las primeras hojas de sus libros infantiles. La nota decía: No te preguntes qué fue de mí, buscame al lado tuyo, estoy con vos. Mamá.

Quedó perplejo, miraba la página donde había encontrado el papel y no lograba concentrarse en las letras que tenía delante. Terminó de tomar el café y apagó la luz. Salió del estudio impresionado, atravesó el corredor de la planta baja, estuvo por tocarles el timbre a Roberto y Yolanda, sus vecinos del departamento A, pero se dio cuenta de que era tarde, no quería despertarlos. Fue caminando hacia su casa, consciente de sus pisadas en la nieve, mirando hacia atrás por si su madre lo seguía. Llegó a desear que estuviera, volvió a sentir más fuerte que nunca las ganas de quedarse en Bernina, solo para verla. Anduvo por el puerto, por la escollera, las luces de la costa le parecieron lejanas, como si se perdieran en el mar.

Caigo inmediatamente en la cuenta de que, aun cuando Matías sea

el espíritu libre y aventurero que creo que es, también es un pichón herido. Matías querido, lo tuyo es puro miedo, habrás rezado frente a aquella escena melancólica, amortiguada por la dulzura de un papelito dorado, digno sufrimiento de una personalidad debilitada, pensé el día que escuché relatar el episodio. Si hasta parecía un huerfanito, un niño descalzo y abandonado, sacado de una novela sentimental. A mí no se me movería un pelo si una noche viera las huellas de mamá en la nieve, jamás me quedaría en Bernina ni en ninguna otra parte esperando encontrarla.

En fin, ahora había que enfrentar la llegada de Cecilia, entender de una vez por todas que Matías y yo estábamos en igualdad de condiciones: los dos casados. Con Lucio no había problemas. Pero Cecilia parecía una de esas mujeres posesivas que no le sueltan la mano al marido. No me conocía, jamás nos habíamos visto y sin embargo, cuando pasó caminando de la mano con Matías por la puerta del Inmaculado, me miró como hasta el fondo. *Las esposas legítimas son así, muñeca, en Flores, en Devoto, en Las Cañitas o en la Antártida Argentina. Se creen con derecho porque lavan y planchan, les sacan las arruguitas de la camisa y les preparan la comida. Vos tenés que ser la que lo arruga, lo despeina y le abre el apetito. Dejá que la Chechu le prepare el pollo al horno con papas.*

23

Días más tarde, volví a verla. Qué desgracia, esta mina me va a arruinar la vida, pensé. Era domingo, Cecilia había salido a pasear a Jaime, el perro de Matías. Tuve que ocultar mi cara detrás de un libro para evitar su mirada inquisidora. La odié. No existe infidelidad que no atraviese en algún momento la puerta de acceso al odio. No era gran cosa Cecilia, pero tenía buen pelo, largo, brilloso y ondulado; envidiable, la verdad. Luis y Cristóbal, mis mejores amigos viejos, la miraron de arriba abajo cuando la vieron pasar por la rambla.

Me perturbó, llamé inmediatamente a Matías:

—Tu mujer anda caminando por la costa como si fuera la dueña —le dije con ánimo de reproche.

—Ya hablamos de este tema —contestó—. Cecilia y yo lo acordamos así, cuando no tengo ganas de salir, ella saca a pasear a Jaime.

¿Cecilia y yo? ¿Lo acordamos así? El plural me puso los pelos de punta. Me sentí de nuevo insignificante, cada vez que Matías hablaba de su mujer como si formaran parte del mismo equipo, me sentía pisoteada como un insecto distraído. *No te quedes callada, muñeca. Si te vuelve a hablar así, decile que le vas a tirar la máquina de fotos al mar. Y después te plantás frente al espejo a repetir que sos la mejor en la cama y que la Chechu es una de esas minas que son puro pelo y que vos la superás en todo.*

Respiré hondo y tomé coraje para contestarle a Matías:

—No puedo evitarlo, me molesta que se pasee por acá.

En ese momento imaginé que mi amante se acomodaba en un confortable sofá, con el brazo apoyado en el respaldo, malhumorado al escucharme:

—Por favor, Celeste, no empecemos —dijo.

A veces me llamaba Celeste.

—¿Y a vos, qué te pasa? ¿Por qué no tenés ganas de salir? —pregunté.

Lo escuché decaído, apesadumbrado. Ese domingo se planteaba una cuestión abrumadora: si valía la pena vivir, si alguna vez había valido la pena, quizá todo el mundo se hacía esa pregunta con la misma fuerza impersonal con que se había instalado en él.

—No seas pesimista —le dije. ¿No es un poco prematuro pensar así a tu edad? Todavía no cumpliste cuarenta.

De nuevo lo imaginé en el sofá, pero ahora con la cabeza hundida en un almohadón. Se había enrarecido y tenía la voz triste, sin chispa. Desde la muerte de su madre, arrastraba una tristeza general, por la humanidad entera. Su malestar comenzaba el sábado, pero se deprimía especialmente los domingos a la tarde; algo en la atmósfera lo derrumbaba al menos una vez por día. Si nevaba, si llovía, si cantaban los pájaros, recordaba los últimos días que había pasado en Bernina con su mamá. La eutanasia había sido un hecho lógico, algo que los dos habían considerado necesario, un sacrificio para evitar el sufrimiento, pero una vez realizada, fue cambiando de forma hasta convertirse en una cosa monstruosa.

¿Está haciendo catarsis? ¿Oculta algún reclamo detrás de este relato? ¿Sale conmigo para vengarse?, me pregunté.

—El domingo es medio deprimente —dije con voz comprensiva.

—Viste, no es un día común, se nota enseguida cuando es domingo. En este pueblo no medimos el tiempo porque es como si viviéramos fuera del calendario, los días nos parecen todos iguales hasta que llega el domingo. No sé qué será, pero yo tengo la impresión de que ese día algo se detiene dentro de uno.

Me sentí obligada a acompañar su disertación, Matías dedicaba un tiempo desorbitado a especular sobre asuntos irresolubles. Mientras tanto, yo temblaba al pensarme como agente de su angustia:

—Sí, tal cual —le dije.

Solo lo había llamado para decirle que me molestaba la presencia de Cecilia en la rambla. Pero su depresión me dejó sin habla. Me puse categóricamente seria y solté el teléfono como si algo entre nosotros se hubiera cortado, dejé que la conversación se hundiera en el fondo de mi cartera. Reparé que entrábamos en un terreno oscuro y, a partir de entonces, el propósito de averiguar si había sido yo la responsable indirecta del fallecimiento de la Lorente comenzó a invadirme por

demás.

Pasé días turbulentos hasta que Matías volvió a llamarme. Creí que se había ausentado por el regreso de Cecilia, pero no. Cuando volvimos a hablar, la criticó despiadadamente:

—No me gusta que maltrate a Jaime, le habla a los gritos, ayer le pegó con un diario en la cabeza.

Qué alivio, se llevan mal, otro deseo cumplido, dije para mis adentros. Lo importante es desear. Lo dejé hablando solo durante un rato, escuché en silencio lo que tenía para decir sobre su matrimonio en crisis. Me concentré en un solo punto: conmigo es diferente. *Bien jugado, hermana, ahora que sale con vos, los defectos de la legítima se le van a venir encima.*

—¿En serio?, ¿le pega a Jaime?, tu mujer es la peor —dije haciéndome la buena—. No lo dejes solo con ella, llevalo al estudio.

Propuso que nos encontráramos al día siguiente, a las cuatro de la tarde en el cine, al amparo de la oscuridad.

—Perfecto, nos vemos allá —respondí.

Después de hablar con él, subí a la Riviere. Tenía que darle el suero a un paciente de setenta y nueve años que vivía en el pueblo. Se llamaba Dante, había sido un lector empedernido, destacado intelectual y nadador profesional, solía hablar durante horas de los galardones obtenidos. A causa de una enfermedad insalvable, la semana anterior había firmado el consentimiento. En la Riviere el suero no es algo que se obtenga así nomás, de un momento para el otro, a sola firma y con un pago en efectivo. Lancy es muy protocolar, tiene que asegurarse. Dante había hecho el trámite sin leer, a las apuradas. Decía que el golpe de agua helada lo había mantenido joven y en buena forma física y no podía soportar que el tiempo se hubiera ido tan rápido de su vida. Cuando la lucidez todavía no lo había abandonado, la enfermedad lo tomó por sorpresa:

—El tiempo vuela, Nena.

—Para mí no pasa nunca, Dante.

—Esperá cumplir setenta.

Le puse una mano en el hombro, se sentó en la cama y quiso salir al balcón. Había empezado a soplar la clásica ventisca de la tarde. Por encima del mar, se acercaba una tormenta.

—Pidamos algo para tomar, Nena.

—¿Qué te gustaría?

—Un whisky con hielo.

Nos sentamos en el balcón, al abrigo del tubo radiante, conversamos sobre el paso del tiempo, él veía la necesidad de tener patente el pasaje de los años y lo resolvía haciendo memoria. Cuántas cosas habían quedado atrás, el Imperio romano, le cortaron la cabeza a María Antonieta, Napoleón conquistó Prusia, bombardearon Hiroshima, el hombre llegó a la Luna, cayó el muro de Berlín, vino internet, la pandemia.

Yo sabía, con fundamento científico, que las enfermedades terminales provocaban ansiedad, pedí el whisky con urgencia y un corticoide intravenoso para atenuar la dificultad respiratoria. Los trajeron al instante, observé los dedos hinchados de Dante agitando el vaso mientras el hielo chocaba contra el cristal, la incertidumbre en la manera de mirar que yo había percibido tantas veces, el temblor en los labios. Pronto, dejó el vaso en el suelo y empezó a balancearse despacio en la reposera, contemplando el esplendor de otra tarde menos. Tenía suficiente lucidez para darse cuenta de que su patología lo había dejado agarrado a este mundo por unos hilos débiles que se romperían sin dolor en la siguiente hora.

—Entremos, se viene la lluvia —dije cuando su vaso quedó vacío.

No quiso moverse de la reposera, parecía disfrutar de la tormenta que se aproximaba.

—¿Puede ser que nos quedemos en el balcón? —me preguntó.

Llamé a la enfermera, entró como siempre, floreada y angelical. Las enfermeras de la Riviere son rubias y vaporosas, parecen pintadas por Botticelli; seducen a los huéspedes con dulces modales, saben eliminar el dolor, acariciar, representar a una hija, a una madre, a un hermano, a quien quieras. Hacen lo práctico y cobran salarios abultados. No tienen que esforzarse, es simple cumplir el deseo cuando este se reduce a un puré de calabaza, un flan con crema o un whisky con hielo.

Porque desear de verdad, lo que se dice desear, se volvió más imposible que cruzar a nado el mar o escalar la cordillera. Al final, ¿qué necesitan los ancianos?, ¿el diario del día, un libro, una revista?, a la mayoría le resulta imposible concentrarse en la lectura. ¿Que llamen a un ser querido?, inútil convocarlo, a nadie le importa recorrer kilómetros para visitar a alguien que se internó en Bernina porque ya no quiere ver a nadie o porque está tan deteriorado que al verte preguntará quién sos.

—Sí, claro, puede ser en el balcón —le dije.

—Si es así, estoy listo —contestó.

Casi todos querían morir al atardecer. Mientras graduaba la medicación, comenzó a caer una llovizna filosa y pareja. Tuvimos que empezar el procedimiento en la reposera, a Dante le hacía ilusión recibir el suero con la cara mojada como si recién saliera del río. Miró el paisaje por última vez y para siempre, con ojos agradecidos. Si de verdad había un Dios, no podía haber organizado un final más justo para un nadador profesional.

24

El Sangre & Arena es una pequeña sala de cine que abrió el abuelo de Lancy en la calle principal del pueblo. Le debe su nombre a la película cuyo afiche cuelga en la antigua boletería desde el día de su apertura, en el año 1943. La sala es un espacio en declive con treinta butacas reclinables, una alfombra colorada, un gato que ahuyenta ratones y una pantalla desproporcionadamente grande, adoración de los jubilados. Atento a conformarlos dentro y fuera del cine, el director ofrece semanalmente una selección de películas para que los viejos disfruten los clásicos de su época. A veces mi amiga viuda Chiquita Paz y otros cinéfilos exigen películas actuales, no quieren perderse los estrenos que dan en la Capital. Poco les importa que las películas lleguen con retraso, no miden el tiempo según la sección de espectáculos que aparece en el diario del jueves, perdido para siempre el apuro, los viejos aprendieron a esperar.

Mi cita con Matías en el Sangre & Arena era demasiado pública y peligrosa; había que sortear la guardia de Lancy, la curiosidad de los ancianos y la amenaza de Cecilia dando vueltas por ahí. Me arreglé especialmente para el encuentro, usé la base de maquillaje que me había recomendado Felisa, me puse una pollera plisada, una camisa de seda y un suéter sin pelotitas, el único que no estaba apelmazado. Vuelo con el pensamiento y estoy de nuevo en el cine y me parece escuchar la música de la película. Creí que iban a reponer *Cuando Harry conoció a Sally*, pero pasaban *El cisne negro*.

Matías llega antes, me espera en una hilera de butacas vacías, atrás de todo. Entro sigilosa, apagan las luces, miro hacia todas partes; me siento dichosa, como si Cecilia no existiera, como si fuese de nuevo soltera y como si la señora Lorente no hubiese muerto nunca. Descorro el cortinado. Un anciano aparece no sé de dónde, entra conmigo a la

sala y me pide que lo acompañe hasta su butaca; le resulta difícil ir solo, la pendiente es demasiado pronunciada para el estado de sus rodillas. En el cine hay una luz lateral, verde y débil, como de velador. Vamos lento y de la mano; al tacto, percibo que es una mano arrugada y seca. Con el tiempo tendré las manos que merezco, se agrietan con el frío y no las cuido, nunca me pinto las uñas, no uso crema humectante, no soy como María Dolores; cuando llegue a la edad de este hombre voy a tener unas manos horribles. ¿Será que me volví vanidosa? ¿Me habré transformado? Fui anticuada toda la vida, siempre estuve alejada de los códigos y las costumbres de mi generación, pero desde que conocí a Matías observo el derrumbe de la edad como algo distante, inalcanzable. Y resulta que ahora me siento joven y también culpable de ser joven. Me parece que antes no quise ser joven para no perder tiempo en amar solamente.

Bajo a oscuras la rampa, llevo al anciano conmigo. ¿Será que todo tiende a estropearse como las rodillas y las manos de este jubilado?, ¿cada centímetro del cuerpo tiene las horas contadas? Hay un caos en el corazón de lo viviente. Lo pienso cada vez que camino por las calles del pueblo y se hace densa la nieve o la bruma, miro a los viejos paseando por la rambla de madera como si ya se hubieran ido de este mundo y me da por imaginar que a lo mejor estamos todos muertos haciéndonos compañía. Hace poco, Roberto, el marido de Yolanda, pensó que había fallecido. Debo estar muerto, Nena, mi mujer esta mañana no me preparó el mate, pasó por la cocina y siguió de largo como si yo no estuviera, me dijo. Recuerdo que le tomé inmediatamente el pulso, tictac, tictac, se lo hice oír, le confirmé que seguía vivo. No obstante, Roberto insistió con lo mismo, me contaron que cuando se hizo de noche fue a comer al Alma mía, arrumbado y solo, en pleno duelo por su deceso. Liza lo atendió con especial dedicación, ella misma le preparó un caldo de verduras. A veces, también yo creo que estoy muerta y me hago a la idea de que desperté en Bernina y el más allá resultó ser la punta de la escollera donde conocí a Matías. Y entonces resucito y ahora tengo que dejar a este pobre hombre en su lugar, subir a encontrarme con mi amante que en este momento me hace señas, levanta una mano, lo distingo en la oscuridad.

Llego a su butaca y me acomodo de espaldas a la pantalla, me levanto la pollera, abro las piernas y me siento encima de él. Mis pensamientos luctuosos desaparecen, mis manos son jóvenes y principiantes; lo toco, lo cubro con mi pelo, me quita el suéter, desabrocha mi camisa, acaricia mi hombro huesudo y sube por mi cuello con sus dientes blancos y su aliento de frutilla, despierta mis órganos, mis fluidos. Tironea su pantalón y su calzoncillo. El cuerpo es algo extraordinario, pienso, con Lucio estuve disecada, con Matías siempre es posible sacarle al cuerpo algo de brillo.

Una anciana escucha nuestra respiración agitada, se da vuelta y grita desde su butaca: ¡Silencio, por favor! Matías se ríe con esa risa contagiosa que tiene a su alcance cada vez que alguien está a punto de descubrirnos. Le gusta lo prohibido. Entre nosotros, cada escondite, cada intriga y cada juego pactado suelen culminar en un ataque de risa. Estoy fuera de mí y no sé qué hacer, me escapo inmediatamente hacia la butaca de al lado. Tengo miedo de que la anciana nos identifique. Matías se acomoda la camisa. Pienso que se va a tocar, le encanta hacerlo conmigo, pero en vez de masturbarse mete la mano en el bolsillo y saca un paquete de maní con chocolate. Lucio nunca compra golosinas. Si me viera comiendo maní con chocolate, sería un disgusto menos soportable que descubrirme ahora mismo en el cine con Matías. Mientras tanto, la anciana escucha el sonido del envoltorio, gira nuevamente la cabeza y vuelve a gritar: ¡Silencio, he dicho!

No queda más remedio que mirar la película y comportarnos como se debe. A Matías le fascina el sexo a escondidas, pero hoy milagrosamente se adapta y renuncia a lo que estábamos por hacer. Miramos la película. En la mitad, me dice que ojalá su madre hubiera sido mala persona como la madre que estamos viendo en la pantalla; seguramente la extrañaría menos. Lo dice masticando maníes y hablando bajito. Me inquieta su salto repentino, esa zona amorfa a la que es arrojado cada vez que piensa en la Lorente. De repente, se acerca a mi oído y me cuenta que su madre fue una persona increíble y bondadosa, la trajo a Bernina porque ella insistió hasta convencerlo. Ignoraba que iba a ser tan tremendo despedirse, tener la conciencia de no verse más, decirle Chau, mamá, gracias por todo y no volverla a

ver. Escucho con paciencia su discursito melancólico, pensando que no hay psicoanalistas en el pueblo y que Matías al menos debería hablar con el homeópata. Las gotas de Krofman hacen milagros en el estado anímico. Ahora, Matías abre la mochila y saca los pañuelos de papel. Uf, se viene la noche, digo sin hablar. Sonrío con amabilidad, percibo su tragedia personal y disfruto de mi capacidad para esquivarla. ¿Qué podría decirle? Detesto las palabras de consuelo, no soy experta en duelos y cicatrizaciones. *No entiendo, hermana, ¿qué onda este pibe?, ¿por qué está diciendo todo esto?, ¿sabe a qué te dedicás en la clínica?, ¿o piensa que operás apendicitis?* En este instante no quiero saber nada de la Lorente, ni siquiera su nombre de pila; para no tentarme, para no salir corriendo a buscarla en los archivos encriptados, para no revisar cajas selladas y urnas en el sótano. ¿De qué sirve saber? Si alguna vez le di el suero a esa mujer, habrá sido por decisión de ella. Y si al final, el paso que había dado para desaparecer del mundo resultó equivocado, había sido ella la responsable. Trato de desentenderme de ese asunto, no soy altruista, la pena de los otros no me conmueve. Lo beso a Matías en la boca, la frutilla se mezcla con el chocolate, lo toco sin pudor y comienzo a pensar en otra cosa. Pienso en la proximidad del verano que, sin el rigor húmedo que había conocido en Flores, llegaría dentro de poco, y María Dolores, con él.

25

Qué cerca estuvimos en el cine de alcanzar la amalgama de las esencias, pensé. Al día siguiente volvimos a encontrarnos, había quedado algo pendiente. La cita fue en el Imperial, en cuyo subsuelo, el padre de Lancy había improvisado en los años ochenta un casino con una pequeña mesa de ruleta, una de dados y otra de póker. No circulaba dinero real, las fichas no tenían valor, pero los jubilados pasaban allí las horas jugando entretenidos como si no hubiera nada que les perturbara dejar de lado. Me estaba ocurriendo seguido, creer que por fin había entendido de qué se trataba el paso del tiempo, cuando la parte inolvidable de la juventud se convertía en el núcleo duro de la tristeza de los ancianos. Sin embargo, el nutrido anecdotario de la nostalgia tenía un alcance acotado cuando encontraban algo divertido para hacer. A veces decíamos con Lancy que la nostalgia era pariente del aburrimiento, convenía distraer a los huéspedes, evitar que se llenaran la boca con frases repetidas: De nuevo está por llegar la Navidad, parece mentira que ya se termine el año. Un día nos dimos cuenta, el casino hacía que el tiempo perdiera velocidad. Ahí nadie sabía si era de día o de noche. Se les esfuman las horas, ¿qué sentirán?, nos preguntábamos. Las vueltas de la ruleta eran más importantes que la Tierra girando alrededor del Sol.

Como revancha a la censura que nos habíamos impuesto en el cine, Matías y yo nos encontramos en la escalera que bajaba al casino, deliciosamente fría, lisa, húmeda, casi algo vivo.

—Me gusta que lo hagamos acá, Matías. Es un buen lugar, los viejos siempre usan el ascensor.

Lanzó una de sus miradas:

—Me gusta en todas partes.

Inolvidable, fue una de esas tardes que guardaría para siempre en el alhajero si se dejaran capturar en un puño. Me saboreó con una voracidad inusitada, tuve que decirle que parara. El sexo es un poder

generador, un fenómeno único, un temblor de tierra, una entidad capaz de eliminar cualquier rastro preexistente. De hecho, hasta con Lucio había puesto en marcha mi sexualidad. Señal de que Matías me hacía bien por todas partes.

—¿Te enojás si voy un rato al subsuelo?, tengo ganas de jugar unas fichitas —dijo mientras se ponía la ropa, con cara de chico malo, soplándose el pelo de dos colores para quitárselo de la frente, acomodándose la camisa debajo del pantalón.

Me da un beso y se despide, baja apurado los escalones de dos en dos, como si nuestro encuentro sexual hubiera sido un paso previo y obligado para entrar al casino. No es más maduro que cuando hacía rin raje en San Isidro, pensé. Al final, supe que había nacido en San Isidro. Por encima de todas las cosas, le gusta jugar. Juega con el mismo entusiasmo con el que hicimos todo lo que hacen los amantes cuando disponen de media hora para estar solos. Suena increíble que existan dos Matías en una misma persona, el divertido y el melancólico. Prefiero al divertido, el que codicia a la mujer del prójimo, el que no santifica las fiestas. El único mandamiento que cumple es el de honrar a su madre. Y ahora se le ocurre jugar a la ruleta. Apostar. Le gusta hacer apuestas sobre cualquier cosa que ocurra en la naturaleza o sobre algo que se mueva alterando el paisaje: en qué pino va a caer aquel copo de nieve, en qué minuto aparecerá la ola que nos va a salpicar.

Llega a la mesa de la ruleta, me asomo a espiarlo, saluda a los habitués, Luis y Cristóbal, mis mejores amigos, nunca faltan al casino. Rondan los ochenta y dos, pero son joviales y atrevidos, los más vitales de Bernina. Hablan con fluidez, disfrutan el brandy, miran a las mujeres que caminan por la rambla.

A ver qué hace Matías, ¿les hará trampa? Me pica la curiosidad y bajo unos escalones, me intriga saber qué pasa en la penumbra del subsuelo. Trata a los ancianos como si fueran sus compañeros de la secundaria, acaba de acertar un pleno millonario con fichas de mentira, se oyen aplausos y gritos. Luis dice que nunca conoció a nadie con tanta suerte en el juego. Bajo otro escalón, me asomo. El juego de Matías parece de alta escuela, sabe colocarse en la posición correcta, reparte fichas lentamente mientras acaricia el paño; se ríe

cuando gana y cuando pierde. De pronto, la tarde queda como en suspenso. La ruleta dejó de girar. Apuestan. Me asomo un poco más, solo para verlo con el pelo en la cara, tamborileando los dedos. Me gusta el sonido de las fichas cuando chocan una con otra, me gusta cuando se dirige a mis amigos y lo escucho gritar:

—Ahora, muchachos, todo al treinta y uno.

26

Más confortable que el cine, más cómodo que la escalera del Imperial y más cálido que la cueva de las rocas era el estudio de fotografía de la calle Dames, donde me encontraba con Matías a la hora de la siesta, antes de que comenzara la monotonía de la tarde. No tenía demasiado mobiliario: escritorio, alfombra, un colchón en el suelo, una biblioteca, una cortina hindú en la ventana con vista al jardín, un lavadero repleto de trastos en el que Matías guardaba las pertenencias del perro, su elegantísimo Jaime. La alfombra y las cortinas habían sido maltratadas por el gato de Yolanda, solía entrar por la ventana con un salto triunfal. El baño era interno y oscuro, tanto como el cuarto oscuro donde Matías revelaba sus fotos, lo mejor del lugar. Solíamos arrastrar el colchón desde el escritorio hasta allí para armar nuestro escondite perfecto. La cocina existía a medias, era un pasillo largo cuyo único sentido y uso doméstico consistía en mantener la cafetera encendida. No necesitábamos nada más que una taza de café y un par de galletitas dulces para compensar el nivel de azúcar que perdíamos en cada encuentro.

Dames dejaba de ser nuestro palacio privado cuando Cecilia hacía sonar el timbre con vehemencia. Sin embargo, su potencial de esposa al acecho no me inquietaba tanto como la sombra de la señora Lorente. Desde el primer día sentí que estaba ahí, debajo de todo, con su presencia fantasmal en el cuarto oscuro, en la cocina, en el escritorio. Su ausencia era casi palpable. A veces esperaba una señal de ella; influenciada por la historia que los viejos me habían contado, llegué a imaginar a Matías detrás de la ventana y a su madre caminando hacia el estudio de fotografía como si regresara de la muerte. Estuve a punto de preguntarle si de verdad la había visto o había sido un sueño. La nieve era un velo que desdibujaba todo, ¿cómo saber si de verdad había sido ella?

Me propuse hablar del asunto con mi amiga Elena, preguntarle si la había conocido, si sabía algo de esa mujer. En la Riviere era imposible averiguar nada, después de recibir el suero, el huésped dejaba de existir en lo real y en lo simbólico. Tema cerrado, no había pruebas. ¿Cómo se llamaba? ¿De qué manera había ingresado? Nadie podía saberlo. Solo quedaba la suma abultada de dólares que había entregado al ingresar y un documento en el archivo encriptado, por si acaso, con la firma del consentimiento y el sello del escribano con el aval de algún político. Así las cosas, oficialmente nadie podía investigar nada. Las argucias legales de Lancy habían sido diseñadas por notarios expertos, impecables, prolijos, lo mismo que el pacto de silencio con su personal.

Elena frecuenta muy seguido la Riviere. Sube con cualquier excusa, un día decide internarse porque algo le duele y no piensa soportarlo; otro día, porque quiere ensayar el final. Vive sin reconocer la autoridad de la muerte, se niega a terminar sus días en un pasillo ferozmente iluminado, en la frialdad de un quirófano, en un geriátrico o en una habitación lúgubre con vista a un patio interno. En síntesis, se niega a terminar sus días y vive en Bernina como si fuera una especie de cielo ganado.

Manos a la obra, me dije, voy a hablar con ella en cuanto se componga el tiempo. Cada vez que salía el sol, Elena me invitaba a caminar por la rambla para desentumecerse la cadera.

Pasé por su casa:

—Tengo que hablar con vos de un asunto privado.

A ella le encantan las confidencias:

—Contá conmigo, soy una tumba, con perdón de la palabra.

—Nos vemos hoy en la rambla, ¿te parece?

—No bien termine el capítulo de la serie que estoy viendo.

—¿A qué hora sería?

—A eso de las tres.

La esperé una hora, llegó a las cuatro. Y bajo un sol pobretón, salimos del brazo a caminar.

—Decime, ¿vos te acordás si en alguna de tus internaciones en la Riviere conociste a una señora de apellido Lorente?

—Me suena —contestó.

Su atención es frágil, a veces balbucea incoherencias; se excedió en edad y perdió la capacidad de concentrarse. En vez de contestar mi pregunta, aminoró el paso y comenzó a hablar de un nuevo amor. A una edad donde todo parecía consumado, Elena se había vuelto a enamorar.

—¿De quién? —le pregunté.

—De Cristóbal, querida.

—¿Y él lo sabe?

—Él no se entera o no quiere enterarse, que vendría a ser lo mismo. Mirá, menos mal que aprendí a tener paciencia. Pero ya va a caer, acordate de lo que te digo, ahora me ve en la rambla y sigue de largo, se la pasa en el casino, pero ya va a caer. No me pienso resignar.

—Tenés razón, no hay que resignarse.

—¡Claro que no! ¡Arriba los corazones!

Me había convertido en su confidente. Dijo que se había enamorado mil veces, de un francés alto y flaco, de un oceanógrafo, de un bibliotecario, de un banquero que no valía la pena para nada porque solamente hablaba de plata. Elena adjudicaba la causa de su separación matrimonial a un amante transitorio que habría pasado por su vida sin pena ni gloria si su marido no los hubiera descubierto besándose en el auto una tarde de lluvia.

—Qué tarde más romántica, no me la olvido más. ¿Sabés qué necesito para olvidarme?

—No sé, decime.

—Que Cristóbal me invite al restaurante Alma mía. Una sola noche le pido, con eso me conformo. Tengo que darme el gusto antes de morir —dijo muy fresca.

—¿Qué estás diciendo?, te falta mucho para morir. La lumbalgia no mata y la hipoacusia, tampoco.

—Dios te oiga, Nena.

Durante la caminata, nada pude averiguar sobre el destino de la Lorente. Solo corroborar que Elenita subía y bajaba de la Riviere con la esperanza de encontrarse con Cristóbal. Su belleza sensual la había

llevado de un amor a otro, resultaba imposible hablar de otras cosas que no fueran el relato de sus pasiones. Es ingenuo considerar que la treintena es la década del amor, ese tema no termina nunca, pensé. Mi amiga Elena seguía sufriendo por los hombres. Ni un solo segundo, ni uno solo, había estado sin mencionar a sus amantes. En cualquier momento le iba a tocar el turno a Cristóbal. El hecho de nombrarlo le infundía valor suficiente para no enfrentarse a la soledad; soñaba con él, pensaba en él, se arreglaba para él; estaba confundida en él desde las canas de la cabeza hasta el juanete de los pies. Da lo mismo tener ochenta, veinticinco o catorce, no hay límite de edad para vivir pendiente de los hombres, me gustaría salvarme de ese tormento, me dije, y sobre todo me gustaría dejar de pensar en la madre de Matías. Qué pesadilla, qué estorbo.

Empezó a ocultarse el sol detrás de los nubarrones, Elena quiso descansar en un banco de la rambla. Nos sentamos, se apoyó luego en mi brazo en señal de amistad y me preguntó con dulzura:

—¿Me querías decir algo?

La noté agotada, lo mío podía esperar, no tenía demasiada importancia, otro día hablaríamos, ahora se había hecho tarde y yo tenía que volver al trabajo.

—Nunca digas que lo tuyo no tiene importancia, Nena. Pero mejor contámelo en la próxima salida, ahora no doy más. ¿Cuánto tiempo caminamos?, ¿habremos hecho un kilómetro?, me agarró el dolor de cintura.

Volvió a hablar de Cristóbal. Sus cachetes pálidos se habían puesto rosados como los de una adolescente, tenía los ojos muy abiertos y un brillo radiante que no le había visto nunca, de a ratos se frotaba las manos y las soplaba con su aliento para calentarlas. De repente, sacó un espejito de su cartera, se arregló el pelo, la estola con olor a alcanfor que siempre llevaba alrededor del cuello y, como si reflexionara, me dijo:

—¿Estoy bien?, decime la verdad, ¿me ves más gorda? Me parece que tengo que hacer dieta.

—Estás divina, Elena.

Guardó el espejo, revolvió el interior de su bolso hasta encontrar una barrita de chocolate y me dijo:

—Es un permitido, ¿querés mitad?

27

—Tengo que llamar a alguien para que arregle esto —gritó Lucio cuando me escuchó entrar.

—¿Qué cosa? —pregunté con esa sensación de desnudez que experimentaba cada vez que llegaba a casa y tenía que abandonar el impermeable en el perchero.

Se refería a la computadora, me estaba preguntando si en el pueblo había algún técnico. Le dije que no sabía, mañana podría averiguar en la clínica. Todo el tiempo quería sacármelo de encima. Atendí el teléfono que estaba sonando. Era María Dolores:

—Hola, hermana, estuve pensando…

—¿En qué?

—¿Qué te parece si a papá lo internamos en esa clínica donde vos trabajás? Digo, para que dure un poco menos, viste. Acá, la cosa se pone cada vez peor, el viejo a cada rato se desviste en el balcón. La portera, no sé hasta cuándo lo va a aguantar, ahora dice que la plata que vos le mandás no le alcanza para nada. ¿Te parece que viaje con papá?

—Olvidate, el alzhéimer de papá está muy avanzado, el director no lo va a aceptar. Para entrar a la Riviere hay que leer y firmar unos papeles, se requiere que los viejos conserven las facultades mentales, ¿entendés?

—Pensalo bien, vos estás ahí, podrías hacer algo, ¿no te parece?

No quería discutir con mi hermana, decidí cortar por lo insano:

—No tendríamos cómo pagarlo.

—¿Es caro? —preguntó

—Carísimo, acá viene gente de guita.

—Pero algo hay que hacer, Guedel dice que llevarlo para allá sería una solución.

—¿Qué? ¿Hablaste con Guedel de la Riviere? No lo puedo creer, te pedí que no hablaras con nadie. Lo que hacemos en esta clínica es

ilegal. Ya te expliqué, en este país la eutanasia está prohibida.

—¿De qué te la das, muñeca?, si le ponen morfina a todo el mundo. O pensás que los médicos de acá se quedan esperando que la gente muera naturalmente mientras las enfermeras sirven café y les reparten pañuelitos de papel a los parientes.

—Por favor, María Dolores, no hables con nadie. Si llego a perder este trabajo, no vamos a tener de qué vivir.

—No te preocupes, yo siempre digo que trabajás en un lugar de retiro.

—Dejémoslo así, decime cuánto necesita la portera.

—Sesenta mil. Los gastos suben, Nena, la consulta de Guedel también aumentó.

—Mañana te mando un giro.

—Dale, en unos días estoy por allá, ¿me venís a buscar?

—Claro, tenés que entrar conmigo a Bernina, nadie llega así como así. Nos vemos en el aeropuerto.

Mientras tanto, Lucio puso a hervir dos pocillos de arroz integral.

—Pura fibra —dijo como suspirando de amor.

No sé para qué tenía que mencionar a cada rato las virtudes del arroz integral.

—No tengo hambre, Lucio.

La comida saludable podría ser la metáfora de mi matrimonio insalubre, pensé. Y me escapé mentalmente, cerré los ojos, me imaginé viviendo en Roma con Matías. Vi la noche, los puentes, las luces amarillas reflejadas en el río.

—¿Te sirvo?

—Gracias, Lucio. De verdad, no tengo hambre.

—Bueno, no está de más el ayuno de vez en cuando. ¿Escuchaste hablar del ayuno intermitente?

Se había resignado, por suerte. Yo sentía que si probaba un grano de arroz integral, iba a desintegrarme. Ese día me daban ganas de drogarme, emborracharme, fugarme. Morite, Lucio. Fui al living con un libro y me recosté en el sillón. Dos imágenes me atormentaban, la madre de Matías y mi padre desvistiéndose en el balcón. Dos

plomadas, dos lastres. Ni hablar de lo que me esperaba con la llegada de María Dolores. Cerré los ojos y el libro.

Siempre había sido buena imaginando, pero Matías me ayudó a perfeccionarlo. Si me quejaba del frío, proponía que jugáramos al verano. Me había hecho entender que el verano no paraba de emitir simulacros de sí mismo, membranas que poseían sus mismas cualidades, el aire, el perfume, todo se podía recuperar si la fantasía funcionaba debidamente. Eso sí, para ser experta en fugas imaginarias, tenía que saber capturar cada detalle. Si necesitaba estar con él cuando él no estaba, podía pensar en el cuarto oscuro, en cada foto; concentrarme en el colchón donde nos acostábamos, palpar todos sus resortes y puntos de capitón; recordar cada libro y cada revista de fotos que había en la biblioteca; visualizar el mandala que arañaba el gato de Yolanda, la forma, el color; respirar suavemente y percibir el perfume de las plantas que crecían en el jardín de atrás.

Lucio se acercó con una manta y una taza de té. Ningún matrimonio se sostendría si existiera la adivinación del pensamiento, estoy segura. Tan segura como que cualquier marido, por más bueno y comprensivo que sea, es capaz de demoler el castillo de tu imaginación en menos de un segundo. Es el caso de Lucio, cada vez que me ve sola y en silencio, despliega amabilidades insólitas. ¿A quién le importa el té verde? *Hermana, te lo digo así, de una, si seguís tomando esas yerbas que prepara tu marido, te vas a enfermar.*

—Si no vas a comer nada, por lo menos hidratate, Nena —dijo Lucio.

Me caigo muerta y me levanto, ¿me casé con una caricatura? Morite de una vez, quería gritar.

Pasé una semana interminable sin ver a Matías, hasta que una tarde decidió llamarme por teléfono para decir que había salido del encierro y se sentía como nuevo, tenía una gran idea, quería que hiciéramos un viaje en barco. Plan barco. Y otra idea mejor, la de encontrarnos un rato más tarde en el velero abandonado. Plan velero. Le parecía excitante. Yo no quería arruinar el momento, pero no me parecía nada estimulante que nos encontráramos en un velero roñoso y tampoco me

interesaba viajar en barco.

—No sé, Matías, por qué te da por ir al mar.

—No seas injusta, Celeste, el mar nos juntó, vendría a ser el sacerdote de nuestra boda secreta, ¿o me vas a decir que necesitás pasar por el Civil para sentirte comprometida?, eso ya lo hiciste con Lucio y mirá cómo te fue.

Detestaba la chicana, la suya, la mía, la de cualquiera. Miré el anillo de casamiento, helado brillo lunar, oro blanco, nada de platino. Al menos el brillante es precioso, me dije. Y no me vengan con eso de que es falso porque la abuela de Lucio lo usó durante ochenta años y el brillo sigue igual. Ironía, lo que aparecía en estos casos era la ironía, algo que también yo detestaba:

—Vos pensás que me fue mal con Lucio… ¿y por casa cómo andamos? —le pregunté.

Era el colmo de la expresividad poner signos de interrogación con un suspiro y esperar la respuesta:

—No empecemos, te dije que Cecilia no significa nada para mí.

Bien, vamos bien, eso era lo que yo quería escuchar.

—Al velero no voy, pero acepto el plan barco —le dije.

—¡Esa es mi chica! —gritó.

28

Una tarde lluviosa Cecilia llegó al estudio, tocó el timbre y gritó detrás de la puerta hasta quedar prácticamente afónica. A Matías se le ocurrió que podía esconderme en el lavadero.

—¿En el lavadero?, ni loca.

—Dale, Celeste. No seas chiquilina.

¿Chiquilina? Ojalá, pensé. Cómo iba a ser chiquilina si siempre había sido un alma vieja. Ahora, más que antes, el tiempo se hacía sentir en la piel de la cara, en el abdomen, a veces la vida me tenía un poco cansada, pero no iba a esconderme en el lavadero como si fuera una cucaracha. Decidí meterme en el baño. No bien puse un pie, me di cuenta de que ahí no había dónde esconderse. Me senté en la bañadera, detrás de la mampara. Seguía lloviendo. Maldije la lluvia y su naturaleza romántica. La lluvia desata pasiones, siempre lo supe. Cuando llueve, puede ocurrir que la mujer de tu amante toque el timbre sin quitar el dedo del botón y te lo haga escuchar como si estuvieras en guerra y sonara la alarma para ir al refugio. Tenés que protegerte antes de que empiece el bombardeo, sobre todo si la mujer en cuestión sabe que el marido decidió dormir una siestita en su estudio, vaya una a saber con quién. ¿Será con la médica que trabaja en la Riviere? ¿Será con Liza, la que atiende el Alma mía? Me pregunto si habrá muchas mujeres como Cecilia, posesivas, escandalosas y emotivas hasta lo insoportable.

—¿Qué pasa, Cecilia? —escuché que Matías le preguntaba.

—¡Abrí la puerta!

—No puedo, estoy revelando, ¿qué necesitás?

—¿Qué necesito? Te fuiste de casa ayer a las seis de la tarde y todavía no volviste, ni siquiera me llamaste. Pensás que no entiendo, que no tengo neuronas para darme cuenta de que estás con alguien. Abrí la puerta, Matías.

Desde mi escondite, lo único que escuché con claridad fue la palabra

neuronas. Pensé inmediatamente en dendritas, axones, sinapsis. Imaginé chispazos en la cabeza de Cecilia, trabajando a toda velocidad en el cálculo de sacarme del medio. *Ya sabés lo que tenés que hacer, poné a llenar la bañadera, desnudate y esperalo con el agua calentita. Usá el duchador, muñeca, como te expliqué, para ir entrando en clima.* Después de todo, pensé, ¿quién es ella en la vida de él?, ¿qué comparten? Matías y yo tomábamos el mismo café recalentado, comíamos las mismas galletitas húmedas, mirábamos las mismas películas y sufríamos la prohibición de caminar juntos por la misma vereda. Qué limitación, realmente. Cuando salíamos del estudio, yo fingía deambular y él hacía como que se iba, pero antes de llegar a la esquina tropezábamos uno con el otro como si nuestra propia escaramuza nos juntara. Salíamos poco, eso sí, y cuando lo hacíamos, mirábamos hacia todas partes calculando los pasos que había que dar para no cruzarnos con alguien. Si entrábamos al Inmaculado, nos sentábamos en mesas distintas, suficientemente cerca una silla de la otra para poder decirnos algo. ¿Qué tal está el café con crema? ¿Se arreglará el tiempo?

Reconozco que, cuando Matías abrió la puerta del estudio y dejó entrar a Cecilia, me sentí muy invadida. Desde el baño escuché que trataba de persuadirla, hablándole serenamente. Este pibe es un mentiroso, sabe engañar, inventa situaciones con una naturalidad impactante, pensé. Seguramente le gustaba saber que yo lo esperaba detrás de una mampara transparente que de ninguna manera habría podido ocultarme si a Cecilia se le ocurría pasar por el baño. Pero cómo son las cosas, al principio yo creía que Cecilia era alguien importante en la vida de Matías. Había entendido ese asunto de una manera y de pronto la realidad se inclinaba a mi favor mostrando otra arista. Bien, voy bien, pensé, Matías la despachó. Apenas ella salió del estudio, con un golpe en la puerta que hizo temblar las paredes, Matías me buscó en el lavadero pero me encontró en el baño. En un tris quedamos desvestidos. Yo había llenado la bañadera con un hilo de agua para que el sonido se confundiera con la lluvia. Nacía el hábito de hacer el amor en la bañadera. No podíamos ser más felices. Qué importa el resto de la gente, decíamos. Era como si perdiéramos de a poco la razón, igual que los viejos. La realidad se nos ponía de

frente como un dato irrelevante, lo verdadero y lo falso parecían una sola cosa unida. Nuestro encuentro podía borrar cualquier compromiso. La infidelidad perdió estatuto, cambió de signo, se estaba convirtiendo en un hecho natural. A veces, sumergidos en el agua, nos echábamos jabón en los ojos para quedar ciegos por un rato, Matías me decía que en esos momentos la vista era algo superfluo, reposaba en la ilusión de los niños que se tapan los ojos para ocultarse, convencidos de que nadie los ve. Lo mismo que yo, cada vez que me pongo anteojos de sol y pienso que nadie va a reconocerme. Ciega por un rato, debajo de Matías, encima de Matías, oliendo a jabón de glicerina como si fuese un poderoso afrodisíaco, me acordaba de Cecilia y pensaba, con la autoridad de una amante verdadera, que las dos no cabíamos en el mismo mundo.

Lucio tampoco cabía. Aquella tarde de lluvia regresé a casa y lo encontré empeñado en resolver una traducción que parecía imposible. Me conmovió. Se esfuerza, trabaja mucho. Cuando me escuchó entrar, dejó los papeles a un lado y me pidió un té. Té verde. ¿Cuál? Imposible adivinarlo. En el interior de una caja guardaba té verde con melón, con naranja y lima, con menta y jengibre, con frutos del bosque y con manzanilla para la digestión.

—¿Cuál querés, Lucio?

—Té verde puro —dijo.

Puro. Todo lo de él es puro. Mientras yo era traspasada, volteada casi, por una sensación que bajaba hasta el estómago y se expandía hacia la punta de mis pies con la imagen de Matías en la bañadera. Su figura aparecía como fotos sensuales en el aire. Me veía con él en el cuarto oscuro, en la cocina, en el jardín. Me hacía pensar que todo eso era lo auténtico y nosotros solamente una ilusión que flotaba, dos almas con vestimenta propia.

Preparo el té.

—¿Te costaría mucho dejarlo treinta segundos más, Nena?

No fui capaz de contar treinta segundos, pero le aseguré que el té verde estaba en su punto, con todas las catequinas y polifenoles garantizando su valor antioxidante. Me había adaptado a mentir y a

salir del paso para ganar tranquilidad matrimonial. Las viudas dicen que esa clase de tranquilidad no se encuentra en cualquier parte; creen que separarse no es lo mejor, por los niños, por las plantas, por el perro, por el gato. ¿Para qué deshacerlo todo?, conviene vencer la tentación. ¿Cómo explicarlo?, no tengo hijos ni mascotas, solo algunas plantas que no me importan nada y debe de ser por eso que arrastro la infidelidad como un vestido de cola. Al principio no fue fácil, pero después me acostumbré, llegué a justificarlo. Se lo merece, Lucio se lo merece, pensaba. Y yo merezco tener otra vida. Sin embargo, no estaba preparada para enfrentar una separación. ¿Por qué será?, me pregunté varias veces. ¿Alcanzaba con captar un hecho simple, como las arrugas en la cara de los ancianos, una curvatura en la columna, una fisura en la memoria mediata, cualquier pequeño acontecimiento era suficiente para advertir el peligro de envejecer a solas? No, no era eso. Existía un motivo, oculto y contundente, si me separaba de Lucio, Matías dejaría de ser un amor prohibido. ¿Y qué sería? ¿Un pibe más?

29

Echo la cabeza hacia atrás para reírme de algo que Matías está diciendo. Me pregunta si quiero ser madre. ¿A quién se le ocurre?, te confundiste conmigo, pensé. No hay un solo hueso maternal en todo mi ser, estoy convencida de que el embarazo es un ataque histérico. También puede ser un acto heroico y subversivo, pero no es para mí. Si Lucio fuera cualquier cosa menos lo que es, seríamos lo suficientemente felices para tener un hijo, o suficientemente despreocupados para procrear por instinto.

—Antes que tener un hijo, prefiero que hagamos ese viaje en barco que me propusiste el otro día —le contesté.

Se escabulle en el colchón del cuarto oscuro y hacemos el amor en la posición que él quiere, durante el tiempo que él quiere y de la manera que él elige. No me importa que sea así porque coincidimos, nos gusta la misma mezcla de intensidad y delicadeza. Antes habíamos hablado de su trabajo, nunca del mío. Revisamos las últimas fotos que había sacado para la revista el día que nos conocimos: peces boquiabiertos en el último aleteo y otros rastros de la marea roja. Casi llegué a bendecir aquella madrugada en la escollera. Fuimos después a la cocina y tomamos café. Caía la lluvia en el jardín de atrás, sin rastros de la Lorente y sin los gritos de Cecilia, comenzamos a programar el viaje.

¿A qué hora saldríamos? ¿A qué hora regresaríamos? ¿Cuál era el mejor destino? Había solo tres barcazas en el puerto: La Impávida, El Gran Azul y El Oráculo. Matías tenía influencias y le sobraba el dinero, podía conseguir cualquiera de las tres, con marinero y todo. ¿El destino?, de Paso Bernina a Puerto Calandria, un día nublado y fresco, cuando los guardias estuvieran distraídos, cuando ni Cecilia ni Lucio se animaran a asomar la nariz a la calle, y cuando hubiera llovido lo suficiente para que los vidrios del Inmaculado estuvieran empañados y ninguno de los que frecuentaban el bar nos viera zarpar.

Elegí El Oráculo, me parecía misterioso y profético. Supuse que La Impávida, con ese nombre, no iba a tener equilibrio para reaccionar en caso de tormenta. El Gran Azul me daba inseguridad, su color podía confundirse con el mar y, en caso de necesitar un rescate, nadie iba a encontrarnos.

Matías celebró mi decisión:

—Me gusta ese barco, voy a averiguar si está en condiciones.

Nos besamos con gusto a café recalentado. Yo le decía que sus besos eran lo que más me gustaba en el mundo. Me sentía muy cerca de Matías y cuando habló de tener hijos se produjo una unión insólita, familiar. Incluso, me animé a confesarle que los viajes en barco me mareaban, me daban ganas de vomitar. Tenía que hablar con el homeópata para que me recetara unas gotas de Sepia. Lo dije sinceramente, pero él supuso que lo decía buscando protección y me abrazó con una fuerza sólida como no me había abrazado nunca nadie. No sé qué me pasa con vos, Celeste, me tenés loco, me dijo, lo único que me interesa es estar al lado tuyo en este cubículo de tres por tres. *Cuidado, muñeca. De día se hacen los poetas con la amante y de noche duermen con la legítima. No le creas, no te compres una novela turca.*

En los encuentros, Matías me hablaba de sus fantasías, no pretendía obstaculizar las mías, con él tenía que ser libre y atrevida. Le gustaba cómo yo era, no lo frenaba nada. Aunque de vez en cuando, el duelo por su madre lo llamaba a hundirse en un estado melancólico en el que parecía haber descubierto un placer morboso. No obstante, por encima de la tristeza, divertirse era su referencia, la base de sus acciones. *Ahí lo tenés, hermana, este pibe es un bipolar*. Le gustaba saber que Cecilia lo perseguía, jugaban el juego del gato y el ratón.

—Lo que te pasa a vos con el mar es algo muy raro, Celeste.

—No creas —contesté.

—Yo no conozco a nadie que tenga ese rechazo por el mar.

—¿Cuánto tiempo hay que navegar para llegar a Puerto Calandria?

—No importa, ¿desde cuándo te preocupa el tiempo? Yo descubrí que el tiempo debajo del mar es distinto al tiempo común.

A mí el mar no me interesaba ni por arriba ni por abajo, pero hice como que sí:

—¿Cómo sería? —le pregunté.

—No te lo puedo explicar, tenés que vivirlo.

La mayor ilusión de Matías era viajar conmigo en el Golden Shark, un submarino turístico que tenía autorización para acercarse a Bernina al terminar el verano. Me había prometido que haríamos esa experiencia y sería inolvidable.

Antes del viaje lo pasé mal. Todo el tiempo pensando en los peligros. Cuando fui a retirar las gotas para el mareo, Krofman me explicó que abismarse con la idea del mar sin estar en el mar era algo que se llamaba sentimiento oceánico, una especie de ventana abierta a la trascendencia. Krofman es un poco místico. Puede ser, doctor, le contesté, pero debería dejar de pensar en la ola gigante, en el pulpo de anillos azules y en los tentáculos de las medusas que, según decía mi mamá, son los seres más letales del planeta.

Pasé horas imaginando tormentas marinas, eran frecuentes en la zona. Me preguntaba si mis mareos y mi vértigo iban a solucionarse con la Sepia en gotas. Rogaba que sí. Lo único que me aliviaba, era saber que al lado de Matías todo era un juego y daba lo mismo navegar en una barcaza antigua, en una cáscara de nuez o en el interior de una botella. Es increíble, un amante te hace aceptar lo inaceptable, te invita con serena cortesía a dar una vueltita por el mar y le decís que sí. A Matías no podía decirle que no. Y el hecho de ir más allá de mi voluntad convertía el viaje en un acto heroico, vigorizante. Antes de conocerlo, yo vivía en una calma perniciosa, temiendo que todo se redujera a lo que pasaba dentro de casa. Volví a mirar el anillo de compromiso, el pequeño brillante. Cómo decir que no a la cajita azul que lo contenía, cómo decir que realmente era otra cosa lo que una mujer debía desear al cumplir treinta y siete años. Bien mirado, hay que ser cursi para pedir como deseo casarse antes de los cuarenta.

30

Nos encontramos a las tres de la tarde en el puerto, bajo un cielo nublado, con la bandada de halcones revoloteando, el viento soplando a lo loco y los guardias distraídos en el revuelo que había provocado Elenita al simular el robo de su monedero en la puerta de la farmacia. No creí que fuera capaz, pero lo hizo. Unos días antes, le había pedido que representara el papel de viejecita asaltada y se convirtiera, por un rato, en el foco de atención de los guardias; su misión era atraerlos para que estuvieran a las tres de la tarde en la calle principal. Elenita sabía el trabajo que daba escaparse y pasar el día a solas con un amante, aceptó sin dudar:

—Te hago la gamba, pero lo de viejecita me lo voy a ahorrar.

—Gracias, Elena, mil gracias.

—De nada, Nena. ¡Arriba los corazones!

Matías llegó al muelle con un gorro, guantes de lana y una botella de vodka para palear el frío. Nos abrazamos con una urgencia que nunca había experimentado, alcanzó para borrar de mi cabeza a Lucio, a Cecilia, a la Lorente y al pueblo entero. Caminamos hasta el barco por las rocas. Nos esperaba un anciano todo vestido con traje de marinero y gorra con visera. Nos indicó cómo subir, encendió el motor débil de la barcaza y zarpamos.

Cualquiera que mirase detenidamente la cubierta habría podido distinguir a los amantes escapando de Bernina. No sé si llamarlo audacia, pero sí, fue audaz lo que hicimos aquel día, conducidos por un hombre demasiado enclenque.

Bernina es un pueblo dominado por la reclusión, parecía un milagro salir sin que nadie nos viera. De aquel momento en el barco que se iba, recuerdo el faro, su delgada sombra sobre el muelle, el planeo de un cóndor, el mundo algodonado que se apretaba contra el acantilado y el

bosque andino envuelto en aguanieve. Era una perspectiva nueva, observar el cuadro desde otro ángulo. Nada de esto es ajeno, pensé. Tenía el encanto de lo que algún día iba a abandonar.

Nos alejamos de la costa, hicimos un largo trecho abrazados y en silencio. Matías se sentía feliz. Se rehízo varias veces contra la angustia y el duelo antes de vestirse como un dandi para navegar conmigo en la barcaza. Me mareo al recordarlo, vuelvo a sufrir el sentimiento oceánico y lo revivo, estoy en la cubierta de El Oráculo, parece de papel por cómo se mueve, no quiero pensar cómo será cuando estemos mar adentro, no sé si es prudente lanzarnos a la aventura, el mar es impredecible, parece tranquilo y de pronto se enfurece. Necesito encerrarme en el camarote. *Por supuesto, muñeca, metete en el camarote con ese pibe, ¿el marinero que tal está?* De lo que me arrepiento es de haberle hecho caso al homeópata y haber traído solamente Sepia en gotas en vez de tener a mano alguna píldora contra el mareo. A quién se le ocurre. Ahora tengo miedo de vomitar, aunque se lo advertí, sería un papelón. Con Lucio tengo confianza, no me da ninguna vergüenza vomitar al lado de él. *No digas eso, hermana, Lucio se pondría a limpiar el piso, o peor, te haría vomitar en un baldecito para que no ensucies nada.*

Aún mareada y con mal tiempo, cada elemento de la tarde me aparta del encierro que vivo en Bernina, siempre ocultándome de Cecilia y evitando a los vecinos de la planta baja, Roberto y Yolanda, casados desde hace cincuenta y siete años, sin perderse de vista un solo día. Una manera excesiva de juntarse, dice Matías. Con frecuencia los encuentro a la salida del cine y me piden que los lleve en auto hasta una zona rocosa del acantilado, quieren descubrir la ubicación exacta del nido de halcones. Yolanda apenas puede moverse, camina con un andador. En cambio Roberto se mantiene ágil, su meta es acompañar el paso lento de su esposa y sentarse a tomar mate con ella. Y si un día Yolanda se olvida de preparar el mate, Roberto cree que está muerto y tengo que ir corriendo a tomarle el pulso. ¿Será un triunfo la rutina matrimonial?, ¿un logro sobre los años? Los años son una limitación. Matías no quiere limitarse en nada. Me había prometido que, por más excesiva que fuera nuestra manera de juntarnos, nunca sería un encierro para ninguno de los dos, nunca

dejaríamos de ser amantes.

—No vamos a mover la realidad, Celeste, no queremos trámites de divorcios, traumas de separación y todo eso que hace la gente cuando se aburre. Nosotros tenemos una conexión distinta.

Estoy concentrada en sus palabras, me olvido del mareo:

—No sé qué decirte, por más que tengamos una conexión distinta, vos vas a seguir casado con Cecilia, ¿o no? Decime, ¿la extrañás cuando se va a visitar a los padres?

Se puso serio, muy serio, dijo que, si íbamos a hablar de añoranzas, teníamos que hablar de su madre. La única persona que él añora. Todavía la busca en la nieve; una noche creyó detectar sus pasos, un domingo le pareció escucharla. Vive en Bernina con la ilusión de verla otra vez.

¡Ay!, suspiré y me hundí como si quisiera disminuir de tamaño y ocultarme hasta desaparecer. Había decidido no pensar más en esa mujer, pero de golpe se me impuso la imagen de una aguja clavada en su brazo y el suero circulando por sus venas. Y pensé en la incongruencia de la vida, que a veces busca amparo en la mano que nos va a matar, como dice una escritora. A la Lorente no había manera de esquivarla. La tensión entre Matías y yo se disipó por un instante, pero fue sustituida por algo peor y, de pronto, una especie de laxitud parecía indicar mi rendición completa. Matías, por favor, decime si pensás que fui yo la encargada de darle el suero a tu mamá. Y ya que estamos, decime si estás conmigo para vengarte y hacérmela pagar, hubiera querido preguntarle. *Rezo para que no abras la boca.* Me contuve, por supuesto. Preferí hablar de Cecilia, era menos peligrosa, tenía otro puesto en la vida de Matías, con buena ubicación, pero sin pompas ni privilegios.

—No me cambies de tema, decime si a ella la querés más que a mí.

—¿Cómo se te ocurre?

Comenzó a decir que cuando su mujer estaba en la casa de los padres, él podía hacer todo lo que ella no quería que él hiciera.

—¿Cómo qué? —le pregunté.

—Si duermo con mi perro, le molesta; como fideos con pesto, el ajo le da asco; dejo la ropa tirada, no aguanta el desorden; hago el amor con vos, y si se entera me mata.

Abrió la botella de vodka, miró el cielo y me lo enseñó con un gesto amplio de la mano. Sacó fotografías del mar, para él era algo grandioso. Para mí, la causa del mareo en el vaivén de una barcaza.

Bajamos luego al camarote, nos besamos, nos desvestimos. *Tocalo, decile algo sexy, tenés que poder más que la Chechu, más que la madre, tenés que ser la primera.* Sorpresa. Ocurre algo inesperado, mientras hacemos el amor, no me mareo y tampoco tengo náuseas.

Al rato, el marinero golpea la puerta del camarote para decir que nos pongamos los salvavidas, entramos en mar abierto, se aproxima una tormenta. Matías se envuelve en la manta, abandona la cucheta, se acerca al ojo de buey y busca su cámara de fotos.

—Jurame que soy tu preferida —le digo mientras me visto.

—Te lo juro, me quedaría a vivir con vos en Puerto Calandria.

—¿Cuánto tiempo?

—Tres meses, ponele.

Un relámpago ilumina la cucheta y le creo, creo que soy importante en su vida, por algo aparece el relámpago en este momento, es una señal, me digo. Me lleva un segundo entender que la barcaza se mueve descontroladamente y todavía no empecé a vomitar. Agito el gotero, tomo dos gotas de Sepia; Matías se ríe, dice que me curo con un color. Continúa sacando fotos desde el ojo de buey. Vuelve el mareo. Salgo del camarote que huele a humedad, necesito tomar aire. Llego a la cubierta. Veo lejana la bahía de Puerto Calandria, lejana y envuelta en nubes oscuras, hay una sola nube blanca con forma de oso. Me quedo allí, bamboleándome, agarrada de una baranda. Matías viene hacia donde estoy; en el trayecto, choca con algo y se sostiene de una soga. Llega, me agarra por la espalda y me obliga a ponerme el salvavidas, lo ajusta con sencillez a mi cintura. Miramos los dos el mismo punto, una costa inalcanzable, un mar poderoso. Juega con la escena de *Titanic*; el viento despeja su cara y la descubro. Tiene una cara perfecta, lo mismo que la sombra de la barba, y ni hablar del descuido del suéter azul sobre la remera blanca que asoma por debajo, todo es suave al tacto. Impecable, perfumado, pasta de dientes con sabor a frutilla. El viento no para y el marinero desatiende el radar, es un

hombre muy mayor, de piel blanca y manos huesudas. Sigo atentamente sus movimientos, sospecho que no quiere mostrarse preocupado, pero ese temblor, esa rigidez, esa pérdida de control, son las del párkinson, no tengo dudas. También le tiembla un poco la cabeza. Ahora sí, El Oráculo se está convirtiendo en un barquito de juguete, giran la tierra y el océano entero. Quedo inmóvil. Matías parece entusiasmado, presiente en el mapa un mundo distinto, cree que encontraremos nuevas islas, archipiélagos y cavernas. Intenta abrazarme más fuerte, pero el salvavidas lo impide. Hablamos a los gritos porque alrededor nuestro soplan ráfagas de viento con una fuerza que corta la respiración y se lleva las voces a otra parte.

—¡Matías!

—¿Qué?

—Mirá si damos la vuelta campana.

—¡Ojalá!

El marinero pide que regresemos al camarote, hay demasiado oleaje, es un riesgo quedarse en cubierta.

Matías grita:

—Bajemos, Celeste, saquémonos estos salvavidas incómodos y que la vuelta campana nos encuentre ya sabés cómo.

—No puedo moverme, estoy muy mareada.

—Juguemos a que si damos la vuelta campana lo dejás a Lucio y te quedás conmigo para siempre.

Qué curioso, pensé. Es tan proclive a la ficción y sin embargo no puede imaginarme al lado de Lucio. Vive con el desamparo de un hombre solo. *Dejame que te explique, muñeca, no hay que confiar en un casado, no le creas nada, no está solo, vive con otra y es igual que todos, quiere tener dos mujeres.*

No escuchamos al marinero, lo ignoramos, nos quedamos en la cubierta agarrados uno del otro, empapados de aguanieve. De repente, El Oráculo da una sacudida y el mar tiembla hasta la última línea del horizonte.

—¡Vamos! —grita Matías—, peor debe ser morir quemado.

—¡Vamos! ¡Arriba los corazones!

31

Más tarde, la tormenta se alejaba y el mar, como si hubiera desaparecido, se volvió tranquilo, azul, espectáculo. Matías recorría la proa, acomodaba redes y toneles, sacaba fotos de cada cosa. Me senté en la escalera de acceso al camarote, seguía mareada.

Matías atacaba de nuevo:

—¿Cuánto hace que te casaste?

—Demasiado, lo cuento en horas le dije.

Qué coraje, casarme por el hecho de estar casada. Cuánto tiempo perdido, sin momentos interesantes, sin esperar nada, digiriendo comida de astronauta, pensé.

—¿Tienen relaciones? —preguntó Matías.

Un marido difiere de sí mismo según las épocas, estuve por decirle, pero quise explicárselo con otras palabras:

—Al principio las teníamos, ahora nuestros encuentros son como una revisación médica, los llevo a cabo con desapego profesional.

—No te creo.

—Creeme, somos compañeros de vivienda, para mí Lucio es como un anciano más.

No parecía conforme con mi respuesta:

—Un anciano que te mira con ganas —dijo.

—Solo de vez en cuando.

Matías quería saber qué significaba la sexualidad para un anciano. Se preguntaba si Roberto y Yolanda tendrían relaciones, ¿cómo serían a esa edad? *Buen pronóstico, le importa el sexo a futuro.* Mi cabeza estaba en otro lado, la sexualidad en la vejez no figuraba en el catálogo de mis preocupaciones:

—No sé, Matías, hay cosas que ocurren entre la gente mayor que ni vos ni yo podemos imaginar.

—¿Vas a tener relaciones cuando seas vieja?

—Con vos sí, te juro que sí, lo pediría como primer deseo en mi

cumple de ochenta y cinco.

El mar se extendía frente a nosotros. Lejos, difuminado, sobresalía el perfil de la cordillera. Nunca llegaríamos a Puerto Calandria. Alcanzaba con mirar alrededor para entenderlo, la niebla estaba devorando El Oráculo. Esa niebla que nos rodeaba no era grata, no era una fina capa de muselina. Matías no la dejó pasar, buscó su máquina y le sacó fotos.

El marinero decidió continuar hacia el este, bordeó la península y se acercó a una pequeña isla acosada por aluviones y abandonada por todos los gobiernos. En un islario argentino Matías había leído que esa isla estaba ocupada por almas de antiguos mapuches y todavía alojaba cruces ladeadas que se elevaban secretas sobre la nieve.

No pudimos llegar a la orilla. El Oráculo era fuerte, el mar nunca lo vio vencido, pero de pronto, escuchamos un ruido seco que venía del casco y se estremeció. Sufrimos un naufragio pasajero, hay que solucionar algo del motor antes de arrancar, dijo el marinero mientras ponía sus manos a la obra.

Pero Matías no pensaba retroceder, se sentía atraído por las versiones que había leído en el islario y quería explorar el lugar, obtener buenas fotos para la revista. De pronto, como si se hubiese iluminado, dijo que podíamos llegar en el bote salvavidas. Remar daba sosiego, eran noventa metros, nada grave. ¿Podemos?, le preguntó al marinero. Puso un pie tras otro y antes de escuchar la respuesta lanzó el bote al mar.

Mientras tanto el sol, como una enorme bola roja, aparecía y desaparecía entre las montañas desarmando los bancos de niebla. Media cordillera se disolvió en la bruma de nieve y solo alguna cima reapareció alternativamente durante unos segundos para luego ocultarse otra vez.

—Celeste, decime si alguna vez estuviste en un lugar así.

Uf, de nuevo el paisaje, pensé. Igual que la mayoría de la gente, Matías se conmovía ante los eventos naturales. Observé con indiferencia aquella vista, hacía mucho que me había cansado de los deleites del sur, me parecían regiones impenetrables, lánguidas, me

hartaban. Con frecuencia tenía la tentación de querer dejarlo todo, pero alcanzaba con recordar la avenida Rivadavia para reconciliarme inmediatamente con Bernina y sus alrededores.

—No, nunca estuve en un lugar así —contesté.

Matías comenzó a remar en silencio. Cuando íbamos en el bote salvavidas era todo silencio.

Nos detuvimos donde comenzaba la playa. Abandonamos el bote, el agua hielo nos llegaba a los tobillos. Matías se ajustó la chaqueta de pelo de camello, me prestó su gorro y los guantes de lana de buena calidad, suaves como todo lo suyo. No puedo decir que no tuve miedo de espiar aquel silencio salvaje, su quietud, pero sí podría decir que no me importó tenerlo al sortear pendientes nevadas y solitarias que justificaban dignamente el nombre del lugar: isla Vacía.

Nuestra marcha era lenta, a ciegas en lo blanco, sin tomar conciencia del terreno que pisábamos. No llegaban los sonidos, era como si el mundo habitado hubiese desaparecido. No había nada, excepto una casita de piedra. Nos refugiamos ahí. Hubiésemos entregado todo por una taza de chocolate caliente, pero solo disponíamos de media botella de vodka en la mochila. Rara vez tomábamos alcohol, preferíamos nuestra propia toxina. Además, a Matías el alcohol lo ponía melancólico. Es que había algo en Matías, una tristeza que aparecía y desaparecía. Y cuando estábamos en la casita de piedra, así nomás, de la nada, al filo del atardecer, volvió a hablar de la Lorente.

De nuevo la madre, pensé. No quería saber si los ojos verde adriático de Matías se llenaban de lágrimas, lloraban de frío o cambiaban de color cuando hablaba de ella. Es un traumatizado, por eso estará conmigo. Y por esa oscura ley de la misericordia que a veces gobierna mis actos, se me ocurrió decirle que, en determinadas ocasiones, la muerte podía ser bien recibida. Fue como si la tarde se iluminara y se abriese un paréntesis ante lo que venía anunciándose como lo peor. Cambiemos de tema, dijo. Y menos mal que lo dijo, porque yo no tenía palabras de consuelo ni condolencia ni pésame para ofrecerle. ¡Que se vaya al infierno tu mamá, que nos deje en paz!,

hubiese gritado. Hacía demasiado frío y había demasiada nada alrededor para andar lidiando con fantasmas. Un fantasma, era eso la Lorente, una muerta que no se resignaba. De repente, creí ver su sombra en la casita, quitándole el pelo de la frente a Matías, acariciándolo. *Devolvele los guantes, ¡no ves que tiene las manos frías!*, me dijo.

La cosa nunca termina antes del final y el final que buscaba Matías era fotografiar la caída de la tarde y regresar al barco antes del anochecer. Miraba a cada momento su reloj de marca controlando el tiempo. Oscureció. La chance de caer en una grieta y ser rescatados por el marinero octogenario era completamente nula. Recién estuvimos a salvo cuando descubrimos un camino de pinos alineados como un ejército con cascos de nieve. Aquel camino nos condujo hasta el mar. A la distancia, vimos el bote anaranjado y nos abrazamos de alegría. Para entonces el cielo se había iluminado con una nube impresionante de estrellas. No estuvo mal.

—¿Ves aquello que parece una mano?, es la nebulosa de Orión. Y esa que parece un águila con alas es su hermana, la negra de Orión —dijo Matías.

—Ah, mirá, qué lindo.

La verdad, a mí nunca me interesó la Vía Láctea, la perspectiva de inmensidad, ser lo mínimo en la galaxia o una mera espectadora del universo refugiada en el bastión de sus comodidades. No me importa nada de eso. Pero traté de mantener la cabeza en alto contemplando el espectáculo. La verdad es que cuando uno mira ese cielo, se puede hacer la vista gorda a cualquier desorden. No hay madre muerta que valga. Falta que estemos a salvo y regresemos al camarote, podamos desvestirnos y agarrarnos uno del otro hasta entrar en calor; no veo la hora, pensé.

La expedición duró más de lo previsto. Nunca habíamos vivido algo así, fue grandioso. Antes de llegar al camino de pinos, trepamos montículos, de lejos parecían paredes de alabastro. Había algo tierno

en el modo en que Matías hundía sus piernas larguísimas en la nieve, y cuando sonreía con la boca abierta y cuando extendía los brazos para ayudarme. Conocí el peligro, Matías me sostuvo todo el tiempo y estuve a punto de agradecérselo, aunque jamás hubiese admitido que sin él no contaba el cuento. Nos enterrábamos hasta las rodillas en la zona blanda, sin otra iluminación que una linterna y el cielo, y teníamos que detenernos para respirar de espaldas al viento. Todo ese peligro que vivimos en la isla me sedujo. Más tarde, en el barco, me confesó que tenía miedo de volver y tener que soportar la furia de Cecilia. Nos pasan cosas distintas, Matías, milagrosamente parecidas y también distintas, pensé. Yo tengo miedo de volver y descubrir a Lucio limpiando el piso de la cocina.

Decidimos regresar en la madrugada, cuando se nublara la noche, cuando a los guardias los hubiera vencido el sueño. Esperamos el momento en la proa, bajo una manta, tocándonos sin pudor ante el asombro del marinero. Al final, nos sorprendió el amanecer. Vimos el Sol desparramado en el océano, una franja de rosa flamenco, casi verde el horizonte, la Tierra creciendo hasta hacerse un globo.

32

En diciembre brotaron las flores, me sorprendió la desacostumbrada alegría que me dieron, principalmente los rosales de la colina, parecían ilustraciones de un cuento. Faltaba poco para la llegada de María Dolores, había sacado un vuelo nocturno y yo tenía que ir a buscarla al aeropuerto. Llamó para decirme que traería regalos:

—¿Qué compraste? —pregunté.

—Para vos, una lencería de color cobre que no te podés imaginar lo que es, lo mejor de todo Flores te compré. Y a Lucio le estoy llevando medio kilo de jengibre en polvo, ¿estará bien o le agrego unas cajas de vitamina C?

En aquellos días, mis noches se complicaron. Soñaba en tensión, con la boca apretada y los oídos poblados de rumores. Tenía pesadillas, sueños desagradables, que me quedaba ciega, que me tiraba al mar, que la Lorente aparecía en la puerta de casa. Me dolía la mente al despertar. Concentrarme en Matías, imaginar que vivíamos en Roma, hacía calor y caminábamos en la noche bajo las luces amarillas, no calmaba mi ansiedad. Pasaba la madrugada revolcándome en un sudor cálido que apestaba a desodorante floral.

Una noche soñé que mi hermana estaba con Matías en el casino del Imperial, jugando a la ruleta, moviendo su pelo rubio y sensual sobre el paño verde. Se había puesto una remera con escote pronunciado, se veía la puntilla de un corpiño con colores estridentes, en la gama mostaza. Sobre su piel había espolvoreado purpurina y se veía toda abrillantada; con la cara fresca, sin maquillar, solo un poco de rímel en las pestañas, los labios naturalmente rojos. Matías no podía resistirse, enloquecía por ella como todos los hombres que la miraban. Aquellas imágenes del sueño me dolieron. Es un ataque de celos, pensé. Matías era lo único que yo tenía, lo único verdaderamente mío, mi hermana no debía ni siquiera rozarlo.

Mientras soñaba, Lucio escuchaba mi respiración agitada y no sabía

cómo calmarme. Se levantaba, iba y venía de la cocina con una botellita de agua, infusiones de flores de tilo para entretener los nervios, un frasco de Sepia en glóbulos.

—Despertate, Nena, estás temblando decía.

Y cuanto más insistía, más rechazo me daba y más me hundía en el sueño. Un buen marido te ve mal por causas desconocidas y multiplica sus atenciones, no piensa que estás soñando con otro. Me aburre la ingenuidad del amor. Una noche consiguió despabilarme, me senté en la cama y tomé los glóbulos de Sepia 200 que me había traído, di vuelta la almohada y pasé a un sueño razonable que me permitió dormir hasta tarde. Soñé que viajaba con Matías en el submarino Golden Shark. Estábamos en el fondo del mar y veíamos pasar a los tiburones migratorios, plateados y decididos; ninguno se percataba de nuestra presencia. Los tiburones son libres, pensé, no les pertenecen a nadie, actúan sin ver. Me gustó encontrarlos en mi sueño, perdiéndose en la noche del océano. Matías y yo los mirábamos desde un ojo de buey, bajo la luz ámbar de nuestro Nautilus imaginario, íbamos hacia lo profundo, hacia lo más visceral del océano. Me habría quedado durmiendo y soñando durante veinticuatro horas. Lástima que, como prueba irrefutable de realidad, sentí la presión de Lucio en mi oído:

—Buen día, Nena. Te traje el desayuno.

Me senté en la cama:

—Gracias, Lucio.

—¿Necesitás otra dosis de Sepia o preferís consultarlo con tu homeópata? ¿Atiende por teléfono? ¿Querés que lo llame?

Mientras desayunaba, le prometí que regresaría al consultorio del doctor.

Llego a la consulta de Krofman enredada en mis sueños, preparada para someterme a su interrogatorio homeopático:

—¿Qué te está pasando?

—Me siento mal, doctor. María Dolores está por llegar y tengo celos y pesadillas espantosas. Sueño que Matías se enamora de ella.

—¿Cómo te despertás a la mañana?

—Con dolor de cabeza, me late la frente.

Krofman, con un gesto que expresaba sabe Dios qué hondura de interés y reflexión, hace una nueva pregunta:

—¿Cómo son tus celos?

—Incontrolables.

—¿De qué lado dormís cuando soñás?

La absurdidad del cuestionario me hacía pensar en un diagnóstico terrible.

—Del lado izquierdo, de espaldas a Lucio, ¿indica algo malo?

—Indica que no podés soñar de frente.

—Claro.

—¿Qué está pasando con Matías?

—Todo bien, hicimos el viaje en barco.

—Hablemos del viaje, ¿sufriste el sentimiento oceánico?

—Hubo algo peor.

—Te escucho.

—Creo que vi a la Lorente, no tenía forma de espectro. La vi acercándose a Matías y acariciándole el pelo. Me reprochaba algo, la escuché en mi cabeza.

—No es un fantasma.

—Parece que no.

—Entonces, ¿qué vendría a ser?

—Una muerta arrepentida.

—Y vos pensaste que podía ser una alucinación como las que sufre tu hermana.

—Sí, creo que sí.

Krofman anotó algo en su computadora, arqueó las cejas y decidió cambiar la dosis de Sepia. Arrancó con energía una hoja de su recetario y escribió: Sepia LM, dos gotas por día. Sentí, de pronto, un alivio irracional, como si el medicamento ya estuviera actuando, o mejor dicho, como si actuara la palabra del doctor antes que el medicamento.

Después de la consulta, subí a la Riviere con las imágenes de la Lorente rondándome, primero creí verla en el ascensor transparente y después caminando por la montaña hasta un pico nevado. Aquel día

no había nadie para morir. Todo el tiempo sentí que ella andaba por la zona.

Los días siguientes estuve luchando contra los celos y la sensación de peligro que me provocaba la llegada de María Dolores. Pero con la novena dosis de Sepia LM, el malestar desapareció. No necesité recurrir ni siquiera a la aspirina, los dolores de cabeza se esfumaron, también las visiones y las pesadillas. Incluso, me propuse recibir a mi hermana con alegría y decoré una habitación especialmente para ella. La Sepia es mi aliada, pensé. El concepto que yo tenía de la medicina tradicional no cambió, pero después de aquella experiencia, sufrió algunas modificaciones. Si la medicación homeopática conseguía mejoras en el estado físico y anímico, no tenía por qué desconsiderarla.

A los pocos días regresé al consultorio de Krofman con un nuevo propósito: mejorar el suero.

—Doctor, me siento bien, la Sepia LM funciona.

—Mejor así.

—Vine porque se me ocurrió algo.

—Te escucho.

—Me gustaría eliminar los estados psíquicos perturbadores. ¿No sería mejor que los huéspedes recibieran el suero sin nostalgia, sin desesperación? La nostalgia es una enfermedad, algunas personas la utilizan para morir atormentadas.

Krofman no perdía la oportunidad de interpretar:

—Y después se arrepienten de haber muerto, como la señora Lorente.

Había dado en el clavo.

—Exacto —le dije.

—¿Desde cuándo tenés la intención de eliminar la nostalgia?

—Desde que empecé a salir con Matías. Me aplasta la idea de haberle dado el suero a su madre, no quiero que me vea como un ave carroñera o que escuche mis pasos como la trayectoria de un ángel negro. De verdad, no quiero.

Krofman cerró la computadora, abandonó el escritorio y caminó hacia mí:

—El medicamento está actuando sobre tu egocentrismo, echa luz a

tu concepto de la misericordia.

Bien dicho, para mí la misericordia es un concepto, pensé.

—¿Misericordia? Puede ser. No lo había pensado, pero bueno, si usted lo dice, puede ser.

No sé si le creí. Tal vez no le creo a nadie. Y menos a Matías. Soy funcional en su vida, necesita superar el duelo y cree que lo va a lograr distrayéndose conmigo. Yo debería tener más cuidado, ser la amante de alguien que sufre supone experimentar compasión primero, pero después podría sobrevenir la impresión de haber sido utilizada. No importa, lo mío al lado de Matías es una guerra al estado de las cosas, a la dureza del invierno, a los guardias, al encierro. Matías es revivir. ¿Y Lucio qué es? Lucio no tiene definición, nuestra fórmula podría ser la de cualquier pareja estable: adaptarse al otro hasta convertirlo en un ser imprescindible. Qué mal. Si fuera esta la fórmula, tampoco la estaríamos logrando. Con Matías puedo conseguir todo, es un deseo concretado. Al principio me proponía juegos básicos, clichés juveniles. Armaba escenarios con un pañuelo de seda sobre la luz de una lámpara, un poco de pornografía, poca ropa en el cuarto oscuro, toqueteos en el cine. Vivía bajo el impulso de un niño interior que no lo dejaba madurar. Le gustaban los climas palaciegos. Cerrá los ojos, Celeste, me decía, escuchá la orquesta (una radio vieja que sonaba pésimo), salgamos del salón y vayamos a escondernos detrás del muro (una cortina estropeada por el gato de Yolanda), sacate la ropa que nadie se va a dar cuenta, te espero en el corredor espejado (un pasillo estrecho y oscuro donde solía dormir su perro). Dames era nuestro palacio real, la región vaga y adorable que habitábamos sin darnos cuenta si de verdad estaba ocurriendo lo que ocurría o era todo un sueño loco. Ahí no había vistas espectaculares ni pájaros dorados ni cristalería, era solamente un estudio con un colchón en el suelo y una mujer poca cosa que nos perseguía como si hacer sonar el timbre fuera el único entretenimiento de su vida. En el jardín, había dos bancos de piedra y una madre muerta que pretendía imponer su existencia a toda costa. Aterrador esto último, si uno lo piensa dos veces. Algunos dicen que regresar del más allá es un hecho natural para los que murieron

atormentados, y que su única autonomía depende de los vivos. ¿Cuántos muertos en estado de desesperación andarían por Bernina además de la Lorente? Tengo que hacer algo para evitarlo, le dije al homeópata.

Días después, bajo su estricta supervisión, logré disminuir la dosis de pentobarbital y agregar al suero un preparado con tres esencias naturales: adelfa, crisantemo y acónito. Probar no cuesta nada, dijo Lancy cuando se lo propuse, como queriendo decir que, de cualquier manera, ocurriría lo que tenía que ocurrir.

33

Era claro y natural, para el mundo médico alopático dos gotas de Sepia disueltas en medio vaso de agua significaban menos que la nada. Pero al tomar la novena dosis, regresaron a mis noches los sueños caribeños. Iba en un bote llamado Glorita, nadaba entre cardúmenes multicolores, me compraba un sombrero de playa, tomaba piña colada y volvía a ser reina de belleza. Pero la armonía duró poco, antes de establecerse apareció un nuevo e insólito problema: cada vez que pasaba la tarde con Matías, me costaba subir a la Riviere despeinada y alegre como un pájaro a encontrarme con los huéspedes. Después de jugar el juego que él proponía, experimentando la mezcla fabulosa de agotamiento sexual y euforia emotiva, no lograba vincularme como antes con los desafortunados.

Necesité contarle todo a mi amiga Elena, cualquier mujer que hubiera vivido una vida completa tenía que saber más que yo, más que un sabio consagrado al aislamiento en la montaña, más que mi hermana, más que el doctor Krofman.

—Elenita, estoy enamorada —le dije.

Ella había subido nuevamente a la Riviere. La encontré sentada en la cama, con diarios y revistas alrededor de una taza de té con leche. Le hice prometer que no le diría una palabra a nadie.

—Ya sabés, soy una tumba. No pienso hablar con las viudas, te lo juro. ¿Era eso lo que querías decirme la otra vez en la rambla?

—Sí, era algo de eso.

—Ay, qué suerte que tenés, contame, pero acercate un poco, a mí no me funciona eso de ser todo oídos.

Le hablé de Matías y del viaje a la isla Vacía y de los encuentros en el casino, en la cueva de las rocas, en las butacas del cine. Le dije que al principio había tenido miedo de que Matías fuera una alucinación,

una de esas que sufría mi hermana en sus delirios pasionales. Le conté que María Dolores hablaba en mi interior, penetraba como una locomotora en mi cabeza y me impulsaba a hacer cosas que yo nunca me había animado a hacer. Qué curioso, exclamó. También le conté que el sueño de Matías era viajar conmigo en el Golden Shark, un submarino turístico que salía de las islas Canarias y pasaba por Bernina al final del verano. Su reacción me dejó boquiabierta. Afuera había aparecido el halo rojo y brumoso que envolvía las tardes del pueblo. Las dos miramos el cielo, se había puesto impresionante. De pronto, interrumpió mi relato para decir que la tarde era preciosa y que le gustaría saber si el color que había en el cielo era el famoso escarlata, porque si era así, continuó diciendo, estaba dispuesta a recibir el suero ahora mismo.

Me deja sin palabras, no contesto. Elena aparta el diario, las revistas, se envuelve en una manta, sale de la cama con los anteojos en la mano y camina hacia el sillón:

—Seguí contando, querida.

Pasa cerca de mí.

—Estoy engañando a Lucio, ser infiel me hace bien, me pone contenta, soy otra persona desde que salgo con Matías. Lucio no me alcanza.

—¿Por qué lo elegiste?

—Me casé con el primero que encontré, tenía treinta y siete, no quería estar soltera a los cuarenta.

—¡Ay!, si yo tuviera cuarenta. Decime, ¿con el otro estás bien?

—Estoy tan feliz que me cuesta venir a trabajar.

—Lo del trabajo no importa. ¿Qué vas a hacer con tu matrimonio?, ¿te querés separar?, pensalo bien.

Parpadea, se hunde en el hueco del sillón como si quisiera achicarse y que nadie volviese a encontrarla. Pasan los minutos y sigue quieta, inmovilizada por algún pensamiento. Si entrara alguien a la habitación, juraría que Elenita dejó de respirar. Al rato, vuelve a animarse como si reaccionara después de un largo período de perplejidad. Se arregla el pelo, me dice que ella no es mediadora, no es una psicóloga y no es quién para dar consejos porque por algo está sola y dejó a todo el mundo plantado para venir a Bernina. Y sigue:

—Qué cielo fabuloso. Te animás a todo con un cielo así. Pero mirá, si vamos a hablar de temas amorosos, valdría la pena postergar el trámite. No es momento de recibir el suero. ¿Qué te parece si lo dejamos para otro día?

—Perfecto.

Conversamos, íntimas y relajadas, en el sillón de la suite. A cada momento pregunta si sé algo de Cristóbal; me siento obligada a repetir algunas frases, su hipoacusia empeoró en los últimos meses. Algo la inquieta, se ubica de espaldas al ventanal, le molesta el resplandor y me pide que le alcance otro par de anteojos, los de sol, esos que tienen marco violeta. Comienza a contar que a ella le pasó algo parecido a lo que a mí me está pasando, y que eso ocurrió en el año 1971, si mal no recuerda, por esa razón había fallecido su marido, por el disgusto.

—¿Viste la película *Infidelidad*, la de Richard Gere? Yo veo todas las de Richard Gere.

—La vi.

—Resulta que mi marido en vez de matar a mi amante, decidió enfermarse y morir, ¿a vos te parece? Alfredo siempre quiso llamar la atención.

La observo, sus manos todavía son jóvenes, su bata de color rosa descolorido da ternura por donde la mires. Ternura es algo que nunca siento, ni siquiera por los niños, pero con Elena sí.

—Nena, los matrimonios pasan por muchas etapas. Pero eso es algo que se entiende con el tiempo. A veces lo entendés tarde, cuando ya te separaste.

—¿Te parece?

—Estoy segura. Pero por las dudas preguntale a Felisa, a ver qué opina. Ya te dije que yo consejos no doy, no soy autoridad en nada, ni lo quiero ser. Ahora no sé ni siquiera decirte cuáles eran las etapas del matrimonio, me las olvidé, qué lástima.

—No puedo preguntarle a Felisa, Chiquita está siempre con ella, la sigue a todas partes.

—Qué desgracia, a Chiquita le gusta más criticar que guardar secretos.

—Elenita, por favor, ni una palabra de todo esto cuando estemos en el desayuno de la mesa redonda.

—Quedate tranquila. ¿Te puedo pedir algo?

—Lo que quieras.

—¿Podré ir con ustedes a ese viaje en submarino?

—¿Te gustaría? ¿En serio? Dalo por hecho, voy a pedir un permiso para que puedas venir.

—No sabés la ilusión que me da, me muero por conocer el fondo del mar, ¿te conté que a los veintiocho salí con un oceanógrafo?

—Sí, me contaste.

—Otra cosa te quiero pedir, después del procedimiento deberían tirar mis cenizas al mar. ¿Estás de acuerdo con eso? No quiero que vengan a buscarme y me lleven a una tumba con lomita, cruz y lápida. No me gustan esas cosas.

—Al mar, te lo prometo.

—¡Arriba los corazones!

Se levanta del sillón y regresa a la cama, lee el menú de la noche que las enfermeras dejaron sobre la mesa de luz, acompañado por una ramita de pino.

—Yo digo, estas chicas, las enfermeras, exageran un poco con esa vestimenta floreada, ¿no te parece? Nos quieren hacer creer que estamos en el cielo. Me aburren, no te imaginás cómo me aburren cuando me tratan como si fuera la abuelita.

—Yo tampoco las aguanto.

—Decime, ¿qué pasa si Felisa viene a comer conmigo esta noche?

—No pasa nada, hablo con el director y le pido permiso, sabés que Lancy te adora, lograste conquistarlo.

—Regio, si la ves a Felisa avisale que van a servir pollo al horno desmenuzado; y de postre hay budín de pan, acá lo hacen delicioso. Que se quede conmigo a mirar una película, ya que estamos. Viste lo que es esta pantalla de televisión, es un cine.

—Paso por el bar y le aviso.

—Que tome una ambulancia y se venga, decile que la espero. Y vos cuidate, Nena, que tu marido no te encuentre con ese chico.

—No, claro.

—Sabés que yo a veces creo que me arruiné la vida cuando me separé de Alfredo. Pero ahora no lo quiero pensar, quiero comer tranquila el pollo y el budín.

—¿Con crema? —pregunto.

—Mixto —contesta.

Elena me estaba mostrando algo cuando dijo que la separación le había arruinado la vida, igual que una modista podría insistir en que me llevase un retazo de seda fina para ver cómo me sienta frente al espejo de mi habitación.

—Andá, querida. Si Felisa está con Chiquita no le digas nada.

—¿De nuevo te peleaste con Chiquita?

—No quiero hablar con esa resentida. La trajeron por la fuerza, ¿sabías? Los volvió locos a sus hijos. No aceptaba ninguna internación, ninguna compañía, nada. Dice que cada vez que entró a un hospital, estuvo rodeada de desconocidos que ignoraban su nombre, no soportaba que le dijeran abuelita, mamita, queridita. Viste que te dicen esas cosas en los hospitales. Y parece que cuando vivía en su casa, se peleaba con todas las cuidadoras, caían en desgracia una por una. Yo a mis hijos nunca los molesté. Me vine derecho para acá, ¿habré hecho bien?

—Claro que sí.

—Hay otra cosa que me estaba olvidando de preguntarte…

—Decime.

—¿Sabés si abrieron la Melenita de oro?

—Están en eso.

—No veo la hora de cubrirme estas canas. Las demás se dejaron ese pelo gris que se usa ahora, no me gusta nada.

—A mí tampoco.

Nos despedimos. Estaba abriendo la puerta de la suite cuando Elena se acomodó en el respaldo de su cama y me llamó:

—No te vayas todavía que me quedé pensando una cosa. Ese chico que sale con vos, me dijiste que es fotógrafo, ¿no?

—Sí.

—Por casualidad, ¿no es el hijo de la Lorente?

Me quedé de una pieza. Elena había recuperado la memoria. Volví a entrar, cerré la puerta, agitada, con el corazón latiendo a mil por segundo, me senté en su cama.

—Sí, es él.

—Pero mirá vos, cómo son las casualidades. ¿Te conté que mi

marido me descubrió de casualidad? Yo estaba en el auto con el otro, llovía esa tarde.

—Sí, me lo contaste, Elena. Pero decime qué sabés de la Lorente, por favor, decime, quiero saber todo.

—¡Ay! ¡Cómo extraño la ansiedad de la juventud!

—Dale, contame.

—Resulta que la Lorente se quiso escapar de acá. Era una de esas mujeres que son de armas llevar, los engañó a todos. Dicen que esquivó la ronda de los guardias y bajó la colina por su cuenta, con nieve y todo, sin ambulancia. Pero no pudo irse, había firmado el consentimiento, que es lo mismo que firmar tu propio certificado de defunción, decime si no es lo mismo, Nena.

—¿Y después? ¿Qué pasó?

—Qué se yo. Me olvido de todo, por desgracia la que sabe es Chiquita, ella y la Lorente fueron juntas al Sangre & Arena, a ver no sé qué.

—¿Cuándo fue todo esto?

—Cómo voy a saber cuándo fue si no sé en qué año vivimos.

—¿Pero no te acordás si yo estaba trabajando acá?

—Mirá lo que me preguntás, Nena. No sé, el tiempo es raro en este lugar.

—Y afuera ni te cuento. Elena, por favor, hacé memoria, un esfuerzo más. Si le pregunto a Chiquita se va a enterar todo el pueblo.

Elena giró la cabeza y quedó así, suspendida, de nuevo perpleja como si se alejara. Es una característica de ella desviar la mirada hacia el mar.

—Pedímelo con crema el flan, el dulce de leche me cae pesado a la noche. ¿Qué hora es?, me parece que voy a dormir un rato antes de comer —me dijo.

El tiempo de atención de los ancianos es breve como el de los niños, caduca a los veinte minutos. Vuelvo a despedirme, cierro despacio la puerta de la suite. Recorro el pasillo alfombrado, intentando no hacer ruido. Que nadie me llame, que nadie me necesite, quiero razonar y sacar conclusiones. Quiero saber qué pasó con la madre de Matías. Así que los guardias no la vieron, los habrá dejado sin su estúpida causa, puso en jaque el acecho de esos uniformados. ¿Habrá buscado refugio

en su hijo aquella noche? Subo al ascensor transparente, veo en el cielo una franja escarlata, un último resto de sol por encima de la cordillera. Llego a la planta baja. Atravieso la sala oval. Salgo.

34

Llegó el día. Lucio quería acompañarme al aeropuerto. No hace falta, le dije. Lo bueno de mi marido es que no impone nada, sobre todo si se trata de salir a la calle. Nunca quiso venir conmigo a ninguna parte, el frío engripa, la gripe trae la tos, la tos acarrea complicaciones pulmonares, todo podría terminar en una neumonía, en un paro cardiorrespiratorio.

—¿A qué hora llega tu hermana? —me preguntó.

—A la noche, compró el vuelo nocturno.

Con Matías Lorente aprendí que las preguntas comprometedoras hay que contestarlas con libertad y sin demasiada precisión. Decir vuelo nocturno no especificaba la hora de llegada, podía salir antes de casa, ganar tiempo y no despertar sospechas. Antes de ir al aeropuerto, tenía que encontrarme con Matías a las cinco de la tarde en la cueva de las rocas.

Salgo para llegar puntual a la cita. Pongo el coche en marcha, acelero, paso por la esquina del Imperial, atravieso la hilera interminable de pinos cipreses que bordea la rambla y llego a la escollera. Vivo a dos cuadras del mar. La tarde tiene una textura húmeda y mohosa. En la cueva, una luz irrealmente clara se extiende por encima de las piedras. Matías no está. Lo busco en su roca favorita, donde lo encontré la primera vez que nos vimos. No está. No soy de las que disfrutan el placer de la espera y encienden relajadas un cigarrillo. Ojalá fuera menos ansiosa, menos pensante, menos rebuscada. Ojalá fuera otra persona. Me siento en la roca, observo la disciplina de las olas, su vaivén divinamente exacto me altera los nervios. Una brisa sopla hacia arriba y la corriente huele a yodo y mis botas de goma comienzan a hundirse en la arena; soy consciente de que no podré quedarme en ese lugar media hora más. ¿Qué hora es?

Matías no llega. Respiro hondo, dejo escapar el aire, respirar me enfurece, como todo lo que es relajante, trato de recuperarme con bocanadas lentas hasta lo más profundo. No sé para qué enfurezco si al final sigo esperando. Si no fuera por la marea que comenzó a subir, podría esperarlo toda la vida sentada en esta roca. Toda la vida es un decir, en realidad, lo esperaría en otra parte, no soporto la cercanía del mar, su sonido. Antes, el mar era una idea, un recorrido de la imaginación, pero desde que llegué a Bernina se transformó en un océano irritante. Es así, estoy acá sentada y el mar actúa como si yo no existiera. Son las cinco y media de la tarde. ¿Dónde estás, Matías? Sigo sin saber quién sos. Pero qué sentido tiene ahora preguntarme si sos una sombra, si sos el que se esconde conmigo en el cuarto oscuro, el que me desviste mientras llenamos la bañadera y me pone de espaldas a la pared, me dice cosas y al salir del baño, sirve el café y me desviste de nuevo. Si sos el que saca fotos para una revista, el que juega al hijo doliente y se encierra una semana entera a pensar en su mamá. Es ella, no hay dudas, ahora mismo debe de estar solo, pensando en ella. La Lorente lo captura. Anda todo el tiempo detrás de él como una madre muerta de amor. Pero ahora quiero que llegues, Matías, porque si te toco, enseguida dejo de pensar.

Me parece que respiro mal. Van a ser las seis. El mar me altera, podría ser que me encuentren mañana flotando en la playa rodeada de gente y de voces que no escucharé, convertida en milanesa de arena. Qué oscura se está poniendo la tarde. Las variaciones del tiempo son infinitas en este pueblo, ahora está apareciendo un cielo de tormenta. Espero que no desvíen el vuelo, me inquieta tanto que mi hermana llegue como que no llegue. Me falta el aire ahora. No me gustan las tormentas. Cuando María Dolores era adolescente les tenía pánico, pasaba las horas del día detrás de un vidrio mirando nubes para entender la inclinación de la lluvia. ¿Llueve torcido, derecho o revuelto?, me preguntaba. Los días de lluvia buscaba compañía, le asustaban los paraguas, veía en ellos extrañas flores negras. Un domingo tormentoso escuché que hablaba de ventana a ventana con un vecino y lo provocaba, movía el pelo rubio y desatado, se había puesto un camisón transparente. Sacateló, gritaba el vecino. Si venís esta noche me lo saco, le decía María Dolores. El hombre se tocaba

mientras la miraba y ella exhibía su cuerpo de líneas perfectas y esculpidas. Le gusta que la miren con lujuria, no le da nada de miedo. Aquella noche el vecino vino a casa mientras mis padres dormían, todo era oscuridad en el departamento, solo se filtraba una línea de luz amarilla por las rendijas de la persiana. Presencié los desbordes de aquel hombre encima de mi hermana, debajo de ella, al costado de ella, en la boca de ella. Los contorneos de intimidad, los labios congestionados, los espasmos de la carne. Para no mirar, me tapé la cabeza con la almohada. Terminaba todo en una descarga. Da frío recordar, pero sin memoria, que también es nostalgia y sentimiento, viviría medio vacía, como papá.

Llega Matías, así nomás, simplemente, como si no se hubiese demorado, se acerca en puntas de pie y me besa con sabor a frutilla, me hace tiritar. Propone que vayamos al casino, no podemos quedarnos cerca del mar con este clima. Además, le gustaría jugar conmigo a la ruleta, a ver quién gana. No entiendo su propuesta, le digo que mi hermana va a llegar esta noche, pero él no escucha y me dejo llevar. Me abraza. A veces no sé si me abraza o se aferra a mí. Me domina lentamente, con gracia ceremonial. Obedezco, estoy en la telaraña, soy su bocado, el insecto que dejó de volar. Le pido que vayamos separados, no quiero despertar sospechas en el pueblo, a esta hora las viudas deben de estar tomando el té en el Inmaculado.

Subo al auto, voy a llegar al casino antes que él, nunca entré a ese lugar. Lo evito porque es bajo tierra. No sé con qué excusa saludaré a mis amigos Luis y Cristóbal, pero algo inventaré. Llovizna. No entiendo qué tenemos que hacer en el casino pudiendo estar solos en alguna otra parte.

En el casino hay un revuelo tremendo. Luis se levanta a recibirme, se alegra de verme por allí. Saludo, sacudo la llovizna que quedó en el abrigo y me siento a jugar. Matías llega diez minutos después. Saluda a todos y se sienta distante, pero en la misma mesa. La penumbra del subsuelo me trae el recuerdo de mi antiguo dormitorio con luces titilantes de la avenida Rivadavia.

Además de Luis y Cristóbal, los habitués, hoy el casino cuenta con dos visitantes: el hijo y la hija de Chiquita Paz. No es la primera vez que los hermanos Paz vienen al pueblo. A los que pretenden iniciar el

trámite para no ver sufrir a sus familiares directos, Lancy les hace firmar varios papeles en la escribanía, les pide enormes sumas de dinero y les otorga una visa especial para entrar y salir de Bernina. Hace cuatro años que los Paz firmaron el acuerdo con el escribano. Dicen en el pueblo que, de tanto en tanto, Chiquita se entrevista con Lancy para desautorizar a sus hijos y solicitar un permiso de salida. Le parece inadmisible que la hayan obligado a firmar el consentimiento. Una vez al año, sus hijos vienen a visitarla, culposos y regalones, buscando aprobación. Pero todos saben que Chiquita no los va a perdonar, ni siquiera les dirige la palabra. El resentimiento es el germen de su antipatía. Sus diferencias con Elena, que supo despedirse de la vida corriente y llegar a Bernina por decisión propia, provienen de allí.

Los Paz me observan con mala cara. Siento ganas de rebelarme. ¿Por qué me miran así?, como si estuvieran ante una aparición. Qué incomodidad, pero eso no es nada, ocurre algo peor, Cristóbal intenta presentármelos y les dice, sin filtro:

—¿Se conocen?, ella es Nena, la médica que nos manda al otro mundo.

¿Al otro mundo? ¡Me caigo y me levanto! Cuidado con las metáforas, detesto las metáforas, las alegorías y los modos indirectos de decir las cosas. Diría que, en este preciso momento, me siento expuesta y juzgada. En la mesa hay un montón de miradas y me detengo en la de Matías, parece decir que no me preocupe. Mejor así, no quiero que me asocie con la muerte de su madre. Lo que dijo Cristóbal suena mal y no hace honor a la verdad. Respiro, guardo el aire. No sé respirar como los que meditan, nunca lo voy a saber porque concentrarse con el aire que entra y sale de los pulmones me parece absurdo y sé, con la certeza del conocimiento, que por algo existe el automatismo de la respiración. Hay un silencio general. Nadie se mueve en el falso casino, debería abandonar la sala y olvidarme de todos. Cristóbal habla de ir al otro mundo como si morir fuera un problema hipotético que yo debería resolver. A lo mejor tiene razón, morir no tendría que ser un hecho dramático.

35

Trato de recomponerme. Respiro la atmósfera penumbrosa de este casino enterrado. Deberían tener un poco de respeto por la misión que asumo, querría gritarles a todos. Los pocos que me desconsideran y me miran de reojo cuando camino por la rambla interpretan mi trabajo de manera equivocada. Mis amigos del pueblo saben quiénes son los viejos que hablan mal de mí. Son los miedosos que se aferran a la vida con artrosis, columnas vertebrales quebradizas y dientes postizos. Ellos me critican. Justo a mí, que nunca hice manualidades y sin embargo les armé ángeles con cartón y plumas de pájaro y los colgué en los balcones de la Riviere para que sepan en qué dirección va el viento. Justo a mí, que no me interesa el paisaje, pero si es necesario me siento al lado de quien me necesite y digo, sin sentirlo: Qué lindo color tiene la tarde. Justo a mí, que no me gusta tomar alcohol, pero si me lo piden antes de lanzarse al tobogán del suero, acepto compartir un trago y pienso con justeza: ellos tan viejos y yo tan joven, dos momentos óptimos para la embriaguez.

Matías me hace una seña. Se toca la cabeza con dos golpecitos y le pone fichas al dieciocho. Matías, pensé para mí misma, me cuesta soportar que los Paz me miren como si fuera una representante de la oscuridad. Me cuesta sospechar que podrías ver en mí lo mismo que están viendo ellos en este instante. *Defendete, tenés que hablar y decirles lo que pensás, no te quedes en el molde.* Necesito hacerles saber algo de mí, a todos. Y a vos te incluyo, Matías, pensé, tengo palabras dentro que hacen fuerza por salir y aprovecho el impulso:

—¿Por qué decís eso, Cristóbal?, es injusto. La semana anterior, tu amigo Luis, aquí presente, subió a la Riviere con un traje nuevo y un perfume que olía a sándalo y pasó por la oficina del director a firmar el consentimiento para recibir el suero. Pero yo no se lo di, ¿sabés por qué?, porque mientras conversábamos en la suite, le escuché decir que no se había despedido de vos. Así que nada de suero, le dije. Y

enseguida decidió volver a su casa, ¿o no, Luis, que decidiste volver a tu casa?

El silencio petrifica la mesa de la ruleta, contemplo la escena, los de alrededor están pendientes de mis palabras. No sé qué intento expresar resaltando los valores de la amistad, tal vez mi costado humano. Quién sabe. Nunca me propongo tener amigos, para eso está María Dolores. Y cuando me surge algo, como surgió con Elenita, es solo por casualidad. El sentimentalismo de la amistad me tiene sin cuidado, sin embargo respeto a la gente que lo cultiva. Luis me mira con una mezcla de agradecimiento y bronca. Le devuelvo una mirada sincera, sigo hablando, no puedo parar:

—Que quede claro —les dije—, nunca le di el suero a nadie que no estuviera convencido de su acto.

Todos escuchan con atención, no saben que me dirijo especialmente a Matías. Matías, querido, no tengo edad para representar el papel de doctorcita sensible, querría decirle. Desde mi silla observo el perfil de la hija de Chiquita, se dirige a su hermano, le habla al oído, junta un montoncito de fichas y las reparte sobre el paño. Intenta cambiar de tema, dice que su mamá fue al cine, pero antes le pidió que jugara unas fichas, al veinte, al diecinueve, al ocho. Frente a mí, hay una mujer que encerró a su madre en un pueblo sin salida y lo único que espera es que el director de la Riviere le envíe por correo una urnita con sus cenizas. Así que la señorita Paz no es quién para juzgarme. Parece una mujer policía con esos pantalones pinzados y la chaqueta abrochada. Uf, la policía. Hay un nexo oscuro entre la ley y la eutanasia, un nexo donde podrían encontrarme, por eso trastabillo cuando alguien me mira así, juzgándome.

Me dirijo a Matías como diciendo: ¿Cómo querés que no me sienta mal? No es la eutanasia lo peor de Bernina, peor que la eutanasia es la reclusión, marchitarte sin escape, saber que revisan los autos para que nadie pueda esconderse en un baúl. Se nota que a los hermanos Paz el secuestro de la madre no les preocupa. Para ellos ser viejo es ser objeto, te dejan aquí, te ponen allá, te sacuden el polvo. ¿Y encima creen que el verdugo soy yo, la encapuchada que no se atreve a mirar de frente? Que me lo digan en la cara, que se atrevan.

Apuesto tres fichas al mismo número y doy por terminado el asunto.

La rueda comienza a dar vueltas y la bola blanca saltarina se detiene en el seis. Acerté. Me llenan las manos de fichas, me felicitan. La buena suerte intenta compensar el mal momento. La racha de aciertos continúa hasta que Matías se acerca disimuladamente y me dice: Es de mal gusto que estés ganando y yo perdiendo, te veo en la terraza, vayamos a lo nuestro. ¿A la terraza? ¿Con este clima?, pensé. *Pero sí, hacele caso, olvidate un poco de esta gente. Te doy un consejo, muñeca, antes de subir a la terraza sacate la ropa interior, a los hombres ese juego es el que más les gusta.*

Matías y yo jugamos con dedicación y lo llevamos lejos. Saludo a todos y me voy del casino. Subo a la terraza. Quince minutos después, lo veo llegar con dos botellitas de champaña y una frase irritante, fuera de contexto:

—No sé si hago bien en decírtelo, Celeste, me da rabia la vida que estás llevando.

Siento una fuerza que me paraliza. Me parece que Matías está ofendido. Quiero desaparecer, dar vuelta atrás. No me importaría caer en el olvido y que no supiera nunca más nada de mí.

—¿Por qué decís eso? ¿Algo te molestó?

—Me molesta que duermas con Lucio.

Recupero el aire. Matías abre las botellitas de champaña:

—Dormir, lo que se dice dormir, puedo hacerlo con cualquiera. Mi hermana dormía con un muñeco que se llamaba Mariucho.

—Lo decís para conformarme, pero a Lucio lo querés.

—Los quiero a los dos.

—¿A quién querés más?

Me gusta su pregunta, su irreverencia me enamora. Aunque después, en fin, lo que ocurrió después fue una cosa distinta. Ahora estoy escuchando lo que le pasa a Matías cuando cree tener todo conmigo, todo menos lo que querría tener. Se encapricha con algo, sopla el pelo de dos colores hacia atrás y hace un gesto de chico enojado que me enloquece de amor.

En la terraza del hotel Imperial hace un frío tremendo, él me propone que juguemos al verano. Se desenvuelve como un hombre misterioso, inmensamente rico, quiere ser el protagonista de *El gran Gatsby*. Hace poco la vimos en el Sangre & Arena. Quiere parecerse a

Leonardo DiCaprio, como cuando íbamos en El Oráculo jugando a *Titanic*. Me invita a bailar, sostiene las dos botellitas en una mano. No sé de dónde las sacó, es capaz de preparar juegos con antelación, podría tener una heladera de playa en el baúl.

—Nos vamos a marear —le digo.

—Mejor —contesta.

Tengo que imaginarme con un vestido de los años veinte, brillo dorado, medias de seda, largos collares de perlas. Así las cosas, en la terraza, la fiesta concluye en la escalera, cuando Matías se da cuenta de que no tengo puesta la bombacha y, entre los besos y lo otro que hacemos arriba de su abrigo de camello, me olvido de las palabras hirientes de Cristóbal y de todo lo indeseable que hay en el mundo. Lo malo es que también olvidé que María Dolores llegaba en el vuelo de las once. Lo olvidé de un modo extraño, como el trauma del sobreviviente que asiste en cada sueño al mismo choque y a la mañana descubre que no hubo accidente ni semáforo rojo, pero el impacto que no ocurrió seguirá repitiéndose cada vez que se acueste a dormir. Recién a eso de las siete de la tarde recordé la secreta bomba de tiempo que era el avión que traía a mi hermana, cuando se me ocurrió mirar el reloj en el baño, mientras me lavaba la cara y me arreglaba el pelo tratando de aliviar el desorden que me habían provocado el baile, la bebida y los besos de Gatsby.

Tres

36

Yo sabía que, para llegar al aeropuerto, tenía que recorrer ciento veinte kilómetros de ruta montañosa. Podría ser la perfecta visión de cielo, cordillera y mar, pero de nuevo el paraíso natural fracasa y la abertura imperceptible de mi mente abre una grieta. Al salir del hotel Imperial me despedí de Matías, seguía empeñado en representar a Gatsby. Puse el auto en marcha, abrí la ventanilla, me solté el pelo y dejé entrar el viento para no interrumpir la película que habíamos armado: fiesta en la mansión, bandana de satén, brindis con espumantes. ¿Cómo pude olvidar la llegada de María Dolores? Sentí como nunca que, para alejarme de Matías, para no pensar en él y quedar atrapada en ese estúpido hilo sensual que envuelve todo, algo más fuerte que la muerte de su madre y más consistente que su matrimonio y el mío tenía que interponerse.

Se despejó el tiempo, siempre cambiante. Ni una nube. Había que llegar al aeropuerto antes de las once. No había demoras en el vuelo. En la barrera, los guardias grises me saludaron y solicitaron el permiso de salida, apenas revisaron el baúl. A través del espejo retrovisor, descubrí que Matías me seguía con el auto. Él también tenía un permiso, le abrieron paso y aceleró para alcanzarme.

Las consecuencias de cualquier hecho pueden ser impredecibles, pese a mi dosis de Sepia LM, a cada rato volvía el temor, nada irracional, nada injustificado, de que Matías se enamorara de mi hermana al ver su cara, su cuerpo, su perfección. Y yo tan pálida y flaca, aunque Felisa no se cansaba de decirme que no me hacía falta usar rubor en las mejillas porque mi tonalidad alabastrina contrastaba perfecto con los ojos oscuros. Pero yo sabía que María Dolores era la dueña y señora de la seducción. Su sola presencia derrumbaba en un instante mi escasa virtud, mi triste privilegio, basado en hechos mentales. Era lógico considerarla peligrosa. Esa resignación de no ser la más linda, llevaba padeciéndola desde que María Dolores nació.

Miré de nuevo el retrovisor, podría haberme detenido y haberle dicho a Matías que frenara porque prefería ir sola a buscar a mi hermana; sin embargo, le hice un guiño con las balizas y avanzamos los dos por las montañas.

Saber que algo va a ocurrir se siente en el aire, una voz interior y sabia te lo advierte: Cuidado, podría salir mal. Pisé el acelerador con aquella voz encima y fui demasiado rápido. Reconocí para mis adentros con una punzada de bronca que el riesgo no era el precipicio, ni las curvas cerradas, ni el ripio, sino la llegada de mi hermana menor. ¿Cuánto tiempo tardaría el globo que me trasportaba alegremente por la fiesta de Gatsby en precipitarse al suelo? La radio, pensé, encendé la radio, la música ayuda, calma las voces. Por favor, María Dolores, mientras estés en Bernina, vas a tener que comportarte como una persona normal, ¿está claro? *Más claro echale agua, muñeca. Pero sabés qué, arreglá tu vida. A mí no me vengas con eso de que soy la culpable de tus problemas. Pensá un poco, haceme el favor, ¿tengo algo que ver con tu elección de marido? ¿Y con la muerte de la Lorente? Nada que ver conmigo, nada.* De vez en cuando mi hermana decía las cosas crudamente. Aunque tuviéramos la misma voz, tan idéntica que no se sabía cuándo hablaba una y cuándo hablaba la otra, supuse que a partir de su llegada iba a poder adueñarme de mi propio decir. Disminuí la velocidad. Algo estaba a punto de morder, algo jugoso y dulce caía en mi boca para borrar el sabor amargo que dejaban las voces en mi cabeza.

Habíamos hecho más de setenta kilómetros, estacionamos en un mirador. Atardecer en ese lugar suele ser conmovedor para los que se conmueven con el atardecer.

—Es un lugar de vértigo, Celeste.

—No me gusta el atardecer.

—Pero este es extraordinario.

—Demasiado quieto para mi gusto, el aire parece embalsamado —le dije.

—Está bien para unas fotos —contestó haciendo foco en el horizonte.

Gatsby continuaba en su rol de millonario proveedor. Además de la Nikon profesional, había traído dos latas de Coca-Cola light, un paquete de papas fritas y otro de nachos. No me equivoqué, mi suposición había sido correcta, llevaba bebidas en el baúl, quién sabe si no llevaría también juguetes eróticos y algún disfraz. *Así que trajo nachos, mirá vos, qué detalle. Le faltó el guacamole, se nota que la Chechu esta semana se olvidó de comprar paltas.*

—Este lugar es increíble —dijo Matías—, dan ganas de salir a volar, si yo fuera pájaro volaría por acá.

Hablaba en tono reflexivo y se movía con la cámara de un lado a otro del mirador, sacaba fotos como si estuviese grabando el paisaje en su memoria. Podría haber subido a mi auto con una lata de Coca-Cola y dejarlo a solas con su placer individual, su visión de la tarde y la parte deslumbrante del paisaje, pero en vez de partir, le dije, no sé por qué:

—Vamos, se hace tarde.

El avión estaba aterrizando cuando llegamos al aeropuerto. El tiempo había vuelto a cambiar, la noche trajo viento y el viento trajo tormenta, pero a María Dolores no le importó atravesar las nubes cargadas de lluvia, había disfrutado el vuelo y llegó radiante, toda vestida de negro, el pelo rubio y vaporoso, un gorro en la mano, una pollera ceñida al cuerpo y el abrigo largo de mamá barriendo el suelo. Llamaba la atención su seductora mezcla de objeto deseable y al mismo tiempo alcanzable. Las miradas giraron hacia ella. Imposible no verla pasar, caminaba hacia mí con una mano en alto.

Matías me dijo:

—¿Es esa chica de negro?

—Sí.

—Impactante tu hermanita, ¿querés que me vaya o me la vas a presentar?

Ay, pensé, si pudiera ser como los pájaros, vivir en el aire, serena, segura, protegida en mi ignorancia, no tendría que sufrir este miedo antiguo, esta opresión en el pecho. Si pudiera ser como los ciervos, las rayas marinas, o menos todavía, una simple enredadera en la pared,

no estaría preocupada por lo que pudiera pasar entre ellos dos. Toda la vida fui la compañera de María Dolores. Nunca dije una palabra mientras ella gemía con distintos hombres o mujeres en nuestro dormitorio compartido. Por allí habían desfilado: Diego Repetto, Josefina Ruiz, Juan Claudio Hernández, el electricista de la calle Bonorino; Carlos Parisi, mi profesor de Farmacología. Siempre lo mantuve en secreto, siempre fui buena como hermana, era justo que ahora le tocara a ella guardar las formas, ser respetuosa.

Los presenté:

—María Dolores, él es Matías.

La atmósfera del aeropuerto sonó como una cuerda de violín tensada hasta el punto de romperse. Mi hermana se ruborizó y sus rarísimos ojos cambiaron. No tanto el color sino la forma, de pronto se habían achinado. Los ojos chinos de María Dolores querían decir algo. Yo los conocía bien, los había estudiado. Los ojos chinos aparecían en el ápice de la intriga. Los ojos de lujuria eran redondos. Los de bondad eran verde Nilo. Los de tristeza eran dorados. Los de placer eran brillantes como los de un pez sacado del agua. Los de maldad eran saltones como los míos, sobresalían de las órbitas.

—Bienvenida —le dijo Matías.

Ella sonrió apenas y contestó con dulzura:

—Gracias.

Apuré el asunto:

—Matías, nosotras nos vamos, gracias por acompañarme.

—Las dejo, chicas —dijo—. Tendrán mucho para hablar.

María Dolores se llevó las manos a la cabeza, acomodó su gorro hacia un costado y le dijo:

—Hasta prontito.

No hubo seducción. Qué alivio, pensé. Yo, por las dudas, había ido preparada, antes de salir tomé una dosis de Sepia. Y eso que nunca imaginé que Matías iba a venir conmigo. ¿Desde cuándo se me ocurre improvisar? La espontaneidad no es lo mío. No tenía que haber venido con él. María Dolores carece de sentido común frente a los demás. Todo lo importante para ella tiene raíz en el sexo, actúa sin freno, dice lo primero que se le ocurre. Se da cuenta de que su actitud es un poco tirada de los pelos, pero la complace comprobar que ningún hombre se

le resiste. Seducirlos le parece un gesto común y corriente. Cuando alguien le interesa, trata de conquistarlo, pero pasado un tiempo cualquier aproximación amorosa es seguida de acusaciones falsas y de rencor. Se deja conducir por la alucinación, la voz de una astróloga la obliga a vengarse. Su locura pasional concluye siempre con una conducta violenta, querellante. Para ella el amor es un accesorio del delirio, la fuente principal es el orgullo, ante todo el orgullo.

Caminábamos hacia la puerta giratoria, Matías venía detrás de nosotras, a unos pocos pasos. De repente, María Dolores comenzó:

—No me dijiste que venías con tu amante, ¿Lucio sospecha?

—No sospecha nada.

—Claro, la limpieza, las traducciones, supongo que sigue todo igual.

—Idéntico.

—¿Y este pibe qué onda?, ¿es casado?

—Sí, con una tal Cecilia.

—¿Cómo hacés para que no los descubran en ese pueblito donde vivís?

—Nos escondemos en su estudio, en una cueva, en el cine.

María Dolores no respeta las normas del diálogo, interrumpe cuando se le antoja:

—A mí me encanta hacerlo en el cine con el sonido de fondo de la película y la luz de la pantalla que va y viene, da un clima, ¿viste?

—Sí, da un clima.

—¿En la clínica donde vos trabajás nunca se escondieron?

—¿En la clínica?, cómo se te ocurre.

—¡Ay, muñeca!, si no mentís no te divertís.

37

La noche progresó con viento y lluvia. Imposible lanzarse a la ruta, el clima no lo permitía. Pero hay pocas cosas más aburridas que estar en un aeropuerto detrás de un vidrio esperando que mejore el tiempo. Ese pensamiento cruzó por mi mente mientras corríamos hacia el auto.

Al rato de andar, Matías hizo guiños con las luces delanteras, abrió la ventanilla y gritó:

—¡Pará!

Pusimos las balizas y estacionamos en la banquina.

—¿Qué hacemos? —pregunté.

—No podemos cruzar las montañas con este clima —gritó desde su auto—, hay que parar hasta que aclare.

Tener que ir de un lado a otro y no poder volver a casa me pone contenta. Pero algo sucede y nubla la sonrisa de mi cara. Una pregunta minúscula impedirá que la noche transcurra en calma:

—¿Y si vamos a bailar? ¿Conocés algún lugar, Mati? —pregunta María Dolores con medio cuerpo asomado por la ventanilla.

¿Mati?, ¿le dice Mati? A mi hermana le das la mano y se toma el codo. Es una desubicada. ¿Por qué tanta confianza con alguien que conoció hace diez minutos? Reacciono inmediatamente, censuro su accionar, hago de hermana mayor y le digo que se controle, por favor, no empecemos. Se acomoda en el asiento, baja el parasol, se mira en el espejo, comienza a arreglarse el pelo.

—Está bien, está bien, tenés razón —me dice.

De refilón, observo en Matías el destello de triunfo que provocó la iniciativa de mi hermana. Baja de su auto y se acerca al mío. Dice que la propuesta de ir a bailar le parece fantástica, conoce un bar decadente donde pasan música después de las doce y preparan hamburguesas riquísimas, las sirven con cerveza negra.

—¿Vamos, chicas?

—¿Cerveza negra?, ¿de verdad? ¡Vamos! —grita mi hermana.

—¡Síganme los buenos! —dice Matías mientras regresa al coche.

Hacía años que yo no probaba una hamburguesa. Según Lucio, son responsables inmediatas de la obstrucción arterial, un potenciador de triglicéridos y colesterol, terminarán estropeando el sistema cardiovascular. Morite, Lucio. Comienzo a desear una hamburguesa.

Para llegar al bar tenemos que atravesar la ciudad. Pobreza, veredas rotas, arboledas vencidas. En el trayecto, María Dolores comienza a hablar de papá. El alzhéimer lo devora, su deterioro es profundo. Lo siento, pienso, lo doy por perdido. No tengo padre, no pasa nada, no afecta mi mundo. No soy vulnerable como Matías que anda arrastrando el duelo.

Son las doce y media de la noche y hay un revoltijo de paraguas alrededor del miserable acceso al bar anunciado con luces de neón. Mi hermana está tan contenta como si hubiésemos llegado a Las Vegas. Después de dar vueltas alrededor de una plaza, logramos estacionar. Bienvenidos a la meca turística, dice el barman. Aunque dentro no hay ni un extranjero.

Comemos en la barra, luminosa, de acrílico. Hablamos de cosas divertidas y sin importancia. Mi hermana se muestra feliz de haber venido. Cuéntenme cómo empezó lo de ustedes. Dónde se conocieron. ¿En una escollera?, qué romántico. ¿Qué vendría a ser la marea roja? ¿Una especie de mar sangrante?, pregunta. Matías se ríe, contesta con gracia. Yo no tanto, nunca fui comunicativa, siempre hablé conmigo misma, pero esta vez me dieron ganas y comencé a hablar del viaje en barco y de la casita de piedra que nos había refugiado en la isla; las persecuciones de Cecilia, la escalera que sube a una terraza y baja a un casino.

—¿Qué? ¿Hay un casino? Ah, no lo puedo creer —dijo mi hermana —. Pero entonces en ese pueblo hay sorpresas. ¿Me llevan a jugar unas fichitas?

—No te entusiasmes, no es un casino común —dijo Matías—. Las fichas son de mentira, ahí solamente juegan los viejos.

—Mejor si las fichas son de mentira, así no perdemos plata, Mati.

Y enseguida comenzó a decirle que él era como un hermano y que Lucio era un pibe insoportable que no me merecía. Entre cerveza y cerveza, con buen humor, con chispa, aseguró que no tenía sentido

disponer de habitaciones lujosas en la Riviere y terminar haciéndolo en una cueva rocosa o en el codo de una escalera. Matías me miró con ganas de lanzarse a jugar en ese instante. ¿En la clínica?, no se me había ocurrido, exclamó. De inmediato le puso nombre: Plan suite. Me sorprendió, no pensé que fuera capaz de armar juegos en la Riviere. ¿Necesitaba regresar al lugar del crimen? ¿Lavar culpas? ¿Convertir en un albergue transitorio el lugar donde había muerto su madre? ¿Era un perverso? ¿Un loco? ¿Hasta qué punto la eutanasia lo había trastornado?

Intenté poner un freno:

—Paren, si se entera Lancy, pierdo el puesto.

—No seas amarga, hermana.

—¡Vamos! —gritó Matías mientras chocaba su botella de cerveza contra la mía.

—Está bien, lo voy a considerar —les dije.

—¡Esa es mi chica! —gritó Matías.

—¡Esa es mi hermana! —gritó María Dolores—. Por Lucio no se preocupen, lo entretengo desinfectando.

Más allá de los desbordes de confianza, María Dolores se comportaba como una hermana afectuosa y comprometida con mi situación. Matías renunció al papel de Gatsby, su próxima aventura era el plan suite. Lo bueno fue que no se apartó ni por un momento de mí. Pedimos otra cerveza y volvimos a chocar las botellitas. Nada podía empañar la noche.

A la una de la mañana, el lugar se fue llenando de gente y empezó a sonar una cumbia aturdidora. María Dolores entró en calor, había dejado el tapado sobre una butaca, después de comer, se quitó el gorro y se subió la pollera, la dobló varias veces en la cintura hasta convertirla en minifalda como hacíamos a la salida del colegio. La chaqueta de azafata coronaba un sostén negro y una blusa de encaje con transparencias. Comenzó a bailar. Nada alocada, más bien sensual. Matías y yo la seguimos, fuimos los primeros, animamos la noche en la pista improvisada que se había formado cerca de la barra. María Dolores canta sobre el disco que suena: *Negrito, cuando yo bailo, si bailo de noche y día… a todos los vuelvo locos con mi pollera amarilla…* Nadie puede resistirse a la llamada de la cumbia que toma posesión de los

cuerpos. Se suman los lugareños. Nadie conocido, por suerte. Qué libres somos, pensé. María Dolores no para de bailar. Tiene los ojos brillantes, las palmas siguiendo el ritmo, los pies marcando el compás… *A todos los vuelvo locos con mi pollera amarilla.* Toma una cerveza y otra más, es la tercera, la minifalda le aprieta los cantos, se abre paso entre los hombres, empuja con su cadera los cuerpos mojados y se acerca a la barra de acrílico; alguien la sigue. Le suma a la cerveza un fernet con cola y hielo. La pista no le alcanza, sube a un parlante, canta, baila sola. *Un pasito para aquí… un pasito para allá… moviendo la cintura… moviendo sin parar*. Todos aplauden y copian sus pasos. Termina el trago y sale con un hombre a la vereda. Corría un aire frío, helado, había dejado de llover. Matías dice que mi hermana es increíble, aunque demasiado intensa, también dice que es cierto lo que decía mamá, es igualita a Brigitte Bardot.

—¿La conocés? —le dije.

—La vi en fotos, mi abuela la adoraba —contestó.

No volvimos a ver a mi hermana hasta que la música se fue apagando y las cumbias se disolvieron en un rumor de bossa nova y boleros melancólicos. ¿Dónde se había metido? Eran las cuatro, la buscamos entre las mesas, detrás de la barra, en el baño. La encontramos en la plaza de enfrente a medio vestir, enredada con un hombre en el pasto, parecía resbalar por un pozo sin fondo.

38

Contra todos mis pronósticos, la personalidad anómala de María Dolores se mantuvo estable al llegar al pueblo, no tuvo cambios abruptos de carácter, se instaló en casa, feliz. Escuchaba música, disfrutaba de la cercanía del mar, de las aves, las montañas. Pasamos un Año Nuevo fabuloso y el verano comenzó a correr. A ella no le molestaba el viento, barría la mala energía. Los pájaros que sobrevolaban la costa eran criaturas nunca vistas; el mar, un privilegio que tenía un color azul extraordinario, no se veía en ninguna otra parte. Bernina es espectacular, Nena, lástima ese marido que tenés, me decía.

Desde el primer momento ella había sentido un desprecio absoluto por Lucio. Nunca aceptó que yo estuviera con él para obtener el título de casada. Matías, en cambio, le parecía ideal, hecho a mi medida. Quería ser su cuñada y ayudarnos en todo para que pudiéramos encontrarnos y hacer el amor sin tener que llevar la cuenta del tiempo. Comencé a disfrutar de su compañía, sus canciones alegraron la casa, las horas a su lado transcurrían plácidamente, casi como si ya hubiesen pasado.

—Salí tranquila, yo te cubro —me decía.

—Vale por todo lo que te cuidé.

Una tarde soleada de enero, dijo que quería alquilar un bote a motor para visitar los glaciares. ¿Glaciares? No, no me pidas eso por favor, no tengo interés, le dije. Un glaciar formidable simula tierra firme y de pronto se desprende, el desgaste lo empuja, y lo que parecía un fenómeno sublime se convierte en un estruendo aterrador. No cuentes conmigo, no puedo acompañarte en eso. Resignada, se refugió del frío con el capuchino especial que preparaban en el Inmaculado. Conversó con todos los que frecuentaban el bar. Mi amigo Luis se transformó en

Lu, Cristóbal en Cris, Chiquita en Chiqui, Felisa en Feli. El mozo reumático le regalaba scones y alfajores de maicena, si tenía un minuto libre se sentaba a conversar con ella. A veces nos quedábamos en casa contando historias de familia mientras preparábamos la comida. Ella aportaba su melodrama económico por el precio de los zapatos, sufría porque eran caros. No se puede ser feliz sin zapatos nuevos, decía. Ya nadie es feliz en el mundo capitalista, deberíamos considerar la felicidad como un ensueño antiguo, contestaba Lucio. Mi hermana tenía una preocupación en la cabeza, se había empeñado en saber quién era el verdadero Lucio, por qué estaba conmigo, qué había detrás de sus manías, qué ocultaba.

La convivencia transcurría amable, aunque con algunos sobresaltos. Una mañana María Dolores abrió sin querer la puerta del baño mientras Lucio se estaba duchando:

—Nena, vení que te quiero hablar —dijo mientras pasaba de largo en dirección a su dormitorio.

Su voz llegó desde el pasillo. Dejé lo que estaba haciendo:

—¿Qué pasa? —le pregunté.

Se sentó en su cama con las piernas cruzadas a lo indio:

—No me dijiste que Lucio estaba bien dotado, lo tenías oculto, ¿por eso te casaste con él?

Solté una carcajada:

—¿Cómo?

—Lo vi mientras se duchaba. Impresionante, ahora te entiendo.

—No me casé por eso.

—Pero lo tuviste en cuenta, decí la verdad. No hay que fiarse, viste, te llevás cada sorpresa. Pensás que vas a tener una vida sexual divertida y terminás lavando sábanas limpias.

Cuando se sentía agotada, porque limpiar cada cosa que ensuciaba le ponía los nervios de punta, me pedía permiso para salir conmigo y con Matías. Nos encontrábamos en el estudio. A él le divertía que mi hermana le contara sus andanzas con un pibe que vivía en Villa del Parque y todavía no había entendido que tenía que dejar todo por ella, divorciarse, olvidarse de sus hijos y sobre todo no mencionar nunca

más en la vida a su mujer. Siempre había en su discurso un substrato reivindicativo, una emoción vehemente destinada a convertirse en desconfianza. Paranoia y decepción, había dicho el doctor Guedel. Las pasiones de María Dolores tenían un punto de éxtasis, luego un instante de sospecha y un desencadenamiento hacia lo peor. Pero su belleza, ese aire gracioso al hablar, aun en los momentos de mayor virulencia, hacía que las frases insolentes sonaran con dulce naturalidad.

Matías había empezado a escuchar con atención sus historias de amor en el apogeo y en la caída, a través de ella había logrado entender mi extraña forma de ser, siempre elucubrando algo y buscando explicaciones donde no había, avanzando con terquedad hacia un objetivo. Su conclusión fue que mi hermana y yo éramos dos versiones de la misma personalidad.

—Son la misma en cuerpos distintos —me dijo un día.

—Nada que ver —contesté—. Yo soy racional, pienso antes de actuar.

—Actuás lo que ella piensa.

Era algo secreto y temido, no me animé a reconocerlo hasta que la evidencia se me vino encima un mediodía de febrero, cuando María Dolores arrojó con furia un cuarto litro de lavandina en la cara de Lucio mientras le gritaba: Morite, Lucio. Lo confirmé, nuestra conexión iba más allá de la coherencia y de la racionalidad, llegué a considerar que la hipótesis de la *folie à deux* podía ser verdadera.

Mi hermana se ponía frenética cuando la obligaban a hacer lo que no quería. Según me contó, ella y Lucio estaban preparando milanesas de soja cuando, de repente, se desató el caos. Vuelta y vuelta del pan rallado. Batir primero los huevos, que sean de granja, no les agregues ni una pizca de sal. Lucio quiere que todo esté limpio, lava cada cosa que utiliza, barre las migas que caen y luego observa el piso con satisfacción. Limpia las paredes, remueve almohadones, lustra metales hasta encontrar el brillo del sol. El proceso requiere celeridad, él tiene que trabajar en sus traducciones y no puede perder tiempo. Lástima que el apuro puede volver a la gente un poco torpe y algo se derramó

en el suelo cuando mi hermana sacaba las verduras de la olla. Disimuladamente, intentó ocultarlo, pero el error se hizo evidente por culpa de un zapallito que comenzó a rodar por la cocina. No uses la escoba, le dijo Lucio, dejame a mí. Recogió prolijamente la hortaliza con el papel de cocina, la arrojó a la basura y buscó dos trapos: uno humedecido con agua y otro empapado con cera. Como el color del suelo quedaba desparejo, extendió el segundo trapo a una zona más amplia y llegó a encerar el living. Mientras los pisos de la casa quedaban lustrosos, María Dolores comenzó a sentir alteraciones en el cuerpo, una especie de corriente eléctrica en los dedos de la mano izquierda, una horrible presión en la garganta, un rayo de fuego en la cabeza. Su astróloga interior apareció enfurecida, reclamaba acciones para aplacar ese fuego. Mi hermana intentó controlarse, fue a buscar las píldoras que le había recetado el doctor Guedel. Debía tomarlas antes de actuar. Comió de mala gana las verduras con aceite de oliva, sin sal, sin sabor. Cuñado, ¿no habrá otra cosa para comer?, preguntó. Lucio buscó en la heladera las milanesas de soja recién hechas y puso la plancha sobre el fuego. ¿Podrías ponerle un poco de aceite a la plancha, Lucio?, salen como si fueran fritas, las milanesas fritas son más ricas, dijo. Aunque la fritura era un despropósito, un vicio nocivo, Lucio lo aceptó por gentileza, pensando que, de cualquier manera, había que limpiar todo más tarde, pero mientras las dos milanesas de soja se achicharraban sobre la plancha, percibió con disgusto que el olor de lo frito había invadido la cocina y encendió el purificador. A María Dolores el sonido de ese aparato le provocó una crisis de agitación, por suerte las píldoras habían hecho efecto y consiguió tolerarlo. No obstante, la voz de su astróloga interior se hacía cada minuto más potente. Para Lucio debió de haber sido el colmo de la desprolijidad que las milanesas fritas salpicaran el anafe y, antes de que la grasa se endureciera, comenzó a limpiar. Lamentablemente, el aceite sobre la hornalla era algo difícil de quitar y tuvo que desarmarla y sumergirla luego en vinagre blanco.

Mi hermana observaba con disgusto cada movimiento. Comió sin ganas. Quiso resarcirse del almuerzo insípido con una taza de café, pero, en vez de lavar previamente la taza que había estado sin uso, decidió arrojarla con toda su energía contra la pared. De inmediato

intentó disculparse, perdón, son mis nervios, dijo. Y esbozó una leve sonrisa que él no le devolvió, no por hostilidad o frialdad, sino porque a Lucio cualquier gesto le parecía superfluo cuando se enfrentaba al drama de una taza rota. Se apuró a limpiar, levantó los pedazos del suelo. En ese instante mi hermana se descontroló y le gritó algo que yo siempre había querido gritar: Morite, Lucio. Él no reaccionó, siguió limpiando el anafe y pasando el trapo rejilla por encima de los azulejos. Fue entonces cuando María Dolores apretó con toda su potencia la botella que estaba siempre a mano, se acercó a Lucio con desprecio y derramó un cuarto litro de lavandina sobre su cara. Después buscó mi tarjeta de crédito, abrió la computadora y compró un pasaje de regreso a Flores. Su estallido le había hecho pensar que tenía que irse cuanto antes. ¿Qué era cuanto antes? ¿Un mes, dos, tres? Sacó un pasaje sin mirar la fecha y salió a buscarme por el pueblo con el convencimiento de que me iba a encontrar.

39

Llovía. Se escuchaba el ruido del agua cayendo en el jardín de atrás sin intermitencias. María Dolores llamó a la puerta del estudio con desesperación, entró alterada, apenas podía contar lo que había ocurrido con Lucio, lo fue soltando de a partes. Conociendo a mi marido, el resto lo imaginé. Trató de calmarse con el sublingual que sacó de un pastillero rosa con forma de corazón. Nos sentamos los tres en el escritorio, Matías y yo en los sillones, María Dolores en la alfombra. Cuando estuvo serena y recuperada, comenzó a hacer bromas, en algunas ocasiones sus arrebatos furiosos encontraban la salida a través del humor. Nos preguntaba por qué estábamos escondidos en ese cuchitril con olor a humedad y a pis de gato pudiendo pasar la noche en una suite de lujo. El gato de Yolanda andaba por ahí arañando las cortinas. Matías trajo café recién hecho.

—¿Y Lucio qué hizo? —le pregunté a mi hermana.

—¿Qué iba a hacer? —contestó—, se fue corriendo al hospital, tu marido se cuida como si su vida valiese la pena.

Escuchamos sus argumentos. Que Lucio era un pelotudo, le había pedido que enjuagara una taza limpia, la miraba con mala cara cada vez que ella iba al baño y no llevaba la botella de lavandina para desinfectar o el aerosol que mataba el noventa y nueve por ciento de las bacterias. ¿Qué cree?, ¿que soy una mugrienta?, ¿una infectada? Que se muera, gritó. Jaime, que se pasaba el día echado en un almohadón, se acercó a lamerle la mano.

—Hasta aquí llegó mi amor, chicos. Un día de estos pido un Uber y me vuelvo a Flores, con mi viejo estoy más tranquila —nos dijo.

Matías soltó una carcajada:

—Acá no hay Uber, tendrías que pedir una ambulancia.

—No importa, soy capaz de pedir un helicóptero, o de ir caminando, te juro. Me voy de cualquier manera. Saqué un pasaje sin mirar la fecha, creo que era para marzo, sí, sí, era para marzo.

—No te preocupes, después lo vemos —dije para tranquilizarla.

—Mati, tenés que hacer algo para que mi hermana no siga viviendo con ese infeliz.

—Lo voy a intentar —contestó Matías.

María Dolores cambió abruptamente de tema:

—¿Cuándo abren Melenita de oro?, mi pelo es una escoba.

—Dentro de poco —dije.

—Dicen que no le van a poner espejos —comentó Matías.

Mi hermana enfureció de nuevo:

—Es un disparate nunca visto. Son todos locos acá, me quiero ir.

Jaime volvió a lamerle la mano.

Me sentí obligada a dar explicaciones:

—A ninguna mujer le gusta verse como anciana.

—Sí, muñeca, pero cualquiera quiere saber qué le están haciendo en la cabeza. No te entregás así nomás, tengas los años que tengas. ¿Qué opinás, Mati?

—Mi vieja iba a la peluquería una vez por semana cuando vivíamos en San Isidro.

Uy, de nuevo la madre, pensé.

—En ningún lugar del pueblo hay espejos. Todo el mundo se imagina siendo joven, ¿ustedes no? —les pregunté.

Un incidente interrumpió la conversación. Cecilia hizo sonar el timbre, quería decirle no sé qué cosa a Matías. Llegué a pensar en ella como uno de esos personajes secundarios de la obra teatral que aparecen por los laterales interrumpiendo la acción. Por Dios, eran demasiados acontecimientos en un solo mediodía. Aunque el lavadero era un lugar seguro, nunca quise esconderme ahí, entre papeles, cucarachas y trípodes. Nos escondimos en el cuarto oscuro, debajo de la mesa de trabajo. Rezando que Jaime no nos delatara. Sería cuestión de minutos. Y fue ahí, a media luz, cuando vi las fotos colgando de un alambre y adiviné que era ella, la Lorente, lo deduje por el parecido con Matías. ¿La había visto en la Riviere?, me sonaba que sí y de repente que no.

—Esa es la madre —le dije a mi hermana señalando la foto.

—Qué joven —contestó.

No tenía ochenta, ni siquiera rozaba los setenta. Calculamos que

podía tener sesenta y tres o sesenta y cuatro años, como mucho. Había fotos de ella en el acantilado, caminando por la escollera, conversando con Chiquita en la puerta del Sangre & Arena. Me puse a temblar, de repente se abrieron las compuertas del miedo. Si la Lorente después del intento de fuga había recibido el suero, no podía asegurar que no hubiese sido yo la encargada de suministrárselo.

—Mirá esa cara —dije.

—Tiene cara de enferma.

—Suicidio asistido.

—¿Y qué tiene?, ¿vos nunca te querés matar?

—Sí, ahora mismo.

Me asomé apenas por encima de la mesa y arranqué una de las fotos: Matías y su madre en un banco de la rambla. La Lorente lleva un abrigo de piel, el viento le azota el pelo hacia un lado, se ciñe el cuello con las manos enfundadas en un par de guantes negros. Lo demás es una especie de arrebato amoroso: dos cabezas juntas como un corazón, las sonrisas esbozadas, la cordillera haciendo de marco. Cualquier persona era capaz de percibir en esa foto el signo de amor y de perfecta unión.

Mientras tanto, un diálogo venía del escritorio mezclado con los ladridos de Jaime:

—Sabés que no quiero que me interrumpas cuando estoy trabajando —decía Matías.

—Pasaba por acá, pensé que podíamos tomar un cafecito.

—¿Ahora?, imposible. Te invito a comer esta noche, hay puchero de gallina en el Alma mía.

—Nos vemos en casa, entonces. ¿Me llevo a Jaime?

—No, se queda conmigo.

—Vení temprano, corazón.

Le dijo corazón, murmuró María Dolores desde el cuarto oscuro. Mi hermana tenía el don, insólito don, de percibir lo invisible; tuvo la certeza de que Cecilia estaba detrás de una pista, en cualquier momento iba a descubrirnos. Pero ese asunto no entraba por ahora en el desorden de mi sistema, mi preocupación, mis alarmas se concentraban en la señora Lorente.

—Yo que vos, dejaría de preocuparme por la madre y le prestaría

más atención a lo que está pasando con la mujer. La Chechu vino a propósito, Nena, sabe que estás acá. Esta mina no va a parar hasta descubrirlos.

—¿Te parece?

—No tenés que ser doctora en psicología para darte cuenta. Se nota cuando una mina sospecha, el odio se percibe, se escucha.

—¿Cómo sería?

—Aparece un halo negro alrededor de la voz y las palabras salen de la boca como púas, ¿no te diste cuenta?, ¿no la escuchaste? Le dijo corazón, le habló con una vocecita dulce porque sabe que la estás escuchando.

Me convenció. Su percepción siempre había sido más aguda que la mía. Me hundí de a poco. Corazón. Así que le dice Corazón, murmuré. Y fue justamente en ese instante, por orgullo y por revancha, cuando empecé a considerar seriamente el plan suite. Sin importarme en absoluto si la Lorente había fallecido en mis manos, en las de otro, o en un alud intentando escapar.

Se fue Cecilia y regresamos al escritorio. Matías sirvió otro café, le agregó leche y lanzó casi al aire dos terrones de azúcar con la actitud de un canchero de San Isidro que pretende disimular los nervios. Dijo que se sentía perseguido, pero no le molestaba porque la vida que estaba haciendo conmigo era vertiginosa y quería ir para adelante con ese vértigo y llevarlo hasta las últimas consecuencias. ¿Cuáles serán para vos las últimas consecuencias?, me pregunté. Volvió a pasar entre nosotros el gato de Yolanda, lo aparté de la alfombra con un desliz del pie derecho, fui con mi pocillo de café al sillón y hablé del plan suite. Así nomás, sin vueltas. Aceleremos, dije. ¿Bajo qué formato y condiciones Matías podría tener acceso a una suite? La Riviere admitía suicidas, lo resolveríamos por ese camino. Listo. Recientemente había llegado Eulogio, un paciente joven que tenía nombre de viejo. Llegó en pleno uso de sus facultades mentales, con un diagnóstico presuntivo de alzhéimer. Presuntivo al cien por ciento, era una mera sospecha. Pero Lancy le permitió ingresar sin evaluación diagnóstica y sin otro requisito que el pago en dólares. Eutanasia a la suiza, excepciones del primer mundo. Todo aquel que necesite evitar el deterioro mental o físico, con drogas de última generación, entre almohadones de pluma,

sábanas de mil doscientos hilos egipcios y las mejores vistas del mar, tiene ganado el acceso a la Riviere. No obstante, cada vez que el director asumía decisiones de esas características, me convocaba previamente a su oficina y desplegaba larguísimos argumentos: La sociedad nos separó de la muerte, morir era algo íntimo, familiar, ahora es un asunto institucional y no necesito aclarar que la mejor institución es la nuestra.

—¿El pago es en dólares? ¿De cuánta plata estamos hablando? —preguntó Matías.

—Nada imposible para vos —respondí.

No tuvo un solo momento de vacilación, me miró y dijo:

—¡Vamos para adelante!, decime qué hay que hacer.

Mi hermana nos felicitó.

Cuatro

40

El verano se fue rápido. Faltaba poco para el comienzo del otoño y los días eran espantosos, húmedos y frescos como una ramita recién arrancada. El ángulo de sol se había desplazado, no alcanzaba como antes el ojo de mi lavarropas. Lucio, restablecido de su ceguera parcial, había vuelto a trabajar en las traducciones. María Dolores se había adueñado del pueblo, a la mañana desayunaba con las viudas; a la tarde caminaba por la rambla, conmovida por el progreso otoñal de los pinos, el vuelo de las aves, el canto de los chingolos. Hablaba con todos, incluso con los guardias. Se había hecho amiga de Liza y comía en el Alma mía para evitar conflictos en casa. Hacía esfuerzos para comportarse con normalidad, ante el menor desequilibrio, recurría a la medicación. Yo pasaba la mayor parte del tiempo en la Riviere.

Una tarde, Eulogio me llamó para convencerse no sé de qué:

—¿Cuál te parece que es el mejor lugar para recibir el suero?, ¿el sillón o la reposera que hay en el balcón? Morir en la cama me deprime —dijo.

Miré hacia afuera, caían corpúsculos de agua nieve y comenzaba a notarse la lejanía del sol, la luz de marzo parecía deslucida si la comparaba con la de febrero, pero más allá del mes en curso, los balcones climatizados de la Riviere te hacían creer que estabas en el cielo.

—En la reposera —contesté.

—¿Valdrá la pena registrar algo cuando llegue el momento?

—¿Algo cómo qué?

—Qué sé yo, un atardecer, un partido de fútbol, ¿o lo último que voy a ver en mi vida es tu delantal rosa?

—No te apures a decidir, esperemos el resultado de los estudios.

—Para qué voy a esperar, si ya sé lo que tengo. No viste que las palabras no me salen, me olvido de todo, sin memoria estás como muerto.

—Alguien que conozco piensa que la memoria no merece respeto.

—¿Decís?

—Deberías consultar con mi homeópata, atiende en la calle principal. Hace diagnósticos con una precisión inusitada, llegué a pensar que los adivina.

—Nunca fui a un homeópata, ¿dará resultado?

—A mí me curó varios síntomas. Llamalo, te paso el teléfono.

Ahora que teníamos una vida aproximadamente sexual, tomaba dos copas enteras de vino antes de acostarse y le había perdido el miedo a la soja transgénica, Lucio comenzó a preguntarme por qué pasaba tantas noches en la Riviere. Y en realidad, era porque Cristóbal, Eulogio y Elenita no me daban respiro, se les había ocurrido deambular por la clínica hasta morir, cada día era el último.

Un día Lancy me llamó a su oficina:

—¿Qué pretenden? Francamente, no sé qué pensar, los huéspedes son cada vez más jóvenes y sofisticados, quieren abandonar sus pasiones antes de haberlas perdido. ¿No es un disparate lo que está haciendo Eulogio?, ¿por qué pide el suero?, ¿tendrá algún problema psíquico?

¡Psíquico! Qué claro me pareció todo de pronto. Claro y apremiante. Nada era un sueño en el plan suite, ni la lencería de color cobre, ni la cama con sábanas de hilos egipcios, ni la bañera de peltre con patas de león. Porque si el director había admitido a Eulogio por motivos psicológicos y sin diagnóstico certero, no tenía por qué impedir el ingreso de Matías a la Riviere.

Ese instante de certeza siguió con un incómodo intervalo de días vacíos antes de que volviera a encontrarme con Matías. Me excedía en horas de trabajo. María Dolores había comenzado a preparar su regreso a Buenos Aires. Le costaba abandonar el pueblo, a esas alturas se desplazaba por Bernina como si estuviera en nuestro barrio. Regresaba de largos paseos exploratorios sin quejarse del frío, lamentaba perderse el otoño que estaba llegando.

De nuevo el otoño, qué estación impiadosa. No me llamaba la atención el otoño lleno de ocres, espinas de pino, oclusión de luz, me daba igual. Lo que no me daba igual era que Matías no llamara. En vez de progresar como mujer, el amor me había vuelto un poco tonta, retardada, el modo novelero de reaccionar frente a su ausencia me daba repulsión. Una mañana fui al acantilado con la esperanza de encontrarlo, había pasado una semana sin noticias suyas. Trampa del destino o error de guion, en vez de encontrarme con Matías, me crucé de nuevo con Cecilia. Fue enorme la impresión que sentí, tuve el impulso de llamar a la ambulancia para que viniera a rescatarme. No había un alma en la costa, ni siquiera los pescadores, solo nosotras y un halo de odio concentrado y puro. Para algunos, la felicidad del mundo consiste en mirar el mar, dicen que, cuando está por llegar el otoño, la gran masa oceánica cambia de azul a turquesa, sin embargo, la contemplación no parecía ser el placer de Cecilia y tampoco era el mío. Cecilia no había venido a mirar el mar, recorría la zona porque sospechaba que Matías y yo nos encontrábamos en la cueva de las rocas. María Dolores tenía razón, la legítima juntaba indicios, los cargaba como una hormiguita laboriosa y nos iba a descubrir en cualquier momento.

Me vio a lo lejos:

—No te vayas —gritó.

Corrió con una velocidad espeluznante y se detuvo frente a mí. Tenía el pelo alocado y los ojos fuera de sí:

—¡Matías desapareció hace dos días!

Contesté vagamente:

—No sé de qué me hablás.

—No mientas, yo sé que ustedes andan juntos y se encuentran por acá, ¿me lo vas a negar?

Ustedes. La palabra me impacta, me provoca una agitación interior. Qué alegría. Me veo reflejada en ese plural. Ustedes somos él y yo. Las exigencias de esposa consagrada se desvanecen. Sigo caminando, le doy la espalda, la ignoro, una sola cosa me pica, me arde: ¿dónde está Matías?, comienzo a preocuparme, regreso a casa en estado de alerta.

Lucio estaba haciendo compras en el mercadito, necesitaba productos de granja. María Dolores había puesto música movida, la encontré bailando y cantando en su habitación. Cuando me acerqué a saludarla, bajó el volumen y me dijo que las viudas le estaban organizando un desayuno de despedida.

—Deberíamos saber cuándo te vas, ¿no te parece? —pregunté.

—Abrí la computadora y fijate. Me voy en estos días.

Faltaba poco para su partida. Qué pronto pasó, qué intenso fue compartir el verano con ella. Lo más extraordinario de su estadía era la transformación que había provocado en casa, Lucio no se atrevía a encerar la cocina, ni a lustrar el anafe como antes. Persistía en él la sensación de pánico que sobrevivió a la ceguera, les tenía miedo a las reacciones de mi hermana, aunque se las arreglaban para no discutir, para seguir reglas básicas de formalidad y buen trato. A Lucio no le costaba nada sostener diálogos vacíos. Buenos días, buenas noches. Gracias, hasta luego.

Otra cosa fabulosa se producía cada vez que María Dolores y yo compartíamos algún momento con Matías, hasta que ocurrió lo que ocurrió, nos reíamos de cualquier cosa. Ojalá hubiésemos podido sostener para siempre el optimismo.

—¿En qué anda el plan suite?, te quiero ver con Mati en el balcón de la Riviere —dijo María Dolores mientras volvía a subir el volumen de la música.

—No sabés lo que pasó, hace un rato me crucé con Cecilia.

—¿Dónde?

—En el acantilado, tenías razón. Sabe que me encuentro con Matías en esa zona y sale a buscarnos.

—Esa mina es una pesadilla.

—Me dijo que Matías desapareció hace dos días. ¿Dónde estará?

—Se está haciendo el difícil, llamalo.

—Prefiero que llame él.

—Haceme caso, yo sé lo que te digo. Con los amantes no hay que tener estrategias, hay que hacer lo que te da la gana, si no ¿para qué están? Vos llamalo como si nada. Y no le nombres a la Chechu. Acelerá

el plan suite, lo va a entusiasmar.

—Tenés razón, ¿y si no me atiende?

—Insistís más tarde.

El teléfono sonó dos veces y él respondió:

—¿En qué andás? —le pregunté.

—Acá estoy.

—¿Dónde?

—En el velero.

—¿Por qué?

—No sé, empecé a deprimirme el viernes a la tarde. Ahora estoy esperando que Cecilia se vaya a la casa de los padres para volver a casa. ¿Hoy es lunes?

—Sí, hoy es lunes.

—Se va mañana, después del mediodía. Vuelvo a la tarde a mi casa, no quiero que Jaime esté solo. ¿Me extrañaste?

Contesté con una frase que me había enseñado mi hermana:

—No te creas tan importante.

—Te quiero ver.

—¿Qué tal si activamos el plan suite? Llamá a la clínica y pedí una entrevista con Lancy.

—Me parece bien, me voy a ocupar.

41

María Dolores partiría dentro de poco y llegó el día de la despedida. Las viudas decoraron la mesa redonda del Inmaculado con flores silvestres en las copas; el mozo puso música de radio y se esforzó en la confección de una guirnalda colorida. Nos reunimos a la hora del desayuno. Mi hermana se había puesto una pollera plisada, una camisa blanca y un suéter verde que, en forma indirecta, evocaba nuestro uniforme escolar. Su carácter juvenil despertaba euforia en los ancianos. El bar era un torbellino aquella mañana. María Dolores pasó primero por la mesa que compartían Luis y Cristóbal para preguntarles cuál era el truco que Matías había puesto en práctica la otra tarde para ganar en el casino. Al escucharla, sentí que mi corazón resbalaba y se me iba del pecho. ¿Matías y mi hermana se habían encontrado en el casino? No, definitivamente no. Me equivocaba, mi mente era capaz de suponer los peores escenarios, varias veces me lo había advertido el doctor Krofman. Mi hermana tenía muchos defectos, pero no me había traicionado nunca. Cuántas veces, durante nuestra vida en Flores, la había visto como alguien capaz de poner el pie y hacerme caer, contemplando su risita, el suspiro y su mirada al cielo cuando yo la acusaba de haber hecho trampa en alguno de nuestros juegos o haber robado figuritas de mi álbum. Lo cierto es que nunca me engañó, cada vez que me faltaron figuritas, las encontré más tarde en el lugar donde yo misma las había olvidado. Mis sospechas fueron siempre injustificadas. En el fondo, me costaba aceptar que María Dolores era más leal y más íntegra que yo. Un día, en medio de una de nuestras peleas adolescentes, se volvió hacia mí gritando: ¡Somos familia, no entendés que nunca te voy a lastimar porque somos familia! Nuestras discusiones siempre empezaban en serio, hasta que llegábamos a una fase donde quedábamos detenidas, mirándonos; normalmente había sido yo la responsable del desencuentro.

Llamé al mozo, estaba colgando la guirnalda de papel en la puerta.

Le pedí un vaso con agua y tomé dos gotas de Sepia para apartar los malos pensamientos.

—¿Te pasa algo? —preguntó mi hermana.

—Nada, ¿por?

—¿Para qué necesitás las gotas?

Inventé cualquier excusa:

—Para abrir el apetito.

—¡Mocito! —gritó—, no te entretengas con esa guirnalda, tenemos hambre.

El hombre se acercó a la mesa:

—¿Qué van a tomar? ¿Café con leche? ¿Té con limón? Esta mañana hicimos medialunas rellenas con crema pastelera, también tenemos tostadas de pan casero, pidan nomás, hoy corre por cuenta de la casa.

—A mi hermana le gustan los alfajores de maicena.

—También tengo, recién salidos del horno —dijo el mozo.

Como si hubiese adivinado mi pesadilla, muestra clara de mis celos, María Dolores me devolvió una mirada sincera con ojos verde Nilo, los de bondad. Éramos familia. Se acercó alegremente a la mesa de las viudas, pidió un desayuno completo y sacó de su pastillero las píldoras de la mañana. Se esforzaba por estar bien; varias veces le había pedido disculpas a mi marido tratando de recomponer la relación, pero nunca más quiso cruzarse con él en la cocina, ni lavar una taza, ni abrir la heladera, ni comer milanesas de soja. No obstante, continuó poniendo música y bailando sin considerar el silencio que Lucio necesitaba para trabajar en las traducciones.

—¿Y Yoli? ¿No viene? —preguntó después de tomar la medicación.

—Yolanda es casada, una mantenida en cierto sentido. Acá somos todas viudas —dijo Chiquita Paz mientras el mozo acercaba el pedido a la mesa redonda.

—¡Ay, chicas!, las voy a extrañar. Me quedaría a pasar el otoño, pero la semana que viene tengo que volver a casa porque mi viejo está solo, peor que solo, con la portera del orto. Pobre papá. Además, comiendo en el Alma mía aumenté dos kilos y no me aguanto —dijo María Dolores con ojos dorados, los de tristeza.

Felisa mordisqueó una tostada y la miró de arriba abajo:

—¿Dos kilos?, a tu edad los bajás enseguida.

—No creas —contestó mi hermana mientras le pedía una porción de manteca al mozo con una leve inclinación del dedo índice sobre el platito vacío.

Miró luego hacia el mar como si fuera algo consistente que pudiera recorrer entero con los ojos mientras tomaba el café con leche. Tuve la sospecha de que concebía su regreso a Flores como una obligación. Me pregunté cuál sería la diferencia sustancial entre nosotras, si vivíamos bajo la misma fisiología básica, ¿con qué derecho yo había considerado que mi hermana tenía que ocuparse de papá?

—Vas a extrañar el paisaje, decime si no —dijo Felisa.

—Claro, lo voy a extrañar. Vivo sobre Rivadavia, así que imaginate, ahí no tenés mar, ni montañas, ni pájaros volando. Si querés un pájaro, lo tenés que meter en una jaula. La única naturaleza que veo es la humedad del techo.

—He tenido problemas más graves que la humedad en los techos. Pero mirá el horizonte que tenemos esta mañana —contestó Felisa.

Chiquita:

—Elena no puede apreciar el horizonte, le molesta el resplandor.

Elenita estaba como ida, medio ausente.

Felisa reaccionó:

—El otro día le dije a Elenita que acá en la calle principal venden unos anteojos de sol que te caés de espalda. Los que ella se compró no sirven para el resplandor, tendría que usar un vidrio más oscuro.

Chiquita no iba a perder la oportunidad:

—Tampoco tolera la oscuridad, ¿quién la entiende?

—Yo la entiendo —dijo mi hermana—. Ni muy claro ni muy oscuro, vendría a ser un gris lo que Elen necesita, ¿o no, Elen?

Elena acercó lentamente su silla a la mía y, bajando la voz casi a nivel del susurro, me pidió que llamara a la ambulancia porque sentía un dolor insoportable en la cintura y había decidido volver a la Riviere.

—¿De nuevo, Elenita?, bajaste hace unos días —le dije.

—Sí, pero ahora estoy lista para el procedimiento.

—Imposible, está llegando el submarino, no voy a permitir que te pierdas ese viaje.

—¿Lo decís en serio, Nena?

Aproveché el murmullo cómplice y le pedí que sacara el tema de la Lorente, así como así, como de casualidad, a lo mejor Chiquita soltaba la lengua.

—Lo siento, no puedo —contestó mientras retiraba la cabeza como una tortuga para mirar hacia el ventanal.

Terminó de un trago el té con leche, se refugió en su hipoacusia y se mantuvo en silencio.

Chiquita:

—Secretos en reunión es mala educación.

¿Me habrá escuchado? Mejor desaparecer, volverme invisible, pensé. Pero la despedida de mi hermana no había terminado. Quedé muda, mientras Felisa cambiaba el tema de conversación:

—La semana que viene abren la peluquería. ¿Fueron a ver el local?, que alguien me explique por qué no hay espejos. ¿Dónde se ha visto?, es inconcebible una peluquería sin espejos. Melenita de oro va a ser un fracaso.

Chiquita:

—Dicen que hay que llevar una foto del peinado que te gusta.

—Y adivinar si te lo hacen —dijo María Dolores.

Felisa:

—Lo peor es que pusieron sillas de ruedas para ir de la tintura a la pileta. Falta que ofrezcan lupas para ver el catálogo de la coloración.

Chiquita:

—¡Qué falta de respeto!, piensan que somos inválidas.

Elena se agregó espontáneamente a la conversación:

—Hay que ubicarse, Melenita de oro es una peluquería para adultas mayores.

—No hay adultas mayores, hay mujeres lindas y mujeres feas, atrevidas y reprimidas, arregladas y desarregladas. Y vos sos de las mías, Elen, estás siempre divina —le dijo María Dolores.

Elena:

—Cuando dije adultas mayores no me refería a ninguna de nosotras, querida.

Chiquita respondió indignada:

—Ah, ¿no? Yo sé a quién te referías. ¿Pensás que no me doy cuenta? Mirá, Elena, ya me tenés cansada con tus indirectas, todo el pueblo

sabe lo que decís de mí.

Elenita, arreglándose la estola:

—No saltes que no hay charquito. ¿Qué dicen que digo?

—Que soy una vieja resentida, andás diciendo, me lo contó Yolanda.

La discusión se prolongó hasta que intervino María Dolores:

—Basta, chicas, no peleen. Salgamos a caminar, a ver si bajo estos kilos antes de irme. ¿Quién se prende? ¿Venís, Lu?, preguntó a la mesa de enfrente.

Luis, sin moverse de la silla:

—No puedo, rubia, hoy la incontinencia me tiene a mal traer.

—¿Y vos, Cris?

—Conmigo no cuentes. Se terminó mi cuarto de hora, estoy para subir a la Riviere.

—¿Nadie está de onda para moverse un rato? ¿Vamos nosotras, hermana?

—Vamos —contesté.

Se despidió de todos, le dio un beso con abrazo a cada uno. Recibió como regalo de despedida una mariposa bordada sobre batik y una tarjeta hecha a mano, firmada por todos, decía: Ojalá vuelvas pronto.

Salimos las dos a caminar:

—Así que Mati anduvo por el casino, ¿vos estabas? —pregunté.

—¿Te volviste loca, Nena? —contestó—, ¿mirá si me voy a encontrar con tu amante y no te lo voy a contar?, me enteré por Luis, parece que Mati acertó varios plenos seguidos y se enteró todo el mundo. Ojo, ahora que salió del velero, la Chechu se va a venir con todo. Alejate un tiempito, si podés.

—Cecilia no es el tema, está en la casa de los padres. El tema es que Matías no me llama.

—¿Estará con alguien?

Su tendencia paranoica inclinada a la sospecha me puso alerta:

—¿Decís que podría estar con otra?

No contestó, en vez de hablar se adelantó y avanzó por la rambla dando pequeños saltitos, se quitó el gorro y sacudió la cabeza. Su pelo rubio se mezcló suavemente con el aire, había comenzado a cantar una

canción que al principio no pude identificar. Regresó luego balanceándose hacia un lado y hacia el otro, entonando a viva voz el estribillo: *Si no supiste amar… ahora te puedes marchar…*

42

No necesité alejarme un *tiempito* como había sugerido mi hermana, especialista en encuentros y desencuentros amorosos, Matías había vuelto a circular por el pueblo y no me llamaba. Tuve que recurrir a una nueva dosis de Sepia para quitarme la amargura y mantenerme serena en el trabajo. Yolanda se había fracturado el cuello femoral, su tobillo cedió en el empedrado húmedo, cayó desplomada y ni siquiera la llamé para saber si necesitaba el suero. Eulogio quería firmar el consentimiento y los resultados de sus estudios todavía no habían llegado. Elenita y Cristóbal también me esperaban en la Riviere. Terminaba el día agotada, con el ceño fruncido y la expresión ensimismada de los que no pueden dormir. Salía de la clínica y me apagaba como si de a poco el cerebro desactivase sus circuitos. Apenas tenía fuerza para mantener la armonía en casa, evitar que María Dolores subiera el volumen de la radio y se pusiera a bailar en la cocina, o que Lucio comenzara a lustrar hornallas. Así las cosas en Bernina. Yo seguía preguntándome por qué Matías desaparecía de esa manera, dos por tres apagaba nuestra relación y cuando se le antojaba la volvía a encender. Qué ambivalente. Nunca fui de extrañar, pero lo extrañaba, no tanto a él como a mi nuevo modo de vida al lado de él. ¿Será esto extrañar?, me preguntaba. A lo mejor era eso que a mí me pasaba cuando veía la imagen de Matías en la mitad de la noche y construía un montón de teorías alrededor de su ausencia.

—Te entiendo, no sabés cómo te entiendo. Cuando lo vi a Mariucho tirado en la calle me puse igual que vos —me dijo mi hermana unos días antes de partir.

Después del entierro de mamá, María Dolores comenzó a divertirse con Mariucho. Antes de ser una alucinación, Mariucho había sido un muñeco de plástico que mi hermana se ponía entre las piernas. A

veces, en las noches, la escuchaba jadear y suspirar repitiendo su nombre. Una madrugada se acercó a mi cama en estado de desesperación para decirme que el muñeco se había negado a tener relaciones con ella y por eso había tenido que arrojarlo a la avenida. Lo vimos a la mañana siguiente desmembrado en la vereda. Lo fue a buscar, bajó a la avenida en bombacha y remera, le pidió perdón y después intentó pegarle la cabeza con Voligoma. Como no pudo, comenzó a llorar con lágrimas verdaderas, como no había llorado la muerte de mamá.

—Esto es distinto, María Dolores.

—¿Por qué?

—No sé, pero es distinto.

—Yo lo quise con locura a Mariucho, bajé a buscarlo cuando se cayó y se quebró todo, ¿te acordás?

—Me acuerdo que lo pegaste con Voligoma.

—Al menos hice el intento. Vos, en cambio, no movés un dedo por Matías, no parás de trabajar. Andá a buscarlo, a lo mejor está en el velero, como la otra vez.

Existía esa posibilidad, a Matías le gustaba estar cerca del mar, sacando fotos hasta que se hiciera de noche para luego dejarse hamacar por el velero y dormir como si estuviera en una cuna mecido por su mamá.

—Tenés razón, antes de ir a la Riviere voy a pasar por el puerto.

—Obvio, Nena, date una vuelta.

—No fui hasta ahora porque no me gusta nada este papel lastimoso de mujer abandonada, no me acostumbro a ser así.

—Entonces salí de ahí, no hay nada peor que una amante sin esperanza.

Mis sentimientos eran ambiguos. ¿Por qué tenía que ir a buscarlo si él era parte de mí?, un satélite girando alrededor de mi campo gravitatorio. Aquel día, mientras hablaba con mi hermana, yo estaba sintiendo dos cosas al mismo tiempo:

—Querría encontrarlo, pero lo que más quiero es que me encuentre él a mí, ¿entendés?

—Mirá, muñeca, te lo dije mil veces, si querés tener un amante, tenés que estar preparada para la contradicción.

No me costaría nada pasar por el puerto antes de ir a la Riviere o levantarme al alba y esperarlo en la cueva de las rocas hasta convertirme en un accidente geográfico, pensé.

María Dolores había empezado a preparar la valija. Lucio daba vueltas por la casa, se notaba en el aire el alivio que sentía; sus ganas de que mi hermana se fuera levantaban una especie de brisa, vibraban en la atmósfera. Por fin, parecía decir con un suspiro, mi hermana le resultaba amenazante. Una mañana, mientras me vestía para ir a trabajar, entendí que algo le estaba pasando a Lucio con la contaminación del ambiente, a cada rato miraba el aerosol que mataba bacterias.

—Subo a la Riviere, Lucio.

Él fue a buscar el changuito que usaba para hacer las compras:

—Dejame en el supermercado —dijo.

María Dolores gritó desde su habitación:

—Nena, cuando vuelvas, traé rosas para llevarle a papá.

¿Rosas? Tuve que hacerle entender que todavía faltaban unos días para su regreso, las rosas se iban a estropear. Rosas. La colina de la Riviere estaba plagada de rosales que florecían en octubre y brotaban de nuevo al comienzo del otoño, como buscando la ocasión de volver, antes de hibernar en la siguiente nevada. Las rosas se cuidan, se saben lindas, no quieren ser orquídeas, no envidian la luminosidad de las magnolias. Son únicas. Mi padre las había cultivado en el balcón, las regaba puntualmente, les ponía cáscara de huevo para fertilizarlas. Con el agravamiento de su enfermedad, en los maceteros quedaron solo troncos secos, pero él nunca dejó de regarlos. Evocaba las antiguas rosas, rojo carnoso, blancas, amarillas, como las que brotaban antes de que su memoria se fuera quién sabe dónde. En esa habitación oscura que era la memoria de mi padre, habían sobrevivido las rosas. Pero ¿de qué servía volver a recordar? Con la cercanía de María Dolores me venían a la cabeza antiguas cuestiones de familia, y no sabía dónde ubicarlas. Varias veces les pregunté a los viejos cómo se las arreglaban con lo irreversible del pasado, nunca me dieron una respuesta clara, se perdían en las palabras. Lo importante es no

atormentar a los demás con anécdotas de antes, me había dicho Enrique Pietri, lo ideal sería parecerse a las computadoras, tener mucha memoria pero ningún recuerdo. Así las cosas, María Dolores no llevaría rosas para papá.

Subí a la Riviere pensando en Matías, no quise pasar por el puerto. Desperté de pronto en un estado de claridad que barría las fantasías como un velo de telarañas, y me dije, si quiere que estemos juntos, que venga a buscarme. El lubricante de la maquinaria amorosa es hacerse desear, el silencio discreto debe ser la respuesta eficaz a la ausencia de un amante. Estaba tan segura de esto último que le hubiese puesto sello y firma en ese mismo instante.

Llegué a la clínica despejada y dispuesta a trabajar. Le saqué el alma al cuerpo y me sentí renovada, sumergida en un medio más leve que el aire.

43

Odio a los guardias, representan lo peor, se mueven en la niebla, forman parte de la oscuridad. Hoy están escondidos detrás de los pinos, vigilando. Los ignoro. Estaciono cerca del portón. El portón de la Riviere es uno de esos labrados que de lejos parecen una puntilla bordada, pero, si falla el sistema automático y tengo que abrirlo a mano, pesa como si la potencia de un ciclón estuviera detrás.

Después de la despedida de María Dolores, Elenita se las ingenió para volver a internarse; desde la ventana, lanza una de esas miradas demandantes que acostumbra a dedicarme cada vez que llego. Levanto la mano para saludarla. Tiene la costumbre de pedir el suero una tarde y arrepentirse antes de la noche. Subo a su habitación. Nena, vos que sos inteligente, explicame cómo hay que acomodar la vida cuando las cosas se ponen irreversibles, hubiese preferido venir antes a Bernina, a los setenta y pico. Ella cree que setenta o noventa pueden homologarse porque la pérdida de la juventud es tan arrasadora que a cierta altura no hay más edad. Pero algo de placer encuentra en la longevidad, cada vez que llega la hora del suero, me dice la misma frase: Mejor lo dejamos para mañana, Nena, pedime un helado de vainilla.

Traen el desayuno: bizcochuelo de naranja, té con leche. Elenita dice que el bizcochuelo tendría que estar un poco más húmedo. Hoy es una mañana difícil en la clínica, la enfermera más joven del plantel intentó evitar la firma de un consentimiento diciéndole al anciano que le quedaba un mes de vida y que en un mes podían pasarle muchas cosas. Lancy la llamó inmediatamente a su oficina y, dicen, le habló a los gritos. ¿Qué cosas cree usted que podrían pasarle a este hombre en un mes?, le diré exactamente lo que va a ocurrir, dentro de unos días comenzará a ahogarse, el aire será cada vez más escaso y sus pulmones llenos de agua no podrán respirar; será un anciano a la deriva, girando apenas la cabeza retenida por la máscara de oxígeno, acercará la mirada a la ventana y ni siquiera querrá ver el mar. Eso es todo lo que

podría pasarle a este hombre, vociferaba el director.

—Lancy no tiene miramientos, Nena, aunque conmigo es amoroso. Si yo fuera un poco más joven, no sé qué pasaría entre nosotros. Me encanta ese tipo de hombre, cuando viaja a Europa vuelve con trajes elegantes. Es de familia acomodada, ¿sabías?, sus parientes están en la Patagonia desde hace doscientos años.

—¿Cómo sabés todo eso?

—Él me lo contó, le gusta hablar conmigo.

Comienza a hablar de Cristóbal. Todavía no la invitó a salir. Ella y sus amores me agotan la paciencia, la escucho como si estuviéramos debajo del agua, con un retumbar de los oídos. Dice que en sus tiempos de adolescente se preguntaba para qué podía servir llegar a viejo y ahora sigue pensando lo mismo. Tiene miedo de que Cristóbal sea uno de esos que envejecen con renguera y pierden las ganas de todo.

—Al menos, no tiene orejas carnosas cubiertas de pelos por dentro y por fuera. Además, se viste bien, trajo de todo a Bernina, dos valijas repletas con trajes, camisas y corbatas de colores. Felisa dice que lo peor de este pueblo son los guardias que no te dejan salir a comprar ropa.

La dejé peinándose en el tocador sin espejo. Todavía no son las once de la mañana, pero estoy agotada. Paso por la suite de Eulogio. Quiere hablar conmigo, le preocupa su desinhibición. ¿Viene todo junto o de a poco? ¿No es insoportable que un padre diga cualquier cosa delante de sus hijos? ¿Qué pasa si a uno le da por desvestirse o por contar anécdotas del pasado que nadie debería conocer?, me pregunta. Lancy le contó que mi padre tiene alzhéimer, y quiere conocer mi versión como hija, no se fía de los manuales:

—Contame cómo es, Nena.

—Un espanto. Pero mi abuela Encarnación decía que no había que discutir sobre la capota cuando todavía no habías comprado el convertible. Así que esperaremos el resultado de los estudios, están por llegar.

Es insólito que las palabras de mi abuela lo devuelvan a la realidad que existe fuera de Bernina. La realidad de la luz del sol, de su consultorio a la calle. Después de separarse, Eulogio salió con varias

mujeres y ahora se plantea la pregunta de cuántas verdades acerca de la naturaleza femenina había entendido sin llegar a decirse que se había cansado de todas.

—Tengo que presentarte a mi amiga Elena —le dije—, estos temas amorosos son sus favoritos.

Conversamos hasta tarde, hasta que recibí, al fin, un llamado de Matías. El alma, que se me había ido, regresó a mi cuerpo. Me retiré de la suite con delicadas disculpas y caminé por el pasillo de punta a punta, con el teléfono en la mano.

—¿Nos vemos?, te extraño, Celeste. ¿Podés pasar por el estudio?, tenemos que ensayar el plan suite.

—¿A qué hora?

—A la hora de la siesta.

¿Ensayar? Me sacaba de las casillas, era como para persignarse, Matías nunca actuaba fuera de su estilo, su estilo era actuar como se le daba la gana y su manera de existir era en la efervescencia de los impulsos. ¿Ensayar? Lo que necesita es una perspectiva, un marco para la ilusión, pensé. Si queríamos pasar una noche en la Riviere, teníamos que apurarnos, antes de que Lancy aumentara los controles a la luz de lo ocurrido con la enfermera rebelde.

Me puse inmediatamente en movimiento. Llamé a Krofman, mi segundo aliado y confidente, el primer lugar era de Elena. Le hablé del plan, hice una síntesis breve, no quise entrar en detalles. Krofman reflexionó un momento y, sin demasiada convicción, me preguntó: ¿Vendría a ser una noche de amor lo que ustedes están buscando? *Ponele que sí, que se llama noche de amor, con los médicos no hay que andar discutiendo, hermana, no importa si son homeópatas, alópatas o psicópatas.* Sí, doctor, nada más que una noche, contesté. El doctor hizo un largo silencio. Lo imaginé frente a la computadora, envuelto en su cárdigan clásico y holgado, revisando fórmulas. Al rato, dijo que estaba dispuesto a ayudarme con un preparado simple: hongos Lepiota y flores de Aguatina. Hacían falta veinte gotas, ni una más ni una menos, para que Matías pudiera ingresar a la Riviere con síntomas de envenenamiento y sin despertar sospechas.

—Perfecto, doctor.

—Las preparo ahora mismo —contestó.

—Gracias, mil gracias, cuando salga de la clínica, las paso a buscar.

44

—Quiero que estemos en condiciones de no dudar —me dijo Matías.

Le mostré el gotero, lo miró a trasluz. Quería hacer la prueba con el gato de Yolanda.

—¿Te parece? —pregunté—. No sé, Yolanda se rompió la cadera, si el gato se descompone no lo va a poder atender. Roberto no se ocupa de las mascotas.

—¿Cincuenta y siete años de casados y todavía no se ocupa de las mascotas? Bueno, no sé de qué me asombro, Cecilia haría lo mismo.

El gato de Yolanda nos visitaba seguido, aparecía en el jardín, se inmiscuía sigiloso por la ventana para molestar a Jaime. Había convertido en hilachas el mandala de la cortina hindú. Le hicimos tomar una dosis pequeña, lo mínimo, una gota.

—¿Qué efecto tienen? —preguntó Matías.

—En humanos, somnolencia y náuseas, nada importante. En el gato no sé, algo parecido, supongo.

—¿Cuánto dura el efecto?

—Dos o tres horas, dijo Krofman.

—Demasiado.

—Peor es simular un corte en las venas.

—Tenés razón.

—Vas a tener que pasar por la clínica a firmar el consentimiento. Decile a Lancy que intentaste suicidarte varias veces y que si no recibís ayuda lo vas a seguir intentando.

Se quedó callado. Me miró con ojos melancólicos.

—Si firmo el consentimiento no salgo más de este pueblo, Celeste.

—No te preocupes, después me ocupo de renovar tu permiso.

—¿Le preguntaste al homeópata cuántas gotas hay que tomar?

—Veinte, debajo de la lengua. Ni una más ni una menos. Antes, tenés que agitar diez veces el frasco, no te olvides.

—¿Y después?

—Esperás las primeras náuseas, llamás a la ambulancia, llegás a la Riviere con síntomas de envenenamiento y te damos la suite presidencial. Manejo mis horarios, puedo estar para recibirte.

—Desnuda, nada debajo del delantal.

—Voy a llevar una lencería que te vas a desmayar, vas a pasar la mejor noche de tu vida.

—Dame el gotero.

—Guardalo, no lo dejes al alcance de tu perro.

—Jaime va a venir conmigo, vayan preparando la suite presidencial para los tres.

—¿Te volviste loco? Ni lo sueñes, no podés ir con Jaime a la Riviere.

—No lo voy a dejar solo, Cecilia sigue en la casa de los padres.

—Qué buena noticia.

Comienzo a desvestirme. Me toca. No sé por qué a Matías le gustan mis piernas si son finitas como un junco.

—Vos no sos como Lucio, estoy convencida de que se casó conmigo para tener una médica al lado.

—No soy como Lucio ni me interesa serlo.

Nos besamos no sé durante cuánto tiempo, sus besos borran mi noción de temporalidad. Me pregunto si es correcto llamar éxtasis a la sexualidad que tenemos. Me siento avergonzada por cómo me deja temblando, de repente desaparece en mi cuerpo y es imposible de localizar, se convierte en un medio, en un instrumento de placer. Yo no sabía que el placer podía ser tan fácil. Cuando está encima mío, es todos los hombres que no pude tener. Cuando estoy encima de Matías, voy con el tiempo hacia atrás y tengo veintiuno, dieciocho, catorce, comencé a experimentar temprano. Cada vez que nos levantamos del colchón, se pone a conversar de cosas sueltas, películas, trabajos para la revista. Hoy, por suerte, no habla de su madre; trae dos tazas de café recalentado y dos galletitas.

—¿Te gustan? —pregunta.

Las galletitas son pócimas extrañas, se incorporan a nuestro encuentro y lo vuelven deslumbrante.

—Me gustan más que nada en el mundo —contesto.

—En estos días está llegando el Golden Shark.

—Sí, lo escuché en la radio.

—Tenemos que preparar el viaje.

—Mi amiga Elena quiere venir con nosotros.

De pronto, escucho un extraño ronroneo:

—¿Qué le pasa al gato?

—Uy, qué mal que está, no lo había visto —dice Matías.

Tembloroso y enclenque, el gato aullaba y se revolcaba sobre la alfombra. Le dimos agua, lo acariciamos. Emitió un esputo ruidoso y quedó tendido o desmayado, después se arqueó y comenzó a convulsionar. Ese gato no había significado nada para mí, era solo un felino peludo y molesto. Pero al verlo en peligro, me olvidé del plan suite y de todo lo demás, la cama confortable, el sillón aterciopelado, los almohadones de pluma, los balcones de la Riviere, el sexo descontrolado y el cielo cuando es de noche. Se esfumó todo en un santiamén. Me sentí rara, como si un ser extremadamente bondadoso se hubiera apoderado de mí.

Quise salvar al gato, practiqué masajes en su corazón, un golpe eficaz en el abdomen para provocar el vómito, cinco minutos de respiración boca a boca. El tiempo corría, de tanto ocuparme de la muerte, había olvidado las maniobras de reanimación. Cuando el animalito se puso rígido y casi sin pulso, tuve ganas de salir corriendo a la veterinaria. ¿Había que sacrificar al gato para pasar una noche con Matías?

45

—No puedo con esto, te juro que no puedo. No soy nadie para arriesgar la vida de este animal.

—Pará un poco, ¿qué le diste?, ¿qué hay en el gotero?

—Flores. No puedo con esto, ¿no entendés que no puedo?

El gato perdía tono muscular.

—Decime que no le va a pasar nada, jurame que no se va a morir.

—¿Podés parar, por favor, Celeste? No pasa nada si se muere un gato, no tiene ninguna importancia.

—Para mí significa un montón, lo quiero salvar.

No sé por qué todo se transformó de golpe, mi visión de los gatos, los perros, las nubes, los pájaros. Y lo peor, lo más amargo, fue identificarme con la frase de Cristóbal y convertirme, sin metáforas ni deslizamientos, en la médica que manda al otro mundo. Comencé a moverme inquieta de un lado a otro del estudio:

—Tengo que hacer algo. Necesito que se recupere.

Lo envolví en mi abrigo, salí a la calle cargada de sentimientos que nunca había tenido. Quería llegar lo antes posible a la veterinaria. Pensaba en todos mis actos. Matías quiso acompañarme y le dije que no era necesario, ¿para qué?, si estábamos obligados a caminar por veredas distintas. En el camino me frenó un guardia, quiso interrogarme y lo esquivé con excusas.

La veterinaria era una anciana, con solo mirar al gato, tuvo claro que no había marcha atrás. Y yo, con solo mirarla, supe que tenía las palmas de las manos enrojecidas, dilatación de las venas finas, probable cirrosis hepática. Lo siento, el gato no tiene salvación, está en manos de Dios, dijo mientras lo exploraba detrás de sus anteojos de aumento. Perdón por la pregunta, agregó, ¿sos la médica que trabaja en la Riviere? Soy la que no tiene salvación si no hacés algo ahora mismo por este gato, pensé, soy la que te va a recibir en lo alto de la colina cuando no soportes la cirrosis; en síntesis, soy la que te va a

mandar al otro mundo. Quedé muda, observar la muerte había sido algo fascinante, como ver caer una estrella que brilla, desaparece y se la traga el cielo; había dado por hecho que siempre iba a ser así. Nunca tenían que faltar las sensaciones que me apuntalaban para llevar a cabo mi tarea. Pero, en ese instante, supe que la muerte era una falla en el sistema. Por suerte, me dije, el gato no es consciente de nada, no sabe nada y nada va a saber porque es solamente un gato. Todo eso pensé antes de contestar:

—Sí, trabajo en la Riviere.

—Lamento no poder hacer nada, doctora, ¿tu nombre?

De nuevo había llegado la pregunta. No podía pronunciar mi nombre, era más horrible que nunca, pero al final lo solté:

—Encarnación, pero me dicen Nena.

—Lo siento, Nena —dijo la veterinaria.

Regresé al estudio con un viento en contra que lastimaba. Nunca había sentido un frío así. Me acordé de Lucio y de sus medidas de cuidado, la posibilidad de la gripe, la fiebre, la neumonía. Era merecedora de todo eso junto.

El gato murió después de dos horas, convulsionando. Lo enterramos en el jardín del estudio con un silencio respetuoso, debajo de la magnolia. No hubo oraciones, ni panegíricos, nada. Solo una lomita de tierra.

—La culpa es de tu homeópata —dijo Matías.

—No, la culpa es mía.

—Me pregunto qué clase de flores habrá puesto Krofman en ese gotero.

Flores. Escuchar esa palabra era como apretar un botón. Reaparecieron, con toda su potencia, las imágenes del pasado. Mi padre regando las plantas. Había sido amable con las rosas, lo mismo que con sus hijas. Mi padre, la jaula, los canarios, los rosales secos, el portarretratos con la foto de mamá, María Dolores en la cama con cualquiera, con el diariero de la esquina, con el vecino, con el muñeco Mariucho, todos desfilando por su cuerpo y ella revolcándose con ellos. Flores. Imposible entender la singularidad de mi hermana. Dios

le da pan al que no tiene dientes, pensaba yo. Si fuera un poco parecida a ella, no digo en todo, si tuviera por lo menos su color de ojos, su pelo, tal vez mi destino habría sido otro. Flores. ¿Cómo reaccionaría mamá si se enterase de lo que pasó con el gato? Pensaría que soy una asesina. Demasiadas cosas del pasado me invadieron mientras Matías trataba de calmarme, le restaba importancia al gato, intentaba hacerme entender que teníamos que seguir adelante con el plan. ¿Estás seguro?, le pregunté, esperando una reacción que al final llegó:

—Estoy seguro, parecerse a un suicida no puede ser tan complicado, aguanto un par de convulsiones, pido una ambulancia y voy directo a la Riviere.

Lo dijo convencido, como sellando el trato.

Pasamos largos minutos en el jardín. La tarde era íntima, infinita. Habíamos encontrado el punto singular de complicidad, ninguno perdía la medida propia. Antes de enterrar al gato, Jaime había intentado traerlo de nuevo a la vida sacudiéndolo con el hocico. Los perros no son indiferentes, pensé. Yo misma había dejado de ser indiferente, me sentía distinta, como si mi antigua manera de ser hubiese colapsado.

Regresé a casa por el camino de la costa. Estacioné cerca de la rambla para ver el atardecer, era sorprendente, abandoné el auto y caminé. Al pasar por la puerta del Inmaculado me encontré en el reflejo de los vidrios y vi mi cara, la neblina austera, el otoño en los cipreses y el cielo como de bronce en polvo, ¿cómo había sido capaz de ignorar ese paisaje? Estuve así, en suspenso, observando el entorno por primera vez, las aves, el cielo cambiante, las calandrias remontando vuelo. Durante varios días fue todo distinto, el olor de la lluvia, la forma de las nubes, todo distinto.

46

En mis noches sensibles dormí abrazada a Lucio y él fue cálido conmigo. No volvió a adueñarse del acolchado de plumas. Ante mi debilidad, apareció un marido diferente. Quería conversar, mirar una serie, hacer el amor. Me gustaba que Lucio fuera compañero, le daba algún sentido al matrimonio. Comenzó a decirme que me quería y entendía mi comportamiento, mi padre había sido un tirano en secreto que terminó enfermándose del mal más agobiante que un hijo era capaz de soportar; entre la tiranía de mi padre y los delirios de mi hermana, había sido una buena decisión instalarnos en Bernina y hacer nuestra vida. Su interpretación no me molestó, me pareció interesante, me hizo pensar.

Una tarde me llamaron de la clínica para que atendiera a una suicida que había llegado a Bernina el día anterior. Desde el mediodía, Lucio estuvo tratando de convencerme para que, en vez de ir a trabajar, fuera a pasear con mi hermana antes de que se fuera. Ahí, a un costado del jardín, descalza, María Dolores caminaba sobre la maleza descuidada, miraba el cielo y hacía un raro silbido para atraer a los pájaros. Aproveché que Lucio estaba ordenando el living y la llamé desde la ventana de la cocina. Compartimos un café.

—Quiero volver a Flores, Nena, no puedo más con el olor a lavandina, tu casa está impregnada.

—Sí.

—No sé cómo podés vivir así, en este encierro, ¿no extrañás la ciudad?

Había perdido el gusto por la ciudad, Lucio tenía razón, allá era todo vertiginoso, accidentado. Bernina no tenía vueltas, ahí no se maquillaba nada, vivir y morir eran la única cosa, no había vidrieras vendiendo objetos inútiles, ni transeúntes enajenados, ni coches yendo rápido hacia alguna parte; nadie creía que todo estaba a su alcance o que el tiempo sobraba, nadie esperaba un futuro promisorio.

—No extraño la ciudad —contesté.

—¿Hoy trabajás?

—Sí, ya me voy, me esperan en la Riviere.

Tuve que esforzarme para salir de casa, mi visión de las cosas había cambiado. Descubrí nuevos rosales al subir la colina, rosales arbustivos, miniatura, grandiflora. Los libros de botánica me invadieron la cabeza, tendría que haber sido agrónoma, pensé. Me deslumbré con una bandada de pájaros, iban todos en hilera, tendría que haber sido ornitóloga. Miré el mar, tendría que haber sido oceanógrafa, cualquier cosa menos médica tendría que haber sido, pensé mientras se abría el portón de la Riviere. Qué desorden sentí, un revoltijo interior, un caos, no lograba estar a la altura de mi función. Fue como si nunca hubiera estado ahí, o como si hubiese estado alguna vez, pero en otra dimensión.

En la secretaría, sobre el escritorio, leí el consentimiento firmado por la suicida. Se llamaba Carmen. Se alojaba en una suite del segundo piso. Era una mujer joven, con carácter, tenía una voz profunda, como de actriz. Me esperaba en el sofá, mordiéndose las uñas y quitándole pelusitas al terciopelo. Me senté a su lado y quise conversar, pero ella enseguida se levantó y fue hacia la cama dispuesta a comenzar. No me dejó explicarle de qué se trataba. Le coloqué la vía. En vez de mirar el mar y perderse en el paisaje como hacían otros, Carmen comenzó a decir:

—Esto que estamos haciendo no tiene perdón.

En otro momento hubiese acelerado el procedimiento, pero esta vez me puse mal, como si su muerte se me viniera encima. Traté de persuadirla:

—Estamos a tiempo, Carmen, todavía puede cambiar de idea.

—Cállese, por favor, no la quiero escuchar. Usted no tiene escrúpulos ni moral, usted es como una sombra y pretende conversar conmigo, que nunca dejé de ser una persona decente.

Cierto, soy una sombra, la sombra de mi hermana, la sombra del

departamento de la avenida Rivadavia con sus muebles y utensilios oxidados, sus sartenes con frituras inmemoriales, su heladera ruidosa y el ventilador dando vueltas. Y también soy la sombra de Matías, porque aunque suene cursi, él vendría a ser mi luz, cuando me falta se hace de noche y todo desaparece.

—Carmen, escúcheme, el suero tiene dos partes; tres, cuando agrego unas gotas que borran la nostalgia. Ahora vamos a comenzar, es una sedación que quita parcialmente la conciencia, la voy a graduar al mínimo para que usted tenga tiempo de reflexionar, ¿de acuerdo?

—No diga estupideces y no me explique nada, hágame el favor. No llegué hasta acá para arrepentirme. Firmé un consentimiento, tengo la decisión tomada.

Miré alrededor. Alfombras, cortinados, pinturas auténticas, muebles adquiridos en la Feria de Milán. En vez de una suite lujosa, vi un recinto cerrado y sin espejos, una triste habitación. Y ahí estábamos las dos, escuchando a las diucas que cantaban a lo loco cuando comenzaba marzo y el tiempo se ponía desapacible. Respirábamos el mismo aire, la misma agonía sofisticada y enferma. Carmen, con esa hidalguía que otorga la decisión de no sufrir. Yo, en mi peor aspecto, un alma timorata a pesar de la negrura de mi corazón. Yo había matado al gato.

El suero corría. Algo en la suite convirtió el tiempo en una especie de aparato mal hecho que no funcionaba. Era un tiempo vetusto, caducado.

—¿Cuántos años tiene, Carmen?

—Varios más que usted.

—Podríamos romper ahora mismo los papeles que usted firmó.

—Le agradezco el ofrecimiento, pero sigamos.

La atmósfera era densa, opaca.

—¿Prefiere que salgamos al balcón?, está climatizado. Podríamos mirar el paisaje, es extraordinario.

—Estoy bien así.

—Dígame al menos cuál es su última voluntad.

—Que se olviden de mí y que dejen mis cenizas en un cofre. No las tiren al mar, no me gusta este mar.

—A mí tampoco, pero desde hace algunos días lo veo con otros ojos.

—Es bueno cambiar el punto de vista.

—Podría cambiar el suyo, le estoy ofreciendo una salida.

—Déjeme en paz.

Dejarla en paz era desparramar sus cenizas en la cordillera o apilarlas en el sótano. Imaginé el descenso. La contraseña: Gioconda02. Todo era horrible allá abajo, las figuras de lapislázuli, el dorado de los muros. Adornos de un túnel putrefacto. Asfixia, estupor y luz fría. Serie negra repleta de vacío. No sabría cómo definir la cripta, cualquier expresión es insuficiente. Hay espacios que no deberían ni siquiera tener nombre.

—¿Por qué tomó esta decisión?

Me agarró la mano, hizo girar mi anillo de casamiento. Contó una pesadilla recurrente que, en clave onírica, era su biografía de mujer abandonada.

—Lo siento —murmuré.

Días atrás, su historia de amor me hubiese fastidiado, pero en esa ocasión el relato sentimental me llevó a hacer lo que nunca había hecho: cerré el goteo. Rogué que Lancy no se enterara.

Carmen se incorporó en la cama, apoyó la cabeza en el respaldo:

—¿Por qué lo hace? —preguntó.

—No sé, nunca me había pasado algo así.

Caminé confundida en dirección al ventanal, como el asesino que pretende abandonar la escena antes del crimen. Había una luz azulada del otro lado del cristal. Vi la Riviere en su totalidad como un castillo negro; a Lancy como un especulador desenfrenado; a las Botticelli, rubias glaciares con delantales vistosos, como manipuladoras inescrupulosas. Temblé al pensar que algún día iba a tener que llevar a cabo el procedimiento con mis amigas viudas. Pensé en Felisa y en los campos de Varsovia, la imaginé con catorce años escapando a París sin pertenencias y sin familia. Pensé en Elena y sus amantes, la tarde de lluvia en un coche; Elena no quería atrapar el amor para que dejara de ser imaginario, quería confinarlo al recuerdo para que siguiera vivo. Pensé también en Luis, en Cristóbal y en la señora Lorente. No había nadie con quien no me sintiera afectivamente involucrada.

—Me pasa que hoy estoy de acuerdo con lo que usted dijo hace un rato, Carmen.

—¿Qué cosa?

—Lo que estamos haciendo no tiene perdón.

—No necesito que usted se ponga a reflexionar.

—¿Tiene hijos?

—Tres.

—¿Lo saben?

—Por supuesto que no. Que se ocupe el padre de hablar con ellos —contestó con frialdad.

Quise decirle que no valía la pena, con el tiempo su dolor pasaría.

Se había quedado quieta, mirando el techo. Parecía un cisne o un ángel, tenía un camisón blanco y vaporoso; una aureola de pelo rubio, la nariz delineada. Piedad o consideración, me obligué a abrir nuevamente el goteo. No sin antes duplicar la dosis homeopática, diez gotas de adelfa, seis de crisantemo, cuatro de acónito. La realidad, tal como habíamos sabido entenderla aquella tarde en la suite, perdió sus coordenadas, Carmen se entregó suavemente al procedimiento. Sentí lo mismo que ella durante un instante, la distancia de los que seguirían respirando, lo irreversible, el pánico, pero también el alivio.

47

Me había acostumbrado a su cercanía, a su magnífica libertad, al emblema de ese rincón secreto que era el pastillero con forma de corazón que concentraba la alegría y el equilibrio en una píldora de color rosa. Pero María Dolores iba a regresar a Flores.

—Me tengo que ir, papá está solo, peor que solo, con la portera del orto —dijo excusándose.

Jamás había notado de forma tan directa aquel costado cariñoso de María Dolores, lo percibí claramente cuando me pidió rosas para llevarle a papá, pensando que los pétalos soportarían el trajín de la ruta, el vuelo y el recorrido del taxi desde el aeroparque a Flores. Estoy conmovida, todo me afecta a partir de la muerte del gato. El gato. Matías llamó para decirme que el jardín había comenzado a inundarse con la lluvia y el gato apareció fuera del pozo tendido en el barro, con la boca abierta mostrando los dientes. Parecía revivir bajo la forma de sus consecuencias.

—Cómo me gusta este cielo —dijo María Dolores asomada a la ventana.

Comienza a cerrar la valija. No quiere hablar del gato ni de ninguna otra cuestión que pueda entristecerla. Ama a las mascotas, es habitual en ella esquivar conversaciones desagradables con alguna pincelada sobre el cielo, los pájaros. Acepto, no quiero incomodarla. Le hablo de la mañana envuelta en una bruma rosada. No sabe cuándo nos volveremos a ver. La ayudo con el equipaje, se despide de Lucio con un abrazo que parece sincero, pero al subir al auto cierra la puerta, me mira con ojos saltones, los de maldad, y dice:

—Separate de este pelotudo.

Vamos hacia al aeropuerto. Los guardias no revisan el baúl, pero recorren con la mirada el interior del auto y nos piden los documentos.

—¿Qué les pasa a estos tipos? ¿Piensan que me voy a llevar un viejo?, como si no alcanzara con el que tengo en casa —murmura.

—No digas nada, dejame hablar a mí.

Les explico a dónde vamos. Soy amable, necesito llevarme bien con ellos, será que les tengo miedo. No son lobos hambrientos, pero llegan en manada y son capaces de mostrar sus dientes filosos. Levantan la barrera. Piso el acelerador, el auto sube como trepando con esfuerzo la montaña.

Descubro el camino, lo observo por primera vez. En la curva se encuentra el refugio para alpinistas, olvidado bajo la nieve. Más adelante se abren dos kilómetros de ruta a través de una hilera de pinos altísimos y una zona en la que brotaron crisantemos. A la izquierda, el mar; a la derecha, la cordillera y sus picos de nieve. No cambiaría todo esto por la forma superficial de la ciudad, ni por la trivialidad del Caribe y sus palmeras, ni por las luces amarillas de Roma. Mi única turbación es el gato de Yolanda. Que no vive, que tuvo ojos verdes y arañaba un mandala. Este estado no puede durar mucho tiempo más, cada vez que pienso en el gato tengo una visión rencorosa de mí.

—Lo que estás sintiendo se llama culpa, muñeca.

Culpa, ¿alguna vez me estremecí con la culpa? ¿Alguna vez tuve esa clase de sentimientos? Cuando le tocó irse a mi madre, su muerte no fue nada, fue un vestido de luto y dos retratos, uno encima del aparador y otro en la mesa de luz. Pero ahora, qué raro, la imagen del gato me sigue a todas partes y me hace pensar en lo perdido. ¿Será la Sepia en gotas?, quizá.

—¿Habrán sobrevivido mis canarios?, me parece que cuando llegue les voy a comprar una jaula nueva.

—Comprala con mi tarjeta.

No lo digo por compromiso, lo digo porque en este momento los pájaros me resultan agradables, y también los árboles y el perfume tenue, como de lluvia, que desprenden los cipreses. Me pregunto hasta cuándo seré vulnerable. No sé cómo hay gente que puede vivir de esta manera.

María Dolores abre la ventanilla, conmovida por la gran extensión sonora del monte. Compadezco a los perceptivos que ven las hojas

como si fueran de encaje y los troncos de los árboles como si tuvieran incrustaciones de brillantes. Con este nivel de sensibilidad mi vida en la Riviere se convertiría en un estado apenas controlable de dramatismo.

Llegamos al aeropuerto, compro el rubor para Felisa, nunca me dijo la marca y el color que había usado, pero mi hermana me ayuda a elegir uno que seguro le va a gustar. Pido dos cafés. Nos sentamos a una mesa, junto a la ventana, se ve la pista de despegue y las nubes al fondo como un telón pesado. Ninguna dice una palabra. Hoy no puedo ni con la luz del día, me pregunto en qué momento me descuidé y permití que las gotas homeopáticas hicieran este destrozo sensible con mi vida. Miro el avión detenido, la tristeza me domina. Tomamos el café en silencio y al terminarlo, decimos lo necesario:

—No te olvides de llamarme cuando llegues.

—Claro, muñeca.

—Decile a la portera que a fin de mes puede contar con el dinero. Y vos también, pedime lo que haga falta.

—¡Esa es mi hermana! —gritó.

Cada vez que nos separamos María Dolores se queda un instante con la mirada fija, como si mirase hacia adentro en vez de mirar hacia afuera, y ese gesto suyo me hace sentir extrañamente sola. Se vistió igual que el día de su llegada, toda de negro, con el tapado largo hasta el suelo.

—Me tengo que ir, muñeca. Saludos a Mati. Suerte con el plan suite, no se olviden de mandarme fotos, los quiero ver festejando en el balcón.

—Te voy a extrañar —le dije.

—No es para tanto, te aviso cuando papá… ya sabés.

Me saluda y se aleja, se achica entre la gente hasta convertirse en un punto dorado. En el tumulto identifico su pelo y su gorro que huele a pájaros. Se va, aunque no del todo, seguirá hablando en mi interior.

Me quedo en el aeropuerto hasta ver el avión que levanta vuelo y se mete entre las nubes como si todo comenzara a suceder en otra parte.

48

Mi hermana se había ido y no quise volver a casa a desarmar su dormitorio. Caminé por el pueblo hasta que se hizo de noche, comí en el Alma mía, una pata de pollo con papas fritas. Después tuve que subir a la Riviere, me estaba llamando Cristóbal:

—Qué pena que se fue tu hermana. ¿Estás triste, Nena?, tenés una cara —me dijo cuando entré a la habitación.

—¿Por qué volviste, Cristóbal?

—Porque me mata la artrosis, mirá cómo tengo las manos.

—No es motivo para recibir el suero. Mejor te pido un calmante.

—Sí, pedime un calmante, y algo para levantar el ánimo, porque viste cómo es esto, un día estás bien y al otro día no se sabe.

—Sí.

—Mis amigos se cayeron como moscas, sabés.

—Vos tratá de hacer lo que te gusta, Cristóbal, así no te caés.

—¿Lo decís por Elenita?

—¿Qué? ¿Te gusta Elena? Ah, mirá, ahora entiendo, vas y venís de la Riviere porque andás detrás de ella.

—¿Qué hacemos si Lancy se entera, Nena?

—No pasa nada, no se va a enojar.

—Enojarse es cosa de viejos.

Pasamos largo rato enumerando las cosas de viejo. El enojo, el reclamo, no querer cambiar las costumbres, hablar del pasado, añorar, dormir poco, olvidar dónde pusiste la gorra y a qué hora tenés que tomar la pastilla, hablar sin filtro. Qué feo es hablar sin filtro, Nena.

Las cuatro, la madrugada es fría, la niebla se ilumina cuando la atraviesa algún relámpago. Espero que amanezca, salgo al balcón y tomo un café. De pronto, me sorprende una enfermera, atraviesa la suite, sale al balcón y viene hacia mí:

—Doctora, venga, hay un suicida en la salita de emergencias.

—¿Tengo que ir ahora? —pregunté con desgano.

Siempre evito pasar por ese lugar, el aire está cargado de un olor orgánico, animal. Además, no tenía ganas de trabajar, había sido un sábado interminable y todavía escuchaba los motores del avión que se había llevado a mi hermana.

—Bajo, Cristóbal, hay un suicida en la salita de emergencia.

—¿A esta hora?, tiene que ser alguien del pueblo.

—¿Se sabe quién es? —le pregunto a la enfermera.

—Alguien que vino a firmar hace unos días —contesta la Botticelli.

Sospecho, o mejor dicho, comprendo de repente, salgo corriendo al pasillo y subo al ascensor. Palpitaciones, sudoración. No sentiría todo esto mientras bajo en el ascensor si no creyera que es Matías el que acaba de ingresar. No había dormido ni siquiera un rato, pero eso fue como despertar. Con la horrible claridad mental que me aparece a las cuatro de la mañana, entiendo, caigo en la cuenta, me desespero, Matías vino a la Riviere sin avisarme. Llegó como esas pesadillas inundadas de imágenes que no se anulan hasta después del desayuno. Pero este no era el trato, las cosas no son así, Matías, no podés hacer lo que te da la gana, pienso.

Llego a la salita. Lo miro, es él. Dicen que está en coma, tiene los ojos vacíos, solo una línea entreabierta y sin brillo, sin su verde adriático. Sobre los hombros, el mismo suéter que usó cuando salimos a navegar en El Oráculo. ¿Qué tomaste, Matías? Mi primera reacción es llamar a Krofman. Marco su número de teléfono. Magia, animismo, omnipotencia de las ideas y todas las demás características que suelo atribuirle a mi homeópata se activan cuando me explica, medio dormido, pero con certeza, que los compuestos con hongos Lepiota y flores de Aguatina no dejan en coma a nadie. Nena, agregó convencido, tu amigo tomó algo más.

Mi colega encargado de emergencias trata de reanimarlo. Entro a ese ambiente repugnante, iluminado en exceso, con olor a cloroformo y a vendajes. Me quedo boquiabierta cuando escucho ladrar a Jaime. Te conozco, Matías, parecés dormido, pero dentro de poco vas a abrir los ojos, vas a mirar la cúpula de la sala como mirabas los árboles y sus copas contra el cielo y la lluvia desplomándose en la vereda. Pero ahora necesito saber qué tomaste, quiero que despiertes y salgas de la sombra. A veces sigo pensando que Matías es una sombra. María

Dolores dice que no tengo que preocuparme por eso, porque si fuera una sombra, tendría la misma arrogancia, la misma seducción.

¿Te das cuenta?, la suntuosidad de la Riviere hace estremecer a cualquiera, el misterio de esta clínica no se agazapa en penumbras y sonidos como ocurre en otras mansiones. Acá el misterio es el lujo, y a vos el lujo te queda bien, por eso reservé la suite presidencial. Los que entran por primera vez no lo pueden creer, se acercan a la ventana, descorren el cortinado de muselina, rozan el mecanismo automático que separa lentamente los vidrios y salen al balcón a ver el mar. Los primeros instantes se irán en eso. Si no hay viento, nos vamos a sentar en las reposeras a tomar un café razonable, no como ese chamuscado que vos preparás en el estudio. Hace un tiempo, Miguel Giacobini y su hijo Guillermo ocuparon la suite presidencial y todavía perdura un resto apenas perceptible de olor a mentol que me encanta. Actualmente se la disputan Cristóbal y Elenita. Tienen derecho, después de todo, solo morimos una vez. Pensá que dentro de un rato la suite presidencial va a ser para nosotros. Sin Cecilia y sin Lucio. Qué confusión, no entiendo por qué estás tan quieto. Nadie ingresa a la Riviere alegre y entero, pero creo que vos exageraste, llevaste las cosas al máximo. ¿Qué tomaste?, parece que te hubieras desentendido de todo, incluso de mí.

Qué raro, ahora estoy sintiendo que esta salita es un bote y de nuevo estamos navegando en la niebla. Viste cómo era yo, una discapacitada para vincularme con los animales, y ahora mirá, estoy acariciando a Jaime como si fuese mío. Todo esto es por la muerte del gato. Por suerte estoy mejor, menos sensible, menos tonta. Entrar a tu vida fue una especie de milagro, vos lo sabés. Nosotros no creemos en Dios y en los milagros, por eso el día que nos encontramos en la escollera, sentí que nos había juntado el deseo. Dicen que eso pasa cuando abandonaste las esperanzas y de repente conocés a alguien. Vos estabas ensimismado en tu duelo, y yo andaba a los tumbos en un matrimonio inútil. ¡Qué panorama! Siempre fuiste valiente, la prueba está a la vista, te animaste a venir en estado de coma, como si hubieras tomado veneno de verdad. ¿Qué tomaste? Nunca sospeché que podrías ir tan lejos. ¿Tomaste las gotas que te dejé?, ojalá pudieras hablar.

Calma, me digo, después del lavaje de estómago Matías se va a reanimar, incluso va a poder apreciar los frescos que Lancy hizo pintar por un artista famoso que vino de Italia. Lancy jamás podría suponer que preparamos todo esto para pasar una noche en la suite presidencial. Hace poco se internó la anciana más anciana de todo Bernina, quisieron darle esa suite y me opuse, no sé con qué excusa, pero me opuse. La mujer no está del todo perdida mentalmente, pero tampoco lúcida como las viudas, no quiere soltar el pasado. ¿Qué tendrá el pasado que hace que el presente parezca deslucido? Yo no sé, no me explico. Estoy segura de que tu mamá, por ejemplo, está más vigente ahora, que se convirtió en madre fantasma, que antes, cuando vivían en San Isidro. Siento que anda cerca, como flotando alrededor tuyo, como si caminara por la salita y pasara a través de mí. A veces miro su foto y sospecho que lo único que querés es estar al lado de ella. No es Cecilia, no soy yo. Tu sentimiento verdadero es ella.

Jaime no se mueve de la sala. No hay ninguna nostalgia en su corazón de perro adulto, mantiene el hocico húmedo, el cuerpo en posición de caballero, se sentó derechito y con los ojos clavados en su dueño. Te felicito, tu perro es perfecto. Se lleva mal con tu mujer, me lo dijiste un sábado, tu momento cruel de la semana debido a la inminencia del domingo. ¿Te acordás?, algunos sábados cuando no te deprimías, nos encontrábamos a las dos de la tarde, justo cuando Roberto y Yolanda se iban al cine, la planta baja de Dames era toda nuestra. Antes de encerrarnos en el cuarto oscuro, pasabas por el Alma mía, comprabas pizza y algo dulce. ¿Te acordás?, siempre llegaba fría y gomosa esa pizza. A Jaime le traías su alimento balanceado y un hueso para entretenerse, y había que tener cuidado para que el gato de Yolanda no se lo quitara. Por suerte logré superar la muerte de ese gato que enterramos debajo de la magnolia. No está más. Fue una tragedia. Punto y aparte. No queda nada de mis momentos susceptibles, aunque algo me está pasando con las mascotas, lo noto. Jaime me tranquiliza, estoy como sedada al lado de él. El tuyo no es

como los otros perros, nunca lo vi paseando con cara de ir apurado hacia alguna parte, y me gusta porque tiene buenos modales, ladra en voz baja.

Matías no reacciona. ¿Sabe que estoy?, sabe que paso las horas del día y a veces también las noches hablando con los huéspedes porque no soporto estar en casa. Atención, parece que Jaime quiere avanzar, se está acercando a la camilla. Desde que conocí a Matías, no hice más que buscar el amor que le tiene a este perro. Me parece que voy a enloquecer. En vez de quedarme en la sala esperando el resultado del lavaje de estómago, voy a la secretaría. Hablan del recién llegado, no entiendo la mayoría de las palabras, es como escuchar un lenguaje incomprensible. Matías Lorente, ingresó en estado de coma, acompañado por su perro. Qué joven, qué pena, dice la secretaria. Llegó tan mal que tuvieron que acudir a los guardias para bajarlo de la ambulancia. No sé qué hacer. Regreso a la salita y Matías no está.

—¿Funcionó el lavaje? —le pregunto a la limpiadora.

—Lo llevaron a la suite presidencial, doctora.

Todo sucede rápido a partir de ese momento. Supongo que mi amante, experto en juegos peligrosos, se recompuso. Todo lo hace por su cuenta. ¿A qué estamos jugando?, pienso mientras subo al ascensor y toco el botón para ir al tercer piso. Me siento cada vez más nerviosa y no traje la Sepia en gotas. Siempre me distraigo con algo cuando subo al ascensor, afuera hay cosas para ver: un cóndor en la cima rocosa, una manada de huemules, pero ahora solo percibo el pánico que hay en mi cuerpo. Sudoración, calor y frío. Necesito hablar con Matías. Tengo que acudir a sus palabras cuando todavía no terminé de olvidarlas, ni siquiera comenzaron a convertirse en recuerdo. Pero algo está saliendo mal, algo quedó sin explicar, sin ser visto, parcialmente iluminado. No estoy segura de que Matías mejore y pueda pisar las alfombras de la suite, acariciar las cortinas de muselina que se confunden con el aire o apreciar la mesita de lustrosa marquetería ubicada junto al sofá. Creo que tampoco va a poder salir al balcón para que brindemos con un espumante. Algo está saliendo mal. Llego al tercer piso. Es increíble todo lo que se puede sentir en un ascensor.

49

Está en la suite presidencial, no es que haya mejorado, lo trajeron como si no tuviera salvación. Jaime se echó a dormir. Me piden que prepare el suero. Parece que Lancy apuró el trámite. Los papeles están listos, lo mismo que el sello del escribano, el pago adelantado y la ley esquivada con elegancia, todo a la Suiza. Si no cumplo, llegarán las sanciones. Asumo mi tarea. Una primera dosis aflojará la musculatura.

Pasan las horas y veo todo más claro. Matías tuvo una intención escondida que ahora está por cumplirse y por alguna razón me presté a posibilitarla. Hace unos días, según lo planeado, había venido a la clínica para conversar con Lancy. Tenía que mostrarse deprimido. Entró con Jaime a la oficina y yo lo seguí, me acerqué disimuladamente a escuchar la conversación, estuve todo el tiempo detrás de la puerta. Matías traía un bolsillo repleto de dólares que solo dejó de sostener cuando le extendió la mano a Lancy, se sentó y fue al punto:

—Soy Matías Lorente. Nos conocimos cuando interné a mi madre. ¿Se acuerda de ella?, intentó fugarse, pero no pudo ir muy lejos porque la sorprendió una tormenta de nieve.

—Qué lamentable, no lo recuerdo.

—Haga memoria, Lancy. Mi madre firmó el consentimiento en este escritorio, usted trató de persuadirla. Fue muy difícil todo. Y no me lo perdono, ella intentó escapar y yo la traje de nuevo a la Riviere. La verdad, nunca pensé que la eutanasia fuera tan difícil para el que queda de este otro lado.

—Lo es, en la mayoría de los casos.

—No sé cómo será para los demás, pero yo no lo puedo superar —dijo Matías con aplomo calculado.

Apoyó luego la cabeza en la palma de su mano, como midiéndose la

fiebre, y comenzó a decir que se sentía abatido y no tenía futuro, eso que él vivía no era una vida y necesitaba terminar cuanto antes. Lo había intentado dos veces, ahora requería la ayuda de alguien.

—Usted es muy joven, Lorente.

Matías comienza a levantar el tono:

—¿Le parece? No soporto la idea de vivir un día más y usted dice que soy joven. Lancy, usted no me conoce, espero que entienda. Yo fui joven, pero ahora me siento como si fuera la pila de cenizas de un fueguito apagado. Si acá no me ayudan, voy a tomar otras medidas, tarde o temprano lo voy a conseguir.

Coherencia, por favor, un poco de coherencia. ¿Pila de cenizas? ¿Fueguito apagado? ¡Qué talento!, pensé. Cómo se atreve a decir todo eso y a desplegar una teoría sobre el funeral de las pasiones recogida ayer a la tarde de algún manual. Pasa con méritos la prueba. Muy bien diez, felicitado. Lancy le cree, dentro de un rato completará el trámite y comenzará a explicar de qué se trata el procedimiento, dirá lo que siempre dice como frase de cierre: El que no está dispuesto a ceder el control de su propia muerte puede ingresar a la Riviere. Antes de proceder a la lectura y firma del consentimiento, el director cumple con el protocolo previsto y sugiere otra solución:

—¿Escuchó hablar de la cura de sueño, Lorente?, es un método eficaz para controlar la depresión.

—No necesito dormir, Lancy.

—¿Sabe de qué se trata?

—No, pero estoy seguro de que soñar y morir son estados muy distintos. No demos vueltas, por favor, estoy convencido.

—Comprendo, ¿quiere firmar hoy?, el escribano está en la clínica.

—Ahora mismo, si es posible, pero con una condición.

—Lo escucho.

—Necesito que mi perro me acompañe.

Los espío a través de la rendija imperceptible, entreabierta entre los dos paneles de la oficina. No puedo creer lo que acabo de escuchar, Matías es directo y frontal para mentir. Tampoco puedo creer lo que pasó con la señora Lorente. ¿Cómo hizo esa mujer para esquivar a los guardias? ¿Matías la trajo por la fuerza a la Riviere? Quizá la convenció. Es capaz, el timbre de su voz es fascinante, será por eso que

atrae a los halcones, parece que posaran para sus fotografías.

Matías y Lancy se ponen de pie y salen de la oficina. Me escondo detrás de una columna y Matías me descubre, agacha la cabeza y esquiva la mirada para no tentarse de risa frente a Lancy. Hace como que tose, se cubre la boca para ocultar la risa y el gesto triunfante que aparece cada vez que se cumplen sus objetivos. Consiguió el ingreso y obtuvo un precio razonable por la mejor suite. Lo demás es el contorno de su espalda y Lancy guiándolo por el interior de la Riviere. Atraviesan la sala oval, suben al ascensor. Matías estará observando la zona boscosa de las montañas, los árboles con ese amarillo enfermizo que tienen en otoño. Caminarán luego por el pasillo hasta llegar a la habitación del tercer piso. La suite presidencial. Matías observará las dimensiones de la cama, pensará en mí, en mi lencería.

La escena que vino a continuación resultó absurda, apenas la pude registrar. Soy torpe cuando estoy arriba de los tacos altos, trastabillo a cada rato. Se abren las puertas del ascensor. Matías y Lancy regresan a la sala oval y caminan en dirección a la salida. Patino en el piso de mármol y Jaime viene saltando hacia mí. Matías vuelve a contener la risa, se despide de Lancy, se acerca con pasos poderosos:

—¿La ayudo? —pregunta con ironía.

—Gracias, puedo sola.

Se acerca un poco más. Yo querría salir corriendo, hago el intento de levantarme y decirle que tenemos que romper el trato porque el plan suite pensado desde afuera es una cosa y visto desde el interior de la Riviere es otra muy distinta. Me doy por vencida, el juego me sobrepasa. Me ayuda a levantarme y se va. Sale. Trato de recomponerme, estoy a punto de ir a la oficina de Lancy a contarle toda la verdad. Pero en ese momento suena el teléfono y leo el mensaje que acaba de escribir:

—Todo arreglado, la próxima me interno.

Se está yendo la tarde y él no reacciona. No se vuelve así nomás de una inmovilidad como esa. Se acerca la enfermera y me entrega los papeles firmados. Leo el nombre de Matías con una claridad abrumadora. Me marea tanta claridad. Toco la perilla que abre el

ventanal. El viento, como si puliera el contorno de las cosas, le quita esplendor al escenario natural. No me conmueve. Estoy recuperada, lo que pasó con el gato quedó atrás. Es un gato muerto, eso es todo. Apoyo un brazo en el barral de la cama, lo miro a Matías y me pregunto qué clase de alma perversa es capaz de organizar semejante puesta en escena. ¿Qué tomaste? Para los otros es un día más, para mí esta tarde es un derrumbe. Justo a tiempo estoy de vuelta, de nuevo en mí, cansada de contemplar la luna de color hueso, el paisaje en general. Fracasó mi intento de desarrollar emociones estéticas, no hay caso, no prosperó.

Jaime abandona el sillón y se acuesta en la alfombra, junto a la cama. La enfermera con delantal colorido, obra maestra del renacimiento italiano, mueve con delicadeza los almohadones como si estuviera repartiendo flores en primavera. Qué ocurrencia, traer al perro, dice por lo bajo. Me pide que cierre el ventanal. Se viene la lluvia, doctora.

No sé si todo el mundo pensará lo mismo, es algo que aprendí sin cuestionar: a la lluvia le gustan los funerales. Comienza. Cae la lluvia gruesa, se escucha como una demolición, las gotas ensucian los vidrios. Un pájaro desesperado aletea sin opciones en un ángulo del balcón, picotea el angelito con plumas que hace un tiempo fabriqué. Es un pirincho, abundan en esta zona, tiene las plumas revueltas como si estuviera despeinado. Dicen que los pirinchos son haraganes y andan en grupo porque originariamente fueron niños que en vez de ir a la escuela se escaparon al monte a romper nidos. Me lo contó María Dolores, ella sabe de pájaros. Creo que Matías es un poco pirincho. Le acomodo el pelo. Está tan quieto que no lo reconozco. Sopla el viento y algo me impide cerrar el ventanal, tengo un tema con abrir y cerrar, empañar y desempañar. Me pasa cada vez que me siento encerrada. El viento hace volar el cortinado, pero a Matías no le va a molestar, sigue en coma. ¿Soñará? El asunto del sueño me inquietó siempre. Creo que soñar es una forma de entender algo y ahora me da por pensar que tal vez mis pesadillas suavizadas por la Sepia LM no estaban del todo equivocadas. La enfermera acaricia a Jaime y deja la habitación.

En un bolsillo de mi cartera encuentro la foto que robé en el cuarto oscuro, la guardo como si fuera un talismán, es el alma registrada de

la Lorente. Pobre mujer, Matías la trajo de vuelta, imagino lo mal que uno se siente cuando hace algo así con su propia madre. Hay actitudes imperdonables, después hay que cargar con la culpa.

50

Dividida, estoy dividida. Una de mis mitades se siente cansada de suponer y sugiere no indagar por qué lo hizo. No sé qué le pasó y tampoco querría diluirme en la sensación de enterarme. *Sacátelo de encima, mandalo al sótano*. Las palabras de María Dolores son un murmullo inquisidor, lo sé, pero hoy la escucho y obedezco. ¿*Folie à deux* había dicho Guedel? Me cansé de preguntarle a mi hermana qué se siente, cómo es perder la razón. Varias veces me dijo que nosotras formamos una hermandad demente, el reparto de roles es obvio, ella es siempre la audaz, yo intento actuar a través de su energía. Ahora el dúo deberá accionar, no hay otra opción. Matías es la peor persona que conocí. Qué crueldad, arrastrar a su madre hasta acá, y después utilizarme para poder irse con ella.

Igual, de a ratos me conmueve, pero cuando tengo que aplicar un suero y estoy frente al paciente debo ignorar detalles íntimos, personales, historias de índole diversa, resoluciones imposibles. Mirá lo que hiciste, corazón. Tomaste veneno y me hiciste creer que íbamos a tener una noche de amor. En la escala de traiciones, la tuya es la peor. Si es verdad que el odio se ve y se escucha, ahora mismo estoy sintiendo un halo oscuro alrededor de mi voz. Y si tuviera que hablarte, las palabras me saldrían de la boca como púas.

Tengo que organizarme, evaluar los hechos, quitarles el poder. Matías insinúa una sonrisa mientras yo preparo el suero. Le tomo el pulso. Descarto la posibilidad de una reacción, lo veo cada vez peor. Va a ir a parar al sótano si sigue así, tanto esfuerzo para terminar hecho ceniza, fueguito apagado. Adjudico su ensimismamiento al placer agónico, al hecho de dejarse llevar hacia lo inanimado. Tomo su brazo y coloco la vía. Mientras tanto, la Botticelli regresa a la habitación con buenas noticias: Eulogio está a salvo, los estudios dieron bien. Por un instante la suite presidencial se ilumina. Pero el viento no para. Tendría que cerrar el ventanal, el cortinado provoca

un desorden tremendo, y el pobre Jaime se altera. Cae un vaso con agua, todo al suelo. Vuela alto el cortinado, cuando está quieto parece un trozo de género cualquiera. Voy a dejar la ventana abierta, no hace frío. De pronto, escucho la puerta. Es Cristóbal, entra sin golpear, como si estuviera en su casa:

—Pasé a saludarte, Nena. Está llegando la ambulancia, dentro de un rato vuelvo al pueblo.

Descubre a Matías en la cama y reacciona:

—¿Qué le pasó a este muchacho? Dios mío, no me digas que era el suicida.

—Tomó veneno.

—No puede ser, hace unos días acertó tres plenos seguidos. No lo puedo creer, pobrecito, qué mal que está.

—Cosas que pasan, Cristóbal.

—¿Estaba enfermo?

—Mentalmente.

El asombro de los ancianos tiene dos destinos, dura casi nada o dura para siempre. En este caso duró un segundo:

—Qué lindo perro, ¿cómo se llama?

—Jaime.

—¿Te lo vas a quedar?

—Sí, creo que sí, se agranda la familia.

—Qué importante es la familia, sabés que ayer hablé con mi hija, dice que quiere venir para las fiestas.

—Me alegro, Cristóbal.

—Yo no sé si alegrarme, te digo la verdad, ya nos habíamos despedido.

—Es horrible despedirse.

—¡Qué viento, Nena! Dejaste la ventana abierta.

—Sí, estoy un poco mareada.

—No es para menos, te toca darle el suero a un joven. Hace poco los vi juntos en el casino… ¿te pidió la última voluntad?

—No.

—Yo quisiera pedirte una porción de budín de pan mixto como última voluntad, me convenció Elenita. Hoy vamos a volver juntos al pueblo, recién pedí una ambulancia. La invité a comer al Alma mía.

No se lo cuentes a las viudas, Nena, te lo pido por favor.

—No te preocupes, no se van a enterar.

—Mirá, me parece que el fotógrafo está parpadeando, fijate. Algunos lo intentan, toman pastillas de más y después se arrepienten.

—No es el caso.

—¿Cómo me queda esta corbata?

La tragedia hace pactos con el absurdo. Cristóbal rejuvenece y Matías se hunde en un coma profundo. Pasan los minutos y la lectura de los hechos se vuelve cada vez más clara. El mismo Matías que jugaba a convertirse en Gatsby, corría por pasillos espejados y planeaba viajar en submarino, ahora es un cuerpo inerte que no responde para nada. Hoy no será la caída del sol lo que indique el atardecer en Bernina, será la luz apagada de la suite presidencial. No me gusta el atardecer, tiñe todo de otro color. Matías sabe que el atardecer no me gusta. Sabe cómo soy. Supo desde el primer momento cuál sería el favor que iba a obtener de mí, no se animaba a morir solo en la Riviere, necesitaba mi compañía. Tenía que haberlo sospechado en la primera cita, cuando se hizo el muerto en la roca. Si fuera útil señalar en qué momento comenzó a existir complicidad entre nosotros, acostarme a su lado en aquella roca sería la metáfora perfecta. No sé por qué no me fui en ese momento. Aunque sin él, sin Matías, fuera del universo que cabía en su cuarto oscuro, ¿qué habría sido de mi vida en Bernina?, una pobre vida, con un fondo turbio, como de agua estancada.

El suero corre, no hay apuro. Tal vez lo disfrute, al final resultó verdadero lo que le dijo a Lancy, Matías quería morir. Corazón, esto es así. Un suave escalofrío acompaña el instante de quedarse dormido, después vas a tener un sueño helado, libre de cualquier reminiscencia. ¿Qué te parece? Ahora dejó de llover, menos mal. Salgo al balcón, Jaime me sigue, le ladra al ángel de cartón y plumas. Tranquilo, Jaime, mañana te vengo a buscar. Dijeron en la radio que el submarino Golden Shark va a llegar a Bernina el martes próximo. Qué contenta se va a poner Elenita, lo espera con tanta ansiedad. ¡Arriba los corazones! Veremos pasar tiburones migratorios, plateados, decididos. Los admiro, los tiburones no son propiedad de nadie. Matías será un recuerdo para entonces. Le doy un beso, es el último, no tiene

sabor a frutilla ni a café ni a chocolate, es una boca reseca y violácea. Si ahora pudiera tomar un poco de su veneno, estaríamos jugando a Romeo y Julieta, y nos iríamos los dos a lo profundo, a lo más visceral del océano.

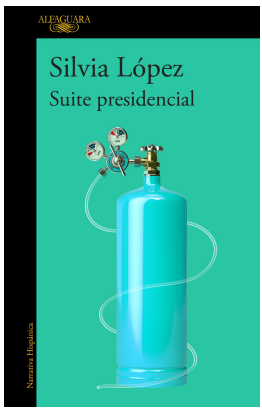
—¿A qué hora viene la ambulancia? —le pregunté a Cristóbal.

—Debería estar llegando. ¿te parece que invitemos a Eulogio y vayamos los cuatro a comer al Alma mía?

—Me parece bien. ¿Elenita estará lista?

—Se estaba arreglando el pelo. ¿Vos terminaste?

—Sí, vamos, acá no tengo más nada que hacer.



«Lucio, date cuenta por favor, acá los guardias controlan, de este pueblo nadie puede salir, la gente firma un papel y no se va más.»

En busca de un nuevo trabajo como médica, Nena llega a Bernina, un pueblo en Tierra del Fuego. Una luz pálida sumerge el paisaje en una atmósfera sobrenatural. No puede existir mejor lugar entre la cordillera y el mar para crear esa especie de limbo donde practicar ilegalmente la eutanasia. ¿Será una violación del decoro, incluso de los derechos más elementales, su posible trabajo en la clínica Riviere? Quizá no se trate solo de suicidas, sueros con drogas de última generación, lujosas habitaciones y balcones climatizados. Quizá Nena encuentre en Bernina el hilo del erotismo, la pasión como sustancia, el deseo realizado. *Suite presidencial*, la nueva novela de Silvia López, es una historia que perdura y que logra llevarnos a un universo

estremecedor donde la influencia de una mujer podrá desbaratarlo todo.

SILVIA LÓPEZ

Nació en Buenos Aires; vivió en Barcelona y París, donde completó sus estudios. Es psicoanalista y escritora. Se doctoró en Psicología Clínica y trabaja como docente en la Facultad de Psicología de la Universidad de Buenos Aires, en la que también integra jurados de tesis de doctorado y maestría. Es árbitro de la *Revista Universitaria de Psicoanálisis* y miembro de la Escuela de la Orientación Lacaniana (EOL) y de la Asociación Mundial de Psicoanálisis, desde su fundación. Junto con Jacques-Alain Miller y otros colegas creó La Red de la EOL. Es autora de las novelas *Cálculo y presentimiento* (2012), *El cerco rojo de la luna* (2013, finalista del Premio Clarín de Novela), *Diván francés* (2016) y *Playa de barro* (Alfaguara, 2019). Publicó numerosos ensayos sobre psicoanálisis en el país y en el exterior.

Foto de la autora: © Alejandra López

Otro título de la autora en penguinlibros.com

López, Silvia
Suite presidencial / Silvia López. - 1ª ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Alfaguara, 2022.
(Hispánica)
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-738-972-2

1. Narrativa Argentina. I. Título
CDD A863

Diseño de tapa: Penguin Random House Grupo Editorial / Agustín Ceretti, inspirado en un diseño original de Enric Satué

Edición en formato digital: septiembre de 2022
© 2022, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A.
Humberto I 555, Buenos Aires
penguinlibros.com

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.
El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

ISBN 978-987-738-972-2

Conversión a formato digital: Libresque

Facebook: penguinlibrosar
Twitter: penguinlibrosar
Instagram: penguinlibrosar

Índice

Suite presidencial
Dedicatoria
Uno
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
Dos
21

22
23
24
25
26
27
28
29
30
31
32
33
34
35
Tres
36
37
38
39
Cuatro
40
41
42
43
44
45
46
47
48
49
50
Sobre este libro
Sobre la autora
Otro título de la autora
Créditos